

**EL NADAÍSMO EN COLOMBIA COMO UN MODO DE NIHILISMO
ACTIVO: UNA PERSPECTIVA DESDE EL VITALISMO DE GONZALO
ARANGO.**

ANGÉLICA RICO SARMIENTO



Universidad
Tecnológica
de Pereira

**ESCUELA DE ESPAÑOL Y COMUNICACIÓN AUDIOVISUAL
LICENCIATURA EN ESPAÑOL Y LITERATURA
PEREIRA
2018**

**EL NADAÍSMO EN COLOMBIA COMO UN MODO DE NIHILISMO ACTIVO:
UNA PERSPECTIVA DESDE EL VITALISMO DE GONZALO ARANGO.**

ANGÉLICA RICO SARMIENTO

Código 1088018833

Trabajo de Grado presentado para optar
al título de Licenciada en español y literatura..

Asesor

RIGOBERTO GIL MONTOYA

Docente Universidad Tecnológica de Pereira

**UNIVERSIDAD TECNOLÓGICA DE PEREIRA
ESCUELA DE ESPAÑOL Y COMUNICACIÓN AUDIOVISUAL
PROGRAMA LICENCIATURA EN ESPAÑOL Y LITERATURA
PEREIRA
2018**

RESUMEN

El presente trabajo investigativo pretende identificar la influencia que ejerció Friedrich Nietzsche sobre Gonzalo Arango, fundador del Nadaísmo en Colombia. Para lograrlo, se ha tomado como referencia una de las obras más reconocidas de este filósofo Alemán: *Así habló Zarathustra*, así como sus conceptos de vitalismo, muerte de Dios y Superhombre, ideas que fueron adoptadas por Gonzalo Arango para propiciar el movimiento y las vanguardias en Colombia.

Por otro lado, se hace una lectura exhaustiva de la vida y obra de su precursor y de algunos de sus compañeros nadaístas más cercanos con el ánimo de conocer la estética y los ideales de uno de los movimientos más estruendosos de la Colombia del siglo XX y la función que desempeñó en la literatura y la poesía colombiana y su necesidad de renovación.

Palabras clave: Nadaísmo, rebeldía, poesía, desacreditar, vanguardias, vitalismo, Superhombre, nihilismo activo.

TABLA DE CONTENIDO

INTRODUCCIÓN	05
CAPÍTULO I:	
Gonzalo Arango en la <i>Obra negra</i>	07
CAPÍTULO II:	
La dualidad en Gonzalo Arango	31
CAPÍTULO III:	
Ecos alrededor del Nadaísmo: a favor o en contra de los valores nadaístas	49
CAPÍTULO IV:	
Una breve antología nadaísta	115
BIBLIOGRAFÍA	148

INTRODUCCIÓN

El Nadaísmo, eje primordial de este trabajo investigativo, va a ser de importancia en la historia de la literatura y la poesía colombiana y, sin embargo, ha sido ya un tema poco recurrente. Es por ello que quise recordarlo, inmiscuirme en sus hazañas de época, en su ideología, en sus influencias y recordar que Colombia conoció las vanguardias gracias al Nadaísmo.

Gonzalo Arango y su desesperación creadora, a la que él llamó Nadaísmo, anuncia el reinado de la Nada excluyendo la idea redentora del infierno y el paraíso, por la que la existencia de los vivos yacía sumergida en la obediencia, la prohibición y la resignación no sólo a los designios de Dios sino también a los del gobierno de su patria. Y es allí cuando los nadaístas van a jugar un papel primordial, pues con sus escándalos públicos e irreverencia van a salir de la provincia y van a proporcionar al pueblo colombiano la fuerza, el ímpetu de vivir aquí y ahora.

El Nadaísmo profesa un amor intrínseco a la vida terrena, que trae consigo placeres propios de esta existencia. Es por ello que su revolución es, más que nada, de carácter espiritual en la que el conformismo y la obediencia quedarán desprovistas de toda firmeza. La población colombiana, la juventud, va a encontrar en el movimiento nadaísta el camino hacia el disfrute del pan sin excluir el paraíso.

Ahora bien, si nos adentramos en la esencia del Nadaísmo, no pueden evadirse principios filosóficos que van a condensar su ideología y, si vamos a hablar de una de las más fuertes, esa es la de Friedrich Nietzsche: su preocupación permanente por la defensa y la

reafirmación de la vida, su nihilismo activo, su idea del cristianismo como la única mancha deshonrosa de la humanidad, su *Superhombre*, todo ello es el Nadaísmo; ambas van a tener como base la Nada. Esa fue, en un principio, la razón por la que se decidió emparentar estas filosofías, idea que luego fue apoyada por Gonzalo Arango al manifestar, en uno de sus escritos más representativos, su revolución como el aporte de nihilismo activo a la sociedad colombiana.

Así habló Zarathustra, una de las obras cumbres de Nietzsche, va a mostrar el progreso del espíritu cuya cima se encuentra en la efigie del niño: la pasión de quien apenas inicia el camino de la vida, y el *Superhombre*: el regreso del hombre a la tierra por el que clamaba Zarathustra y por el que clamó Gonzalo Arango, el Zarathustra de Andes, Antioquia.

Esto por una parte, por otra, se ha acudido a una serie de ensayistas y críticos colombianos que muestran el Nadaísmo desde una óptica más crítica en cuanto a sus acciones, manifiestos y postulados poéticos y, aunque algunos de estos estudiosos pertenecieron en su juventud al movimiento, esto no será impedimento al momento de proporcionar una perspectiva acerca de lo que fue la escuela nadaísta en los años sesenta; por el contrario, van a hablar desde su propia experiencia proporcionando ideas que dan un espacio más amplio al estudio del movimiento.

Finalmente, se ha hecho una selección de poemas de los autores nadaístas más representativos para, de alguna manera, palpar la estética del Nadaísmo y reconocer su vitalismo, rebeldía, su inconformismo y todo lo que se ha venido descubriendo, y reconocer la importancia que tuvo para la historia nacional poética y literaria la presencia de un movimiento que hasta hoy permanece indeleble.

CAPÍTULO I:

GONZALO ARANGO EN LA *OBRA NEGRA*

Quien huye de la vida es porque ama demasiado a la vida. Los hombres vulgares creen que un filósofo es un hombre de alma árida. Todo lo contrario. ¿Cómo puede analizar la vida el que no tiene el corazón repleto de vida? ¿Cómo puede conocer las pasiones, los deseos, y los movimientos del alma, el que no tenga un alma atormentada?

-Fernando González Ochoa-

Indudablemente, Colombia ha sido marginada por dictaduras y guerras que han ido dejando a su paso muchedumbres llenas de miedos, incertidumbres y analfabetismo, además de una democracia y políticas hijas de la represión. El asesinato del liberal Rafael Uribe Uribe en 1914 y, años después, el del caudillo también liberal Jorge Eliecer Gaitán; el gobierno dictador del general Rojas Pinilla, el Frente Nacional, todos hechos históricos que han hecho de la República de Colombia una patria conformista, silenciada y con décadas de atraso cultural.

A mediados del siglo XIX empiezan a surgir en Colombia grupos de intelectuales que, de una manera u otra, expresaban cierta incomodidad frente a algunos valores tradicionales. Surgen revistas literarias como “Los Panidas”, de León de Greiff, el grupo de “Los

Nuevos”, el “Grupo de Barranquilla”, donde escribía García Márquez, “Los Leopardos”, los “Piedra y cielo”, con figuras como Luis Vidales, Luis Tejada y Guillermo Valencia, todas personalidades fundamentales en el avance y el conocimiento de otras literaturas diferentes a la poesía de José Asunción Silva y Jorge Isaacs.

Mediante estas revistas literarias, empiezan a conocerse escritores extranjeros que escriben sobre existencialismo, novela policiaca y otra serie de tópicos tal vez no desconocidos pero nunca antes nombrados en la literatura colombiana. Es así como un país atrasado por la guerra y la dictadura empieza a abrir sus ojos a un mundo literario diferente a los cuadros de costumbres que lo caracterizaban hasta entonces.

Finalizando los años cincuenta, en 1958, se publica en un periódico de gran repercusión en Colombia el *Primer Manifiesto Nadaísta*, escrito por un tal Gonzalo Arango, desconocido hasta ese momento.

Gonzalo Arango Arias había nacido en 1931 y, para entonces, tenía veintisiete años. Vio por primera vez el mundo en Medellín, en los andes antioqueños. Años más tarde sería escritor, periodista, poeta y fundador del Nadaísmo.

Obra negra es una recopilación de la obra de Gonzalo Arango realizada, por Jotamario Arbeláez en 1974, uno de sus compañeros en la travesía nadaísta. Dicha obra, en poco más de trescientas páginas, reconoce por qué se funda el nadaísmo, cómo fue su proceso y por qué llega a su fin. Todo ello será el fundamento para este primer capítulo.

En efecto, el nadaísmo nace como muestra de una serie de inconformidades que se han venido presentando desde años atrás pero que no todos se han atrevido a manifestar. Gonzalo Arango, encontraba inconcebible el poder que ejercía la iglesia sobre su patria y le

atribuía a ella la culpa tanto del atraso cultural de siglos como del miedo que habitaba en todos los sujetos a revelarse, pues serían castigados eternamente.

Por ello, busca derrumbar los valores dogmáticos de su época proclamando por doquier la consagración del cuerpo a los placeres carnales y dionisiacos. En *César o divinidad*, publicado en 1973 en el libro *El Monasterio*, Gonzalo Arango afirma:

Me sublevé, hacha en mano, contra los dogmas humillantes de la dignidad de la vida (...)
Después de las orgías pactaba conspiraciones contra cualquier César o divinidad (...) Oh
jubilosas lujurias, Oh satánicos éxtasis de fornicación (Arango, 1974 p. 8).

En el mismo escrito, *El Profeta* continúa:

De la razón degollada di a luz el Nadaísmo como tabla de salvación para cruzar la noche
náufraga del materialismo del siglo, y sobrevivir a sus feroces signos (Arango, 1974 p. 9).

Desde su primer manifiesto, el Nadaísmo de Gonzalo Arango incita a la revisión de todos los valores dogmáticos que reprimen al hombre de sus deseos de vivir libremente bajo la promesa de la redención después de la muerte. Debido a la oferta del cielo o el infierno, los colombianos y la humanidad en general, han sido humillados y privados de los placeres terrenales y cohibidos de liberar sus pensamientos y sentimientos más oscuros, a causa del mandamiento religioso más grande de todos los tiempos: la misericordia.

Así, pues, el *Primer Manifiesto Nadaísta* consolida:

No dejar una fe intacta, ni un ídolo en su sitio. Todo lo que está consagrado como adorable por el orden imperante será examinado y revisado. Se conservará solamente aquello que esté orientado hacia la revolución, y que fundamente por su consistencia indestructible, los cimientos de la sociedad nueva (Arango, 1974 p. 19).

De tal manera, Gonzalo y su Nadaísmo son impulsados por un fuerte espíritu de revolución como catapulta a una sociedad nueva, equitativa y sin misericordia.

Una intención contundente del movimiento con aires de vanguardia, y de Gonzalo Arango, fue infortunar a la burguesía, pues sus posturas intelectuales resultaban profundamente molestas para El profeta, debido a la hipocresía que regía sus intenciones políticas. Por ello, una de las élites enemigas para la que se esforzaba mortificar era la política, esos pocos en los que se concentra el poder de todo un país marginado en sus libertades más esenciales: “queremos confesarle una malvada intención a la burguesía. Señores burgueses: el Nadaísmo se fundó para pervertir a vuestros hijos (Arango, 1974 p. 15)”.

Ahora bien, el *Primer Manifiesto Nadaísta*, publicado en 1958 en la ciudad de Cali, fue la primera manifestación directa de las incongruencias religiosas y políticas que cuestionaba el nadaísmo y que eran responsables tanto de un atraso cultural sin precedentes como de la pasividad de los hombres de época.

Gonzalo Arango había nacido en Medellín, sin embargo, como consecuencia de su espíritu rebelde y de uno de los actos más escandalosos de su historia, se vio obligado a huir de la ciudad para salvar su tan valiosa estadía en esta tierra. Atravesó casi todo el sur del país cual aventura en un mundo desconocido, hasta llegar finalmente a Cali, donde fundó el Nadaísmo. El motivo que lo obligó al exilio: haber pisoteado la hostia sagrada en una iglesia de Medellín y lo peor, haber sido descubierto por una beata que enseguida lo acusó de herejía por haber fragmentado el cuerpo de Cristo, aunque haya sido por accidente.

Y es que la rebeldía del profeta no había nacido de la noche a la mañana. Su espíritu revolucionario y ávido de cambio despertó poco a poco desde que un arzobispo de Medellín

prohibió una de las obras más representativas de Fernando González Ochoa, su maestro; bajo pena capital era prohibido leer *Viaje a pie*. Todo ello influiría, sin duda, al espíritu rebelde con el que crecería Gonzalo Arango que, independientemente de sus actos, lo que ocultaba era un profundo amor y dolor hacia su patria.

“El Nadaísmo es un estado del espíritu revolucionario”, reza el primera manifiesto. No hay cabida a remordimientos después de haber actuado en contra del sistema religioso y del orden social, ni después de haber sido libres y entregarse a todo tipo de placer terrenal y satánico. Si se está vivo, se actúa; quien actúa, indudablemente, vive.

Y es que es a la acción a lo que nos invita Gonzalo con la poesía que escribe, con la soledad que evoca y que anhela profundamente impulsado por el desprecio hacia los resignados. La poesía, además de desprenderse de conceptos éticos, sociales y políticos, es un entrenamiento del espíritu que empuja a la creación y que para ello busca la belleza de lo solitario. El Profeta, como él mismo se hacía llamar, era poeta por su aspiración a encontrar lo bello en estar solo, libre de huir lejos de la decrepitud de quienes se niegan a evolucionar en la vida y en la cultura.

Por otro lado, si el nadaísmo cuestiona la imposición de creencias y culturas que adormecen las vivencias de los hombres, el cuestionamiento por una cultura de convicciones impuestas en América por sus descubridores también es contundente, acusándola de un “infantilismo espiritual” que, de no superarse, se seguirá sumergido en la edad de la conquista.

Así mismo, el impulso de evolución hacia una sociedad nueva debe ir acompañado de actos revolucionarios que quedaran plasmados en la historia con el ánimo de destruir el orden

social imperante o, por lo menos, desacreditarlo. Así, Gonzalo redacta en el primer manifiesto, aparte XIII:

Destruir un orden es por lo menos tan difícil como crearlo. Ante empresa de tan grandes proporciones, renunciamos a destruir el orden establecido. La aspiración fundamental del nadaísmo es desacreditas ese orden (Arango, 1974 p. 19).

La escuela nadaísta estaba constituida por “performances vivientes”, como ellos mismos se identificaban. Por ello, su aparición en los burdeles, bares y cafés de mala muerte siempre era un hecho digno de mencionar. La vida bohemia y desordenada era su principal afición y el escándalo social su mejor arma de comunicación.

El lenguaje de El profeta está cargado, indudablemente, de altas dosis de ironía y desprecio, un lenguaje contundente que invita a sentir que se está vivo y que se vive no en un cielo ni en un infierno ajenos al tiempo y al espacio: se vive aquí y ahora. Sin embargo, es necesario admitir que el dolor es el signo más exacto de saber que se vive y se es en lo terreno. Por ello en *Diario de un nadaísta*, Gonzalo escribe:

Me descalzo. Salto sobre una pista de baile llena de clavos. Es un jazz de Duke Ellington. Los clavos me traspasan las uñas y la carne. Grito de alegría (Arango, 1974 p. 21).

Uno de los escritos más controversiales y aclamados del fundador del Nadaísmo, sin lugar a dudas fue el *Manifiesto al Congreso de Escribanos católicos*. En él se declara tenaz en contra de la iglesia y sus viles seguidores. Niega de manera rotunda ser católico y las razones, de seguro, fueron tomadas como una de las más atrevidas herejías:

No somos católicos: porque dios hace quince días que no se afeita. Porque el diablo tiene caja de dientes. Porque san Juan de la cruz era hermafrodita. Porque santa teresa era una mística lesbiana. Porque la filosofía de santo tomás de Aquino está fundada en dios y dios

no ha existido nunca. Porque somos fieles descendientes de los micos de Darwin (...) No somos católicos por respeto a nosotros mismos (Arango, 1974 p. 24).

La ironía es la herramienta suprema del nadaísmo al momento de referirse al catolicismo debido al profundo desprecio hacia la iglesia y su impuesto dogma. Con el juicio de la misericordia orillan al hombre a la resignación, al remordimiento cuando se suelta a sus deseos e instintos, “toda una filosofía de la muerte y el pesimismo (Arango, 1974 p. 26)”.

Por ello, una de los principales mandamientos, por no decir el más fundamental, para la escuela nadaísta de Gonzalo Arango es ser conscientes que la iglesia es el enemigo más peligroso de la cultura, y por ello su principio primordial es defender a la sociedad colombiana de los crímenes contra el espíritu libre:

Congresistas católicos: en nombre del Nadaísmo les impedimos defecarse una vez más en esta pobre alcantarilla que se llama Colombia, y les manifestamos que los delitos que se cometen contra el espíritu no quedarán impunes (Arango, 1974 p. 26).

Es así como los nadaístas toman forma de héroes para la juventud colombiana de los años sesenta, anunciando la raza humana como el linaje que santifica el placer y los instintos, para lo que han fundado cuatro pecados capitales más a los ya existentes: el vómito, la concupiscencia del estiércol, la infamia de la belleza y la exaltación de la iniquidad humana. Gonzalo es entonces El profeta de la oscuridad Nueva.

Pues bien, todo ese brío de respeto a los deseos y de liberación de los yugos dogmáticos, no es sino una muestra de la intensa vitalidad que promulga el Nadaísmo y cada uno de sus seguidores. Vivir para satisfacer los apetitos del deseo, seguir los impulsos y conseguir la redención del hombre mediante la recompensa de todo lo terreno. Por ello su desprecio a lo

religioso, que cohibe de vivir y ser en este mundo bajo la promesa del paraíso y lo eterno en el otro.

Predicamos la conquista absoluta de la vida. Predicamos la conquista absoluta del pan sin excluir el paraíso (Arango, 1974 p. 45).

El hombre libre y honrado como un dios: el ideal truncado por el mundo moderno y al que Gonzalo persigue con el Nadaísmo y la violenta sublevación que lo representa, pues si con violencia el hombre ha sido minimizado, que sea el ímpetu su arma para ser liberado.

Pasemos ahora a un concepto que, si bien, corresponde a la ideología que implanta la iglesia católica, no es el mismo sentido del que lo dota Gonzalo, dado que si la iglesia promete ser inmortal en la eternidad, el progenitor del nadaísmo la adjudica únicamente a la existencia terrenal, puesto que, según él, la salvación de las almas y del espíritu está en el mundo, en vivir, no después de morir.

Así, pues, entregarse a vivir siendo conscientes que un día se dejará de existir, vivir en cuerpo y alma. Sólo eso salvará a los hombres. A esa pasión de vivir y, por qué no, de reconocer la muerte, Gonzalo Arango llama Inmortalidad. Y es que Arango ama y santifica la vida tanto como a los hombres que existen y viven sin culpa. Sin embargo, sería capaz de odiarlos si es que ellos representan una amenaza para la misma. “Hoy o mañana vas a morir, solo y sin esperanzas como mueren los vivos. Pero sé de una cosa que derrota la muerte, y esa cosa es tu propia vida” (Arango, 1974 p. 45).

No hay que olvidar que, tras el insurgente fundador del movimiento nadaísta se oculta un insondable afecto por Colombia, por Medellín. Pero ese amor se torna en desilusión al ver

las posibilidades nulas que ofrece de ser verdaderamente libres, pues desde los inicios de su historia Colombia ha sido un país sumamente conservador y religioso.

Lo cierto es que, para Gonzalo, el mito de Cristo crucificado es responsable de la ceguera selectiva que ha adquirido el hombre a través de los siglos, de manera que, con una de sus mejores armas, la ironía, Arango difunde la pesada cruz de Cristo como prensadora de vida y de conocimiento sobre la misma.

Consideremos ahora la trascendencia que tuvo la muerte del caudillo liberal Jorge Eliecer Gaitán para la ideología que tomaría posteriormente Gonzalo, sin dejar de lado la idea que, la Revolución en Colombia, fue una antes y otra después del mencionado acontecimiento. A partir de entonces, la Revolución tomaría el camino de la represión, los senderos de la violencia.

Si Gaitán no hubiera muerto, yo no sería Gonzalo Arango. ¿Quién o qué sería? No lo sé (...) Pero sí tengo la certeza de que si Gaitán viviera, el Nadaísmo nunca habría existido en Colombia (Arango, 1974 p. 61).

Y es que, al morir Gaitán, se perdía la fe en el destino de lo que antes fue la Nueva Granada; el soplo de libertad esparcido por el caudillo se perdería para siempre en los aires tormentosos de abril. El ademán más solícito del líder político era su palabra, que invitaba a la creación, a la esperanza y a la alegría de vivir.

Por ello, Gonzalo Arango tuvo una perspectiva difusa de su patria, una profunda y escalofriante tentativa de desilusión que, como consecuencia, condenaría a Colombia y al mismo nadaísmo a errantes sin destino y sin ninguna fuerza que apasione su espíritu. En honor a esa luz apagada, se funda El Nadaísmo:

Porque Gaitán fue asesinado yo soy nadaísta. Y mi protesta la dedico a su memoria, y a la promesa viva de su revolución (Arango, 1974 p. 62).

De acuerdo a todo lo que despreciaba, despotricaba de la culpable de asesinar a los vivos, por encima de la iglesia –espiritualmente hablando como hemos venido analizando- , y que por lo tanto constituye la impureza del hombre: la razón.

Ciertamente, son las razones del hombre las que lo obligan a renunciar a su naturaleza viva, ávida de deseos y encantos. Los idealismos metafísicos de los que reniega Arango hacen parte de razonamientos lógicos de los que no piensa dejarse manipular. Nunca, pues, más expresivo que el lenguaje literario nadaísta enfocado en escandalizar los dones morales de la iglesia y, por qué no, de la filosofía, proclamando que el espíritu no sea sentado en la silla eléctrica y que los restos aún sobrevivientes de dignidad animal no sean aniquilados de la civilización.

Después de todo, de esa manifestación impía del ser humano nace el Humanismo, sin embargo, es necesario recalcar que, diez años después de todas estas discusiones, sería el humanismo su ideología más pura. Así, pues, Arango Arias recalca en el *Manifiesto Nadaísta al Homo Sapiens*: “Nuestra literatura será el purgante para que el hombre, en vez de caca, defeque sus razones (Arango, 1974 p. 70)”.

Consideremos ahora el sentido que da Gonzalo Arango a la poesía y al ser poeta, importancia dada desde que la belleza fuera convertida en obsesión de su existencia.

Sólo tres palabras definen lo bello: confusión, morbosidad y locura. Así se lee en su *Manifiesto poético*.

Por todo eso, el poeta tiene como función convocar, mediante su poesía, a la vida y a la satisfacción de la existencia; la poesía como puente que reconcilia al ser con la nada. Como consecuencia de estas convicciones, el disgusto de Gonzalo fue inminente al realizarse el primer viaje a la luna. El motivo de su desencanto: todo estaría descubierto para el hombre por lo que la poesía y sus ideales habrán perdido su espectáculo.

Con esto en mente, y como consecuencia de una profunda crisis religiosa, Arango fue empujado a los umbrales de la literatura y la escritura. En ese punto de su contradicción, empezó a rendir un culto engegucido a la belleza como sustituto de su fe perdida, representando el valor divino. Así, empezó a buscar dioses que le dieran trascendencia a su diario vivir, encontrando al fin su devoción por la tierra y un amor superior por el mundo y todo ser viviente: “Mi literatura es algo más que palabras: es mi errancia por el silencio. Poeta o eterno de algún modo, en lo alto y en lo profundo de mi muerte, existo, y eso me basta (Arango, 1974 p. 112)”.

Añadamos, pues, que la necesidad de sustituir su dios muerto y su fe extinta no es otra cosa que la fatalidad humana de creer en algo, así sea inexistente o ambiguo, para dotar de sentido su vida y sentir que sus cargas son un tanto más leves.

Ese retorno del hombre a la tierra y ese amor sin precedentes por la vida es, en definitiva, un concepto del romanticismo-naturalismo que propone, más que una fijación o fundimiento con natura, una copulación con su esencia más íntima.

Paso, ahora, a otro asunto: el amor, sentimiento por el que, sin saberlo, abandonaría todo incluyendo el Nadaísmo. Añádase, de antemano, que para él el amor posee libertad para ser

dado, mas todo parece cuando es aprisionado: “el fin del amor es darse, más nunca ser tomado. Su única razón de ser es ser en otro ser, libremente (Arango, 1974 p. 167)”.

Gonzalo Arango tiene una visión severa de la mujer de su generación. Reconoce el poder femenino que durante siglos las potencias religiosas se han empeñado en debilitar. La superficialidad a la que se ha sometido la mujer en tiempos modernos ha disminuido su brillo de manera que la figura femenina es la viva representación del peligro y del abismo. Al saberla un ser libre, así debe ser también el amor que entregue, pues para Gonzalo, el valor que más aprecia es la libertad, por sobre todos los dones.

El ideal del amor para Gonzalo y, por lo tanto, para el Nadaísmo, es una concepción sumamente humana que tiene dos caras, dos sentidos: la felicidad y el sufrimiento, ambas emociones que hacen sentir vivo al hombre: “Yo me enamoro de una mujer únicamente cuando estoy seguro de dos cosas: ser inimitable en hacer feliz, y en hacerla sufrir. Espero de tal mujer un amor recíproco (Arango, 1974 p. 173)”.

En *La patada al patíbulo*, el desprecio hacia el sexo femenino se hace más evidente. Lo refiere como un ser impúdico, egoísta y soberbio al querer controlarlo todo, un sexo de tentaciones, ofertor de locura. Innegable: tentaciones en las que él no dudaría un instante en ceder paso, por ello determina a las mujeres como ataduras inminentes a su vida bohemia.

El juicio del Nadaísmo en cuanto a sentimiento tan contradictorio no es la concepción tradicional o romántica de complicidad y unión absoluta en la medida en que, necesariamente, debe ser un sentimiento de turbación y ruptura, un equilibrio entre suprema felicidad y suprema desdicha; espíritu y materia unidos que resucitan constantemente mediante la poesía hecha del cuerpo y los deseos, y que es la vida misma.

Falta por decir que Arango reconoce el yugo al que ha sido sometida la mujer desde los inicios de la historia universal. Como consecuencia de ese abatimiento, en *Un seductor diario*, hace patente la invitación a sacudir los complejos de los que ha sido impregnada desde la sociedad medieval y religiosa. Confiesa que, en noches de desamparo, ha sido en los abrazos de una mujer donde ha encontrado el oasis y, a partir de allí, la ha consagrado como representante de lo divino y responsable del sentido que pueda tener su existencia; en el rostro de una mujer ha identificado el rostro mismo de Dios, que ha muerto con su fe.

Sentadas las anteriores premisas, pasemos a la revolución colombiana que propone Gonzalo Arango y su escuela nadaísta mediante la contribución de su nihilismo activo: un renacimiento mediante la acción.

Si trato de esbozar un esquema que defina nuestra conspiración, no será a nombre de un método, sino de un desorden porque el Nadaísmo no es una filosofía sistemática, sino una pasión existencial, un furor, una rebelión (Arango, 1974 p. 185).

Inicialmente, Arango enuncia al nadaísmo como propositor de dudas, no de soluciones; no quiere caer en idealismos que proponen soluciones a problemas abstractos, olvidando los que existen. A partir de allí, sospecha de su creación nadaísta lo desconocido, una pasión existencial que resucita día tras día como resultado de una lealtad a sí mismos.

Sin duda, Gonzalo tuvo contacto con escritores existencialistas extranjeros, haya sido a través de revistas y grupos literarios como el Grupo de barranquilla que publicaba escritos sobre existencialismo, o mediante otras búsquedas autodidactas.

Al respecto, en *Café y confusión* de *Obra Negra*, se evidencia una transversalización del Nadaísmo que surge en defensa de los eternos héroes del espíritu, a los que las incontrolables masas totalitarias y autómatas conducen a negaciones a la libertad y a una

obediencia sin precedentes a las razones tradicionales de la vida. Así, pues, se niegan al abandono del sueño del *Superhombre*.

Téngase en cuenta la importancia de dicho término, pues, sin lugar a dudas, es un concepto originado en la literatura universal por el filósofo, escritor y poeta alemán Friedrich Nietzsche, hacedor de obras como *La gaya ciencia*, *El anticristo*, *Así habló Zarathustra* y otras con las que es probable se haya relacionado Gonzalo Arango de manera muy íntima, para convertirlas en los fundamentos e ideología del movimiento literario-social que fundaría en 1958 como protector del individuo libre y subjetivo.

El Nadaísmo se fundó como respuesta a las razones tradicionales de la vida. Es, en su más profundo significado, un imperialismo de la negación para defender al individuo de las amenazas que se ciernen sobre él, en ésta época de abdicaciones de la libertad y de insurrección de masas totalitarias que levantarán un patíbulo para el poeta, el santo, el loco, el místico y en bandido, los eternos héroes del espíritu, sin cuya presencia nos negamos a vivir, pues no podríamos dormir sin el sueño del Superhombre. La generación que nos suceda o que ya trabaja en la revolución política, encontrará un desgarramiento de confusión en las almas y en el orden social, y este anarquismo crítico que hemos formulado dará origen a nuevos valores y a un renacimiento. Este es el invisible, pero efectivo aporte de nuestro nihilismo activo a la revolución colombiana. No prometemos más (Arango, 1974 p. 191).

Debemos insistir sobre este punto, puesto que aquí se confirma, bajo palabra del mismo Gonzalo, el Nadaísmo en Colombia como un modo de nihilismo activo que busca la superación del hombre mediante la búsqueda del Superhombre, entendiendo Superhombre como el sentido de la tierra, el regreso del hombre a la naturaleza. Hasta entonces, el Nadaísmo será servidor de la barbarie convirtiendo la destrucción en creación pura.

Sin embargo, no es ese el objetivo de este primer capítulo. La convergencia entre el nadaísmo en Colombia y nihilismo activo, una perspectiva desde el vitalismo de Gonzalo Arango, será la finalidad de un segundo episodio.

Después de esta exposición sumaria, pasemos a una motivación trascendente, incluso más importante que el arte para la escuela nadaísta: el sexo.

Y es que al predicar el amor libre y la libertad aplicada a todos los aspectos humanos, la independencia para elegir el objeto amado y la sexualidad, también debe ser justa, teniendo en cuenta que el Nadaísmo defiende la libertad sexual y no una determinada orientación. De todo esto resulta el sexo como religión del movimiento siendo éste la esencia de sus creencias, no porque carezcan de moral sino porque la suya se identifica plenamente con la libertad.

Ahora bien, si la malvada intención del nadaísmo era molestar a los burgueses y pervertir sus retoños, ¿cómo es que Gonzalo ahora se llama a sí mismo burgués? Jaime Jaramillo Escobar, escritor nadaísta conocido como X-504, asegura traición al movimiento por parte de su progenitor por ir a beber whisky a un salón burgués. Arango, por su parte, afirma lo burgués como una condición del espíritu y, en ese sentido, él mismo era burgués, pues sus obras iban dirigidas a un público que tuviera dinero para comprar un libro, tuviera tiempo para leerlo; no escribía él para el obrero que trabaja doce horas y que no sabe leer.

Sin embargo, existe una razón más poderosa: si no existiera el arte burgués, no existiría tampoco el arte puro:

Me fascina esta burguesía concupiscente que se confecciona un Christian Dior para asistir a una exposición de arte abstracto. Sin ella no existiría el arte burgués, o sea, el arte puro (...)

Y por eso creo que soy un escritor burgués: porque yo no hice el mundo ni trato de reformarlo, me conformaría a lo sumo con poder destruirlo (Arango, 1974 p. 195).

Así pues, Gonzalo utiliza su oficio de escritor como un traje de gala que lo disfraza en ocasiones solemnes ante hombres que exigen dignidad, un rotulo de escritor que le otorga ciertos privilegios. Uno de ellos: el mejor del menú.

Ciertamente, Arango Arias no es seducido ni por el hombre ni por su causa. Se siente fastidiado por las peripecias del otro, por ello quiere huir de todo y encontrar la belleza en estar solo. Como consecuencia, declara su escepticismo por los asuntos humanos considerando sus intenciones como falsas e inútiles. Lo que no sabía era que el dolor y la causa del otro serian el motivo de su lucha, de manera que la hiel ya no sería el trago predilecto de este profeta.

A partir de allí, Gonzalo Arango empezó a transformar su ideología, su manera de mostrarse al mundo: la esencia inicial del nadaísmo seria transformada en necesidad de solidaridad humana. La escuela Nadaista ya no se vale del escándalo social como en sus inicios, ahora ha optado por un arma más silenciosa, creadora y realista, de manera que su aventura espiritual es más modesta y su amor a la vida ya no se desprende de la egomanía.

La negativa a valores sociales y dogmaticos imperantes permanece, pues devuelve a los hombres el reino de la tierra y el ánimo de vivir en aventura. Sin embargo, Gonzalo y su actitud Nadaista prefieren crear en soledad, ese espíritu libre que antaño mostraba mediante el escándalo y la vida bohemia poco a poco ha bajado de intensidad. ¿Qué necesidad hay de

esperanza si está vivo? Si la desesperación abraza a los hombres es por ser la vida finitud, y el prestigio verdadero del Nadaísmo consiste ahora en recordarla.

En *Tarjeta de navidad para GOG* - Gonzalo González, un amigo escritor de *El Espectador*- Gonzalo Arango observa:

Como ves, querido Gonzalo, ahora me preocupo por los otros. Y en los otros también vivo yo. Reconozco en este mundo nuestra común aventura (...) Abandono la tumultuosa taberna por la soledad creadora. Y daré testimonio de mi actitud nadaísta a través de la creación y no de la alucinación (Arango, 1974 p. 211).

En el mismo escrito, Arango aclara:

El nadaísmo no ha muerto, sino que toma conciencia de sí mismo, se supera, nos hacemos responsables de él, y lo tomamos en las manos para pesar su importancia y medir sus alcances. Deja de ser lo que es para ser superior a sí mismo (Arango, 1974 p. 211).

En definitiva, Gonzalo Arango y su séquito, a diez años de fundado el Nadaísmo, no se sienten orgullosos ni de quienes son ni de lo que han hecho con el movimiento. La etapa de agitación fue tomada con excesiva pasión y por ello le dedicaron más tiempo del necesario. La etapa que precede es una de creación y de conciencia en torno a lo que representan y se espera de ellos como cultura. Esa conciencia que antes fue arrollada por el ímpetu del pasado negado y un futuro sin porvenir fue, sin duda, la responsable de evitar que el nadaísmo fuera el movimiento de vanguardia que estaba destinado a ser en Colombia y en Latinoamérica.

Se comprueba de este modo que la efusividad emanada de la juventud ávida de aventura no siempre es la más certera. Gonzalo quería huir de las cosas mundanas porque le molestaban

y, al estar entre ellas, podía contagiarse de sus impurezas; por ello la libertad de estar solo y lo bello de estarlo.

Sin embargo, para Gonzalo Arango la belleza ya no consistía en la soledad y en admirar el universo ni en tener libertad absoluta. Ahora lo bello es luchar y ser solidario con la causa de otros. Mejor dicho, si la belleza del universo no puede ser compartida todo pierde su sentido.

En *Mi vida en Islanada*, Arango se lamenta del exilio al que lo ha llevado su egoísmo:

El silencio de mi isla solitaria me enloquecía. Terminé odiando las estrellas y la limpieza de mi alma. Odié esa patria ideal que era grata a mi corazón egoísta, y que al fin se confundía con el ingrato rostro del exilio (...) Como no existían los otros, ni tenía con quién comunicarme, tampoco existía la belleza (...) Entonces... sentí nostalgia de la soledad de los tumultos, la fraternidad del sudor y del dolor, las violentas exaltaciones de la dicha y la libertad, y comprendí que solo en medio de los hombres todo eso era posible (Arango, 1974 p. 220).

Así mismo, la ausencia de movimientos de vanguardia condenó a Colombia y, por ende, también al Nadaísmo, a un “óxido mental” que no permitió su ascenso como movimiento y menos aún como cultura. La fama prematura que obtuvieron con el escándalo social y la vida bohemia fue superior a sus méritos, a lo que podían hacer como movimiento de vanguardia y esa fue la resistencia en su ascenso.

El frenesí de Gonzalo Arango en un tiempo fue el existencialismo, la literatura negra, disfrutaba la destrucción y el funeral del mundo occidental que en ella se mostraba. No le interesaba el destino del hombre y, por tanto, el suyo tampoco.

Remendó la bandera del Nihilismo, olvidó los viejos dioses, aprendió la blasfemia, la

maldición y adoptó como suya la causa del demonio: “el placer era mi ideal. Mi aniquilamiento el porvenir. Brindaba por el fin del mundo en mi propia destrucción (Arango, 1974 p. 222).

Cuando Arango se encontraba en los abismos existenciales deseando destruirse como el resto de los hombres, aparece la sonrisa de una mujer y lo empuja al horizonte desde el abismo emocional y solitario. De tal acontecimiento se da testimonio en *Marasmo*, lo que indudablemente es un reconocimiento al amor de Ángela Hickie, una londinense que conoce a Gonzalo en San Andrés en una de sus giras Nadaistas por Colombia y por la que cambia su rumbo a una idea más mística de la existencia.

Pero, ¿Cuál fue el acontecimiento exacto que empujó a Gonzalo Arango a disolver su fe en Dios? Sucedió, pues, en Aranjuez, un barrio de Medellín, cuya iglesia visitó como buen feligrés. Aquella iglesia se encontraba desierta a excepción de algunos visitantes: tres albañiles que disfrutaban cual estadía en un parque de diversiones, conversando con entusiasmo y fumando cigarrillos. Enajenado por la ofensa a la casa de Dios, Gonzalo, que para ese entonces tenía veinte años y creía ciegamente en la santísima trinidad, se acercó a aquellos hombres exigiendo respeto para su señor. La respuesta de uno de los albañiles fue poner su cigarrillo en su sexo viril y decir: “Mira a tu Dios”. Enceguecido por la vergüenza de tal sacrilegio, corrió casi empapado en lágrimas hacia el sacerdote encargado y le contó lo sucedido. El cura lo tranquilizó asegurando que de inmediato iría a castigar a aquellos impíos. Orgulloso de su buena acción esperó ansioso la llegada del mensajero de Dios, expectante a lo fuerte que serían sus palabras. Sin embargo, el cura nunca apareció.

En aquel momento, en aquella iglesia oscura como una tumba, ahora el mausoleo de su fe en Dios, comprendió que la religión, la iglesia y su séquito, era una turba de empresarios, comerciantes de la fe de los ingenuos con la excusa del paraíso eterno; y entre el suicidio y la pena, eligió la pena.

Resucitó mediante la poesía. Su pasión por el arte se convirtió en religión y el reino de la belleza ocupó el trono de Dios. Finalmente había descubierto que la salvación no era Dios, sino el pleno goce de la tierra, y de la mano con la poesía escribió sus himnos de amor a la carne.

Por ello, afirma el propio Gonzalo, pertenece más a la vida que a la literatura, “y a la hora de juicio final me gustaría encontrarme más con las mujeres que amé, que con los libros que escribí (Arango, 1974 p. 231)”.

Con todo y lo anterior, Arango Arias fue alcanzado por el hastío y quiso regresar a los hombres que antes no le interesaban. La revolución que empezó a promulgar ya no era tanto interna, ahora unía su causa a la de quienes luchaban en la guerra; ahora su libertad consistía en unirse a ellos y sentir sus peripecias.

Gonzalo Arango, El Profeta, ya no reniega del dogma de Dios sino que ahora pide su ayuda, como antes de la desolación en esa iglesia de Medellín. La revolución ahora es una revolución para el pueblo.

En *La mira del Señor*, Gonzalo ruega por el porvenir de su raza:

SEÑOR

Libra a mi patria/ de la riqueza y el abuso/ del poder.

No nos des más de lo necesario/ para vivir/ pero danos el sentido de vivir/ ¡Haznos un pueblo digno! (Arango, 1974 p. 262).

Como se advierte en *Un mundo para dos*, el odio fue implacable para El Profeta y perjudicial para el ascenso en su condición de hombre. Lo encontraba impregnado en su época, en sus semejantes, en sus padres y en él mismo. Por eso se abrazó a la desdicha y la encontró creadora. Si predicaba la destrucción del mundo heredado, no era por su malignidad y amargura, sino para fundar sobre la nada una intimidad liberadora de odios donde los hombres volvieran a darse la mano como signo de cierta identidad humana.

Esta brevísima exposición basta para comprender la digresión entre lo que daba a luz el Nadaísmo en 1958 y lo que predicaba diez años después de fundado. Es una pena, sin embargo, la declaración directa que hace Gonzalo Arango a pocos años de su muerte. Comencemos por evocar el gran sueño de El Profeta, que no fue rendir culto a la belleza como afirma desde los inicios del movimiento. Su gran sueño era obtener el poder absoluto. Al no poder tenerlo, se consagró a la naturaleza y, por supuesto, al odio a las debilidades, pues él mismo era débil.

Como venganza a la debilidad de los hombres y a la suya propia, emanó su enfermedad de odio y terror mediante el espúreo trono de la poesía: ser poeta era solo una máscara.

Como consecuencia, ser escritor o poeta representaba ya para Gonzalo una pena capital pagada eternamente frente a su máquina de escribir. Como testimonio, dice en *Pena capital*:

El sueño de mi vida nunca fue la belleza sino el poder. Y no un poder cualquiera. ¡el poder absoluto! No rendir cuentas a nadie, a nada, más que a la grandeza misma (...) Mi vida es hoy una fortaleza saqueada, sustancia viscosa, hediente, que emana del cadáver de mi gran sueño del poder (...) Para vengarme de esta migaja de ignominia a la que he sido condenado, ejerceré el terror, contagiare la peste, irradiare mi enfermedad a todos los vientos desde el falso trono de la poesia (...) Y dictare un decreto: Yo/ Gonzalo Arango/ tirano del mundo/ me sentencio a la/ PENA CAPITAL/ de pasar la vida/ frente a una máquina de escribir/ escribiendo la palabra MIERDA/ por los siglos de los siglos de los siglos (Arango, 1974 p. 294).

El nexo entre progenitor y movimiento estaba desgastado. El Nadaísmo, al no llenar el vacío de su fe, corrompía ya su espíritu. Gonzalo Arango le dice Adiós al Nadaísmo porque considera, ahora, que ya no es útil ni a la vida ni al arte.

Planteada así la cuestión, el profeta de la Oscuridad Nueva se rinde ante el vacío de la nada y suplica a Dios: su fe ha sido restaurada e implora: “Reclútame señor para la salvación o el terror. / Los ideales que no cambian la vida corrompen el alma. / Esta pureza que cultivo en la soledad me da asco (...) Dios mío, sálvame de esta paz difunta (...) Dame fe en una causa aunque sea perdida (Arango, 1974 p. 297)”.

Ahora el Nadaísmo ya no es la tabla de salvación para la juventud sin rumbo de los años sesenta ni la defensa de los eternos héroes del espíritu. El Nadaísmo es ahora esa cruz irredimible que no promete la redención que toda alma busca sino la fatalidad de todas ellas. Era, además, no un fin sino un medio por el cual cada quien haría su propio infierno o paraíso, según fueran sus furias o sus sueños. Para Gonzalo, fue trinchera y fortaleza contra la muerte. Dicho de otro modo, si no hay redención, la fatalidad es abrazadera:

No vivir atado a la cruz irredimible del Nadaísmo, ni crucificado como héroe o mártir (...) La cruz que no promete redención, es fatalidad. Y ser nadaísta es también negar el Nadaísmo si ya no sirve a los poderes de la vida y el arte (Arango, 1974 p. 299).

En definitiva, la vida pública de Gonzalo Arango expiró, y él lo reconoce. Su lucha a muerte con la nada le dejó como resultado humildad, vacía la bolsa de valores materiales y llena de amor a los valores de la vida. Su camino ahora ya no era el de un profeta sino el de un místico.

El Nadaísmo era ego puro. Su vida callejera no era sino la vitrina en la que mostraba su vanidad expectante de pleitesía, como un héroe en tiempos modernos; un calvario doloroso lleno de egotismo: “héroe a mil kilómetros del peligro” (Arango, 1974 p. 301).

Sin nostalgia, Gonzalo Arango se dice adiós a sí mismo. Finalmente, ser nadaísta lo ha salvado del vacío, de la nada, y le atribuye la pérdida de su fe a la profunda egomanía de la que era cautivo. Ahora todo él es levedad. Aunque no se arrepiente de nada, de sus errores tampoco, ni lo dicho ni hecho le pertenece. Únicamente operó como un oscilante instrumento de la vida; y aprendió a vivir.

El Nadaísmo fue un viaje de aventuras por el conocimiento y la experiencia y, como todo viaje, debe llegar a su fin. Bien o mal, Gonzalo deja un legado de conciencia, de rebelión, de vida. Pero, a pesar de ello, algunos lo catalogan como un traidor.

Al respecto, si algo le molestaba a El Profeta, ahora simplemente Gonzalo, era la decrepitud de quienes se niegan a evolucionar en la vida y en la cultura. Si esa era su exhortación, ¿por qué habría de actuar contrariamente? Después de todo, Gonzalo Arango aceptó las transformaciones dignas de toda existencia, pues nada permanece inmóvil, todo cambia; y quien no lo acepte corre el riesgo de resignarse y traicionarse a sí mismo. Gonzalo y su Nadaísmo no serían la excepción a leyes tan humanas.

No cabe duda que Arango actuó de acuerdo a sus convicciones y, contrario a quienes lo llaman traidor, no evolucionó ni fue tampoco involución, simplemente maduró. Añadamos a esto la influencia espiritual que ejerció sobre sus ideales Ángela Mary Hickie, que cambió inclusive la vestimenta y el físico de El Profeta: los zapatos elegantes por alpargatas, las camisas de botones por las de colores, los pantalones de paño por blue jeans; y su cabellera, larga y abundante como no la había tenido antes.

Gonzalo Arango pasó de un espíritu rebelde obsesionado con atacar los poderes civiles y religiosos a un hombre pasivo, reflexivo y que reencontró a Cristo. Comenzó a valorar más lo espiritual dejando de lado el mundo terrenal, bajo el símbolo de amor y paz. El motivo de su cambio: el amor. Dice el propio Gonzalo:

En san Andrés murió el Nadaísmo porque allí encontré a angelita que me puso en una nueva dimensión. Realmente el encuentro con angelita fue el encuentro de una larga búsqueda espiritual con lo que es esencial en el hombre: el amor.

Gonzalo Arango muere el 25 de septiembre de 1976, camino a Gachancipá, Colombia mientras planeaba su primer viaje a Londres donde seguramente, dejaría atrás el Nadaísmo. Llenaría entonces el vacío de la nada con la fuerza pura de su amor londinense. Y aunque fue un movimiento vanguardista tardío, fue vanguardia y eso basta.

Así, pues, Gonzalo se despide de sí mismo, del Nadaísmo y de este mundo. Como diría la propia Ángela Hickie: el Nadaísmo muere enterrado por su propio progenitor.

CAPÍTULO II:
LA DUALIDAD EN GONZALO ARANGO.

*¡Qué sabe del amor quien no ha tenido que
despreciar precisamente lo que amaba!*

-Friedrich Nietzsche-

Ciertamente, Gonzalo Arango, a lo largo de su obra y de su existencia misma, presentó dualidades de diferentes tipos: por una parte, el desprecio que sentía por el conservadurismo y la ceguera selectiva que provocaba la iglesia en su patria era impulsado, precisamente, por un profundo amor hacia ella; despotricaba del sexo femenino catalogándolo como un sexo de locura y dominio. Sin embargo nunca dudó en entregarse a tan fervorosos encantos que lo ataban a la más aventurera vida bohemia; rechazaba cualquier valor dogmático o existencia de religiosidad. No obstante buscó siempre un reemplazo de lo divino en su vida y fue ahí cuando encontró la literatura y la poesía. Pero lo que más nos interesa es la dualidad del Ángel Subterráneo entre la fuerza del vitalismo que predicaba en un principio y el existencialismo con el que lo sorprendió el fin de sus días.

Cómo se advierte el cambio entre el Gonzalo Arango inicial y el que fue diez años después de fundado el movimiento, cuáles fueron los cambios en su vitalismo, quién era al inicio y quién era al final de su carrera poética, cómo ha sido su evolución o, más bien, su

involución y de qué modo su poesía va a mostrar cambios en él es el objetivo de este segundo capítulo.

Por otro lado, el vitalismo que promulga Arango, indudablemente, está ligado de manera ideológica al nihilismo activo del que se refirió Friedrich Nietzsche, pues en *Obra Negra* (1974) El Profeta Gonzalo reafirma su Revolución como un aporte del nihilismo activo, sin olvidar que los nadaístas se negaron siempre a abandonar el sueño del Superhombre, cuyo término se adjudica únicamente a Nietzsche.

Es por ello que en este capítulo evidencia la relación antes mencionada tomando como referencia una de las obras más polémicas y satíricas del filósofo, escritor y poeta alemán: *Así habló Zaratustra* (1982). Cabe mencionar, de antemano, que la imagen del místico Zaratustra corresponde al Gonzalo Arango inicial, al de los primeros años de fundado el Nadaísmo que posee una fuerza para revelarse ante la sociedad puritana colombiana de finales de los años cincuenta reafirmando a su vez los placeres terrenales que componen la existencia.

En el prólogo de *Así habló Zaratustra*, escrito por Juan Carlos García-Borrón, de origen español y el primero en recibir un título de la Universidad de Barcelona después de la guerra civil, se afirma:

Lo dionisiaco se expresa en la música, el coro y la danza, y afirma la vida, orgiástica, desenfrenada, ebria de su propia fuerza (...) es enaltecido porque afirma y potencia la voluntad de vivir, en vez de tratar de negarla o “aquietarla” y porque es profundamente feliz, aún en sus espontáneas y auténticas expresiones de dolor (Nietzsche, 1982 p.13).

En este sentido, El Profeta Gonzalo Arango era dionisiaco, igual que Nietzsche.

En el mismo prólogo, más adelante dice:

Nietzsche- Zarathustra quiere que el hombre renuncie a la humildad que le hace de ponerse de rodillas ante Dios; que se exija a sí mismo su propia elevación, en vez de suplicar la “gracia” de Dios como limosna para su miseria (Nietzsche, 1982 p. 18).

Esto era lo que quería Nietzsche y, así mismo, lo que quiso lograr el propio Gonzalo Arango mediante su prosa, su poesía y sus actos. Friedrich Nietzsche era llamado El profeta de la anticultura, igual que Gonzalo más de sesenta años después.

Ahora bien, para visualizar el cambio de un Gonzalo Arango a otro, es pertinente observar con detenido énfasis tanto las fechas de los escritos, que manifiestan un cambio en lo cronológico, como en los escritos mismos que muestran una transformación más espiritual e ideológica que determinaría el adiós al nadaísmo, de manera que no se percibe la misma irreverencia en *Pena capital*, escrito a finales de los sesenta, que en *Manifiesto a los Escribanos Católicos* escrito a principios de la misma década. Dicho de otro modo, Gonzalo Arango, conocido también como el Ángel Subterráneo, amaba más la vida y la revolución en los primeros diez años de fundado el movimiento, para luego devenir en la resignación que tanto lo atormentaba en un principio.

Obsérvese también la libertad terrenal y espiritual que se reclama en *Terrible 13 Manifiesto Nadaísta*, escrito en 1967, y la bienvenida a la muerte que se lee en *Pena capital*, escrita poco después:

Hemos deseado que sucumban los débiles, los justos, los desheredados, los puros de corazón y los imbéciles... Hemos añorado en calidad de hombres libres el retorno implacable de la inquisición, de las persecuciones y de las pestes mortíferas que han azotado a la humanidad para que el espíritu sea ungido por la sangre y el sufrimiento (...)

Somos de una raza nueva que santifica el placer y los instintos, y libra al hombre de los opios de la razón y de los idealismos trascendentes... (Arango, 1974 p. 32).

En *Pena capital*, Arango afirma:

Porque soy débil aborrecí la debilidad en los hombres y en la historia (...) soy cada día este cadáver que desaparece bajo un torrente de babas, ruidos agónicos y destilaciones de una enfermedad que sofoca al monstruo en mi alma. Perdido para este mundo y para Dios. Mi vida es hoy una fortaleza saqueada, la sustancia viscosa, hediente, que emana del cadáver de mi gran sueño del poder. Me sobrevivo como una babosa en su repugnante humedad, y todo se precipita para cubrirme de irrisión (Arango, 1974 p. 293).

Indudablemente, el firme profeta pierde fuerza y con él cae poco a poco el ideal del nadaísmo; su vitalismo ahora es endeble.

Uno de los ejemplos más agudos de la transformación bárbara que envolvió la profanación y los instintos terrenos de Gonzalo en suburbios existenciales desesperantes, se lee en *Manifiesto a los Escribanos Católicos*, escrito en 1961, donde es patente la declaración hacia la iglesia católica y los servidores y seguidores de la misma, desacato que no se lee en *Caído en el limbo espiritual*, escrito ya a mediados de los años setenta:

No somos católicos/ porque dios hace quince días que no se afeita/ porque el diablo tiene caja de dientes/ porque san juan de la cruz era hermafrodita/ porque santa teresa era una mística lesbiana/ porque la filosofía de santo tomás de aquino está fundada en dios y dios no ha existido nunca (...) ustedes ya atentaron bastante contra la libertad y la razón. Ahora les decimos ¡BASTA! (Arango, 1974 p. 24).

Ahora véase en *Caído en el limbo espiritual*:

Reclútame Señor para la salvación o el terror. Los ideales que no cambian la vida corrompen el alma. Esta pureza que cultivo en la soledad me da asco. El espejo ya no me

refleja: me culpa. Dios mío, sálvame de esta paz difunta. Devuélveme la esperanza y el sufrimiento (...) ¡Dame, Señor, la desesperación de creer y la felicidad de destruirme! (Arango, 1974 p. 297).

Después de todo, el Nadaísmo al no llenar el vacío de su fe, corrompía ya su espíritu de manera que, finalmente, se rinde ante el vacío de la nada y suplica misericordia.

Pero, ¿cuál fue el momento exacto a partir del cual se puede dilucidar un quiebre en la filosofía de Gonzalo, el Ángel Subterráneo? ¿Cuál fue el soplo que devolvió a El Profeta a los caminos del amor al prójimo y la conciencia?

Podemos ahora percatarnos de algunos visos en las ideas de Gonzalo que, años después, serían móviles para la deserción del proyecto nadaísta: la fuerza incontrolable del amor. En la selección de cuentos de *Sexo y saxofón* hecha para *Obra Negra*, escritos en 1963 titulado *Los muertos no toman té*, se lee:

-Odio esta quietud. Detesto que no pase nada: velocidad, sangre, llamas, catástrofe, terror... si fueras un poeta me entenderías, pero no eres sino una mujer (...) –Es que tu eres una intelectual. Detesto el arte, solo me gusta la violencia. Pero hay otra solución (...) –El amor (Arango, 1974 p. 152).

En *El pez ateo de tus sagradas olas*, escrito también en 1963, Gonzalo Arango empieza a manifestar ideas más místicas, de manera que ahora prefiere la soledad lejos de una humanidad a la que no pertenece, y fundirse con el cosmos, las piedras, el sol y la naturaleza misma; el regreso del hombre a la tierra (noción condensada en el concepto de Superhombre en *Así habló Zarathustra*, de lo que se hablará más adelante).

Sin embargo, el cambio ideológico se advierte de manera más drástica en *El mar muerto del amor*, donde El profeta ya no da trascendencia a la virilidad y el acceso carnal, sino que distingue los valores por encima del sexo. Sin duda, una transformación notable:

Los valores de una persona están por encima del sexo, y es en ese sentido como te aprecio. Porque cuando el sexo supera los valores, la relación se torna alienada, posesiva, y el egoísmo se sacia en la destrucción y la muerte del otro (...) No sé para dónde voy pero estoy soltando los cables que me tenían anclado a los viejos puertos de mi vida polvorienta (Arango, 1974 p. 178).

A partir de entonces, los poemas y escritos de Gonzalo Arango, a pesar de continuar con sus ideas de irritación, empiezan a mostrar su lado más considerado y amable. Empezó a desprenderse de la vida bohemia que tantas aventuras le había proporcionado en los burdeles, en las calles, y con mujeres. La virilidad ahora no es tan fuerte como antes que poseía a sus amantes en mausoleos, esquinas polvorientas y baños públicos; ahora el equilibrio entre suprema felicidad y suprema desdicha tiene nombre: amor hacia su patria, amor a los débiles, a una sola mujer, a Dios.

El domingo 30 de diciembre de 1962, se publica en el Suplemento de *El Espectador*, *Tarjeta de navidad para GOG*- Gonzalo González, director en ese entonces del suplemento y que colaboró de manera sin igual con las publicaciones del primer nadaísmo- . En él, Arango acepta una serie de cambios tanto en el Nadaísmo como en él mismo, transformaciones considerables. Gonzalo Arango, como precursor del Nadaísmo ha decidido no valerse ya del escándalo social como arma para su ejército; decide preocuparse por los demás, abandonar las tumultuosas tabernas y crear en soledad. Ahora prefiere lo solitario, el silencio; la solidaridad y empatía con el compatriota flagelado. Prefiere la intimidad.

Veamos en *Tarjeta de navidad para GOG*:

Ahora procuro ser algo mejor todos los días, algo del yo mismo creado por mis actos, no por mis tontas palabras de viento loco (...) Mi aventura espiritual es ahora más modesta, pero más auténtica, y mi amor a la vida ya no es aquel desorbitado delirio egomaniáco, sino un tomar el mundo para crearlo a la medida más justa del deseo de hombre que soy yo, que tú eres, que ellos son (...) Te cuento que el Nadaísmo ha cancelado su etapa de desesperación nihilista y el derrotismo que lo caracterizó en sus primeras contiendas. Podría decirte que su desesperación se ha tornado creadora (Arango, 1974 p. 208).

En el mismo escrito, Arango continúa:

Como ves, querido Gonzalo, ahora me preocupo por los otros, y en los otros también vivo yo (...) No hablo de un Reino ni de un nuevo paraíso. Estoy hablando de la intimidad. Que cada cual proclame la verdad de sí mismo, su rebelión, su pasión, su libertad, su soledad (Arango, 1974 p. 212).

Después de todo, de su rebelión pública, del anhelo de catástrofes, a partir de 1962, cuatro años después de publicado el *Primer Manifiesto Nadaísta*, Gonzalo Arango El Profeta, ya muestra indicios de su transformación ideológica, variaciones que cada vez van a ser más evidentes tanto en sus poemas, escritos; desde sus acciones hasta su apariencia.

Pongamos por caso ahora qué idea manifestó Arango sobre la burguesía en *La malvada intención*, publicada en 1958, y qué dijo en 1970, diez años después cuando ofende con lo que se ha catalogado como traición al nadaísmo. He aquí un ejemplo espléndido que aterriza la creación de El Profeta de la Nada en campos de contradicción ideológica:

Ustedes, los burócratas liberales y conservadores que ya perdieron el sentido de lo maravilloso... Ustedes, los inspectores de la moral, que confunden el “hula hula” con el marqués de sade (...) Ustedes, magistrados y jueces que codifican la vida y asesinan con fórmulas los instintos vitales (...) Pero queremos confesarle una malvada intención a la

burguesía. Señores burgueses: el nadaísmo se fundó para pervertir a vuestros hijos (Arango, 1974 p. 15).

Sin duda, un desprecio tajante hacia la hipocresía. Pero, véase ahora en *Traición al Nadaísmo, Refutación al humanista*, donde ahora él se confunde con esos burócratas padres de la simulación que, aunque Gonzalo Arango no lo considera traición sí puede apreciarse un cambio de opinión que contradice los fundamentos principales del movimiento:

Lo burgués, en mi concepto, es una condición del espíritu. En este sentido, soy un burgués. Mis obras van dirigidas a un grupo en específico: el que tiene plata para comprar un libro y asistir al teatro, y entiende eso o cree entender, y además dispone de tiempo para leer (...) Me fascina esta burguesía concupiscente que se confecciona un Christian Dior para asistir a una exposición de arte abstracto. Sin ella no existiría el arte burgués, o sea, el arte puro (Arango, 1974 p. 195).

Ahora bien, el nexos entre el vitalismo que promulga El Profeta de la Nada y el que propala Nietzsche en *Así habló Zarathustra*, es bastante acentuado, pues una de las preocupaciones más tónicas del filósofo es la reafirmación y la defensa de la vida que pretendía avivar mediante el temple de sus enunciados, de su ironía, de sus ideas que van a ser similares a las que, posteriormente, fueron tomadas y fundamentadas por Gonzalo Arango para propiciar el Nadaísmo en Colombia.

Esencialmente, el Nadaísmo, Gonzalo Arango, patentiza dos conceptos que son primordiales en la obra en cuestión y que conectan la influencia del uno sobre el otro de manera directa, sin dejar de lado otras inventivas también muy fuertes que identifican como amigas ambas ideologías. Cabe aclarar que, al tratarse de épocas muy distantes y de

culturas aún más lejanas, indudablemente habrá diferencias. Sin embargo, son más aspectos los que van a unirlos.

La primera de esas dos ideas yace en el concepto que se plantea Nietzsche- Zarathustra sobre Superhombre. ¿Qué es el Superhombre en *Así habló Zarathustra*? Es el sentido de la tierra, el regreso del hombre a la naturaleza. Nótese que Zarathustra es un místico profeta que profesa un amor superior hacia los animales que, a su vez, acuden de manera inmediata al escuchar su llamado. Nótese, por otro lado, el respeto que ocupa El Profeta de la Nada hacia el sol que dora sus manos y que lo acompañó durante su exilio voluntario; por la noche cósmica con sus vientos y por los cantos de los pájaros.

Zarathustra ama la montaña, bajó de ella en busca de los hombres. Pero no encontró nada grato entre ellos así que regresó a las alturas. Gonzalo Arango, por su parte, no soportaba la inercia de su gente, por lo que decidió exiliarse, aislarse de ellos y disfrutar de sus acciones, él mismo: veía hermoso el universo. No obstante, esa belleza no podía compartirla con nadie, no era posible manifestársela a nadie, pues estaba solo. Por ello decidió volver a los hombres. Pero ya no los despreciaba, ahora los acompañaba en su guerra. En la segunda parte de *Así habló Zarathustra, De las islas afortunadas*, se lee:

En otros tiempos, al mirar hacia mares lejanos se pensaba en Dios. Mas ahora yo os he enseñado a decir: Superhombre (Nietzsche, 1982 p. 104).

Acudamos a este ejemplo en *El pez ateo de tus sagradas olas* al respecto:

Ahora que estaba solo (...) ahora entonces empecé a sentirme hijo del sol, alma del viento, fruto del árbol de la vida (...) El sol de la mañana doró mi cuerpo y mi sonrisa, desnudo y enlazado a las ramas como un mico. Entonces comprendí que mi reino era ese, el reino puro y verde de los seres sin pensamiento, un átomo de luz en la radiante energía del cosmos (...)

Descendí del árbol y eché una mirada al pasado. Luego me alejé sin nostalgia (...) hacia la tierra que amaba (Arango, 1974 p. 161- 162).

Gonzalo Arango y los nadaístas se negaron siempre a dormir sin tener en mente el sueño del Superhombre y, en definitiva, fue de los pocos principios nadaístas que permanecieron después de su negación y que finalmente alcanzó, aunque solo fuera para él mismo.

Consideremos ahora la segunda idea más prominente, el argumento principal de este trabajo investigativo, el fundamento filosófico de Nietzsche en la obra antes mencionada y, por ende, de El Profeta nadaísta: el vitalismo. Como abre bocas, léase en *Los discursos de Zarathustra, De las tres transformaciones*:

Para el juego divino del crear se necesita un santo decir “Sí”: el espíritu lucha ahora por su voluntad propia, el que se retiró del mundo conquista ahora su mundo (Nietzsche, 1982 p. 51).

Dentro de este contexto vitalista, Nietzsche- Zarathustra habla de tres transformaciones, metáforas que determinan el progreso del espíritu. La primera de ellas es la figura del camello: pasivo, tranquilo, cuya calma lleva a un desinterés por la vida justo como el Nihilismo Pasivo de los anarquistas rusos y como los compatriotas resignados de Gonzalo Arango. La segunda imagen metafórica es la figura del león, fiero y destructor, asesino que no cree en nada y hace su voluntad, su deseo. Sin embargo, la fuerza del crear no la posee tal animal, pero posee la fuerza de adquirir la libertad necesaria para creaciones nuevas. No obstante la cúspide de este progreso espiritual la ocupa la efigie del niño, que dice un sí rotundo a la vida. Ese nihilismo activo, esa vitalidad fue la preocupación de Nietzsche que luego fue también la de El Profeta de la Nada. Zarathustra ha vuelto a ser niño, Gonzalo Arango reafirma la vida, invita a vivirla igual que un niño que apenas abre sus ojos al

mundo y que recién descubre los secretos de la misma. Así, pues, Arango ha alcanzado el estado más alto del espíritu, igual que Nietzsche- Zarathustra. Este vitalismo es la influencia más grande que luego se ve reflejada en la poética de la acción nadaísta.

El león se transforma en espíritu que quiere conquistar su propia libertad y ser señor de su propio desierto (...) ¿Cuál es el gran dragón al que el espíritu no quiere seguir llamando Señor o Dios? Ese gran dragón no es otro que el que “tú debes”. Frente al mismo, el espíritu del león dice “yo quiero” (Nietzsche, 1982 p. 50).

Así, pues, observemos la trascendencia de tan mencionada influencia trayendo a colación apartados que la comprueban. Léase, en primera instancia, la segunda parte de *Así habló Zarathustra, el niño del espejo*:

Caminos nuevos se ofrecen a mi paso, un nuevo modo de hablar viene a mí; como todos los creadores, me he cansado de las viejas lenguas: mi espíritu se niega a caminar con sandalias gastadas (Nietzsche, 1982 p. 102).

Contemplemos en el *Primer Manifiesto Nadaísta*:

No dejar una fe intacta, ni un ídolo en su sitio. Todo lo que está consagrado como adorable por el orden imperante será examinado y revisado. Se conservará solamente aquello que esté orientado hacia la revolución (...) Lo demás será removido y destruido (Arango, 1974 p. 19).

Demos una idea ahora en *Terrible 13 Manifiesto Nadaísta* de lo que significó la aparición de Gonzalo Arango y su irreverencia para el espíritu de la juventud colombiana:

A temprana edad conocimos el gusto de la grandeza y de la fama, y sin pedirle permiso a los oráculos nos erigimos en los profetas del mal y de la destrucción. Hemos gozado de la admiración frenética de la juventud, que ve en nosotros la encarnación de un oscuro heroísmo (Arango, 1974 p. 28).

Obsérvese ahora en *Así habló Zarathustra, De las viejas y nuevas tablas*, quién era Zarathustra para el mundo:

¡Oh, hermanos míos, Zarathustra llega como un viento fresco e impetuoso para todos los fatigados del mundo! (...) Mi aliento de libertad sopla también a través de los muros y penetra hasta las cárceles y los espíritus encarcelados (Nietzsche, 1982 p. 213).

En el mismo apartado, más adelante, Nietzsche- Zarathustra proclama:

-¡Y que el día que no hayamos danzado al menos una vez se considere perdido para nosotros! ¡Y que sea falsa para nosotros toda verdad en la que no haya habido al menos una carcajada! (Nietzsche, 1982 p. 218).

Nótese, ahora, lo que manifiesta Arango al respecto en el *Sermón atómico*:

No te humilles. No te dejes abofetear por segunda vez. Escupe la cara del verdugo. Muérete de risa antes que esta civilización criminal te decapite. Que tú última palabra en la horca no sea para pedir perdón sino para cantar o maldecir (Arango, 1974 p. 43).

Importa dejar constancia de estas pautas para evidenciar las respuestas a la pregunta de la influencia nietzscheana. No obstante, existen muchos de los que es esencial mencionar algunos otros, si lo que se quiere demostrar es la relación inmediata entre ambos profetas de la anticultura, como es el objetivo de este segundo capítulo. Ilustremos lo dicho en la cuarta parte de *Así habló Zarathustra, Del hombre superior, aparte III*:

¡Hombres superiores! Vosotros habéis despreciado, y eso me hace tener esperanzas. Pues los grandes despreciadores son también los grandes veneradores. Os habéis desesperado, y eso es una honra para vosotros, pues no habéis aprendido a resignaros, no habéis aprendido las pequeñas corduras (Nietzsche, 1982 p. 284).

Observemos, pues, lo que escribe El Profeta de la Nada también en *Sermón atómico*:

No te entierres eligiendo para ti un mundo donde sobrevivir significa renunciar a vivir. Tu libertad puede ser sagrada o maldita si ella exalta la vida o la deshonra (...) Ya sabes cuál es

el destino de tu ser divino: serás un dios cuando seas verdaderamente un hombre. Cuando resucites del foso pútrido de resignaciones y cobardías que es tu vida, en la que ese hombre posible que eres, yace cautivo (...) ¡No lo olvides, y asciende! (Arango, 1974 p. 44- 45).

Ahora bien, con la carta del vitalismo y la defensa a la vida, léase lo que se profesa en

Testamento:

Deseo una gloria que me alcance en mi carne y en este instante, no después (...) Deseo conquistar mi vida como única finalidad del arte (...) Por toda gloria busco la plenitud de los sentidos, el éxtasis de mi cuerpo en otro cuerpo (...) Fui irrelevante y eficaz en mi tarea de proclamar el desastre, el terror, la ausencia de sentido, y por cumplir la voluntad satánica fui condecorado con las rosas de la lujuria y la locura (...) Mi gloria solo puede ser celebrada con el canto, la danza, la orgía, la embriaguez, las formidables fornicaciones en forma de himnos (Arango, 1974 p. 71- 73).

Ahora, al respecto, se lee en *Así habló Zarathustra*, cuarta parte:

-¡Cuántas cosas son todavía posibles! Aprended, pues, a reiros de vosotros, sin preocuparos de vosotros. ¡Alzad vuestros corazones, buenos bailarines, alto, más alto! ¡Y no olvides la buena risa! A vosotros, hermanos míos, os arrojo esta corona: la corona del hombre que ríe, esta corona de rosas. ¡Yo he canonizado la risa! ¡Hombres superiores, aprended- a reír! (Nietzsche, 1982 p. 292).

Es relevante mencionar que el vitalismo por el que se preocupa Nietzsche está relacionado con la muerte de Dios. Gracias a ello, el hombre puede reafirmar su existencia adquiriendo la libertad de la que ha sido privado durante siglos. Gonzalo, por su parte, lo que ha hecho es catalogar la iglesia católica como el enemigo más peligroso de la cultura, y busca desacreditar su doctrina mediante sus acciones y su literatura, que invita a vivir ahora y disfrutar lo que la vida misma otorga sin pensar en lo paradisíaco después de la muerte, que

ha sido el anzuelo del cristianismo siempre. Así las cosas, la muerte de Dios significa la resurrección del hombre. Demos una idea:

“La historia está en liquidación. Se traslada con sus cachorros axiológicos y sus utensilios inútiles, y pone en manos del impostor más fuerte las mejores tradiciones del espíritu, los bellos dones del alma, sus éxtasis, su soledad, sus libertades adorables y sus glorias (Arango, 1974 p. 801)”, escribe Gonzalo Arango en *Manifiesto Poético*, en 1966.

“Dios es una conjetura. Pero quiero que vuestras conjeturas no vayan más lejos que vuestra voluntad creadora (...) ¿Debe arrebatarse al creador su fe, debe impedirse al águila que vuela en lo más alto? Dios es un pensamiento que tuerce todo lo derecho y vuelca cuanto está en pie (Nietzsche, 1982 p. 104)”, se lee en *Así habló Zarathustra, De las islas afortunadas*.

Buen ejemplo de ello se encuentra en *De la virtud dadivosa*, donde se lee: “Me hallasteis cuando aún no os habíais buscado a vosotros mismos. Así le ocurre a todos los creyentes: por eso es la fe tan poquita cosa (Nietzsche, 1982 p. 99)”; y en *De los sacerdotes*: “-Aquel a quien llaman ellos su redentor les ha cargado de cadenas. ¡De cadenas de valores falsos, de palabras ilusorias! ¡Ah, quién pusiera redimirles de su redentor! (Nietzsche, 1982 p. 108)”.

Si de algo despotricaba Arango, el Ángel Subterráneo, era de los escribanos católicos, de la misericordia a la que obligaban por doquier. Tómese como ejemplo ahora lo que escribe en *Manifiesto al Congreso de Escribanos Católicos* al respecto:

Ustedes fracasaron. ¿Qué nos dejan después de cincuenta años de “pensamiento católico”? Esto: un pueblo miserable, ignorante, hambriento, servil, explotado, fetichista, criminal, bruto. Ese es el producto de sus sermones sobre moral, de su metafísica bastarda, de su fe de carboneros. Ustedes son los responsables de esta crisis que nos envilece y nos cubre de ignominia (Arango, 1974 p. 25).

Con razón, Nietzsche- Zarathustra afirma en *De los virtuosos*: “-Hablan mucho de dignidad y de virtud- ¡A sus frenos llaman virtud! (Nietzsche, 1982 p. 102)”.

Conviene subrayar una de las ideas más agudas en la doctrina nadaísta, y es el dolor, la melancolía como la mayor muestra de que se está vivo. En Nietzsche, esta idea se patentó al descubrir que en los estados más altos de dicha, siempre habrá algo de desdicha, y ello, indudablemente, es propio de la condición humana. Esta reproducción demuestra una vez más, la influencia del satírico Friedrich Nietzsche sobre el irreverente Gonzalo Arango, pues es poco loable que se llegue a los mismos principios de manera exacta sin una fuerza influyente. Es así como el caos impulsa a crear. He aquí un ejemplo espléndido, el cual se puede verificar en *Los Nadaístas*, recopilado también en *Obra Negra*, antología realizada por Jotamario Arbeláez en 1974:

Se aburre mortalmente pero existe/ No se suicida porque ama furiosamente fornicar/ Jugar billar- pool en las noches inagotables/ brindar ron en honor a su existencia/ estirarse en los prados bajo las lunas metálicas/ no pensar/ no cansarse/ no morir de felicidad/ ni de aburrimiento/ Es espléndido como una estrella muerta/ que gira con radar en los vagos cielos vacíos/ No es nada pero es nadaísta/ ¡Y está salvado! (Arango, 1974 p. 79).

Al respecto de ese caos espléndido, o de esa dicha caótica, Nietzsche escribe en la primera parte, *Prólogo de Zarathustra*: “-Es preciso llevar aún algún caos dentro de sí para engendrar estrellas danzarinas (Nietzsche, 1982 p. 41)”, de manera que “no se mata con la ira sino con la risa: ¡Matemos, pues, al espíritu de la pesadez! (Nietzsche, 1982 p. 64)”.

Gonzalo Arango y sus seguidores nadaístas, que se extendían por varias ciudades y pueblos colombianos, no eran muy bienvenidos a la sociedad, pues su carácter despreocupado e irreverente era entendido como herejía y esa era la intención de El Profeta finalmente. En la Colombia de finales de los cincuenta y, por supuesto, también de los años sesenta, los

hombres no tomaban té porque era poner en duda su hombría; no vestían de rojo porque era dudar de su virilidad. No obstante, Arango y compañeros como Jotamario Arbeláez, Eduardo Escobar y otros, vestían camisas y medias rojas, y tomaban té en los cafés de Medellín como símbolo de fortaleza.

En una entrevista realizada a varios nadaístas del teatro, de la escritura y de la poesía para un documental de *El Espejo Revelador* llamado *Nadaísmo*, los seguidores de Gonzalo Arango y su creación se catalogan como “Performances vivientes” que incursionaban en los bares y en el Café Metropol; se ponen en escena cada noche para apaciguar la melancolía que los llevaba a ser terroristas de la poesía.

Ciertamente, esta idea de ponerse en escena no es gratuita, pues Nietzsche ya apuntaba a ese postulado en 1891, cuando escribió *Así habló Zaratustra*; Gonzalo Arango y su séquito de la Nada lo practicaron casi un siglo después. Su influencia: innegable. Ilustremos lo dicho en la segunda parte, *De la prudencia en el hombre*:

-Para que la vida resulte buena de contemplar, debe ser un espectáculo bien representado: y para ese fin hacen falta buenos cómicos (...) Se ponen en escena, se inventan a sí mismos. Me agrada el contemplar la vida a su vera: así se me cura la melancolía (Nietzsche, 1982p. 158).

Así, “como en su primitiva edad de hierro, el Nadaísmo toma sus armas de pistolero que no dejaban entrar al palacio de la cultura, para asaltar los caminos de la juventud y poner ¡Manos arriba! A los asesinos de su alma (Arango, 1974 p. 105)”.

Como profeta de la anticultura, Gonzalo Arango buscó crear valores nuevos generando dudas sobre los existentes durante siglos; contradijo la tradición y aquello era

imperdonable. Los delincuentes eran los nadaístas. Por ello, dice Arango en *Las tablas sin ley*:

¡Saquen sus tablas de salvación y arrojen sobre nuestras melenas las piedras del escándalo! Nosotros las convertiremos en nuevas Tablas sin leyes, para que brillen puras la libertad y la vida. Pues como dice uno de nuestros hermanos hippies: “la sociedad somos nosotros, los rebeldes son ustedes (Arango, 1974p. 105)”.

A proporción, escribe Nietzsche en *De las viejas y nuevas tablas*:

-¿A quién es al que más odian? Al creador es a quien más odian: al que rompe las tablas de los viejos valores, al destructor, a ese que llaman delincuente. Porque los buenos no pueden crear: son siempre el principio del fin (Nietzsche, 1982 p. 220).

En definitiva, “-quien quiere ser un creador en el bien y en el mal, ese ha de ser primero un destructor, y quebrantar valores (Nietzsche, 1982p. 132)”, pues, “a quien el pueblo aborrece, como al lobo los perros, es al espíritu libre, el enemigo de las cadenas, el que no adora, el que habita en los bosques (Nietzsche, 1982p. 119)”.

No parece excesivo afirmar que la similitud del profeta Zarathustra a la que se ha aludido con el profeta de la Nada, corresponde, más que nada, a un Gonzalo Arango inicial, cuya irreverencia era más astuta y cuyo vitalismo era más imponente, nada parecido a la debilidad con la que presentaba su revolución y su existencia pocos años antes del fatídico accidente en la que su presencia ya no pertenecería a este mundo, terreno en el que, indudablemente, santificó todos los placeres propios de esta orbe para mostrar que la inmortalidad se alcanza en esta vida y no en otra, y que el renacimiento se alcanza mediante la acción. Este era el valor más heroico para la juventud de ese entonces y para las posteriores, pues su legado es inmortalidad.

Corro el riesgo de perder mi pureza y contagiarme. Y la verdad fue que llegó un momento en “Islanada” en que sentí asco de ser tan puro, de ser tan libre, y de gozar lejos del mundo una felicidad hecha para ángeles, no para hombres (...) Como no existían los otros, ni tenía con quién comunicarme, tampoco existía la belleza (...) Por todo eso, “Islanada” era un destierro. Estaba condenado a vivir allí, a ser feliz de una manera cruel y a morir para pagar el precio de mi desprecio y de mi indiferencia por este mundo (...) En estas condiciones, mi amor a la vida se extinguió en “Islanada”. Mis fuentes creadoras se cegaron. El destierro inhumano de los cielos y los mares me ahogó (Arango, 1974 p. 219).

CAPÍTULO III:

ECOS ALREDEDOR DEL NADAÍSMO: A FAVOR O EN CONTRA DE LOS VALORES NADAÍSTAS

*El Nadaísmo no es más que una tempestad
en la conciencia del hombre, una aventura del espíritu
que desafía por igual todas las soluciones posibles,
se niega a morir en todos los cielos,
y a vivir en la sociedad feliz.*

-Gonzalo Arango-

Es oportuno ahora considerar algunos otros puntos de vista acerca de tan emblemático movimiento que podrían ampliar la cosmovisión en cuanto a principios, tanto filosóficos como literarios, considerando que fueron una apertura a un tipo de poesía y escritura más moderna en Colombia, contradiciendo su carácter provinciano y pueril.

Como primera mirada crítica hacia “Aliocha” y su creación llamada Nadaísmo, se encuentra Juan Gustavo Cobo Borda, escritor y crítico colombiano y miembro del grupo de editores de las revistas *Mito* y *Eco*, tan determinantes para el cambio en la escritura literaria colombiana y sus nuevas generaciones, en un ensayo referenciado en un número triple de la revista *Eco* de agosto de 1980, *especial veinte años- 1960- 1980*, titulado “El Nadaísmo, 1958- 1963”. Dicho ensayo, es una muestra de la severidad con la que también se referían tanto hacia el movimiento como hacia su progenitor.

Para Cobo Borda, el Nadaísmo se movilizaría en dos campos: el literario y el vital, teniendo en cuenta que, con la publicación de la revista *Nada*, provocarían nuevos apetitos en cuanto a estilos de escritura en Colombia. El campo vital, por su parte, se refiere al desbordamiento con el que acudía a un comportamiento humano más abierto y, por supuesto, también más desenfrenado. Desde este punto de vista, el nadaísmo permitió que la literatura en Colombia se concibiera como algo exento de dogmas, pues Gonzalo Arango buscaba la superación del hombre “mediante una nueva fe y una nueva belleza (Cobo Borda, 1980 p. 349)”. De allí surge el tan mencionado movimiento Nadaísmo: “Mi última oportunidad”, decía el propio “Aliocha” con visos de dramatismo.

Una de las mayores virtudes del movimiento fueron, sin duda, los arrebatos de creación con los que atacaba Arango en sus manifiestos, en las plazas o en los burdeles y cafés testigos de su excéntrica vida nocturna. No obstante, en otras ocasiones se tornaba completamente errático y “lo que es más grave, filosofante y trascendental (Cobo Borda, 1980 p. 350)”, como lo manifiestan algunos de los escritos de su fundador, de manera que su escritura mostraba cierto fervor a lo que en un principio fue revolución y luego fue una suerte de esoterismo.

Escritores como Germán Arciniégas y filósofos como Estanislao Zuleta se manifestaron no muy a favor de los postulados nadaístas de Gonzalo Arango. Arciniégas, por un lado, escribía en su columna de *El Tiempo*, en 1958, luego de asistir a una reunión nadaísta:

El Nadaísmo es un producto natural de una época pervertida. Épocas de culturas dirigidas por analfabetos (...) Por el momento me atrevería a definir el nadaísmo- y que los nadaístas me lo perdonen- como un movimiento de los que van en busca de algo (Cobo Borda, 1980 p. 354).

Estanislao Zuleta, por otro lado, también en 1958 escribe:

El Nadaísmo pretende oponerse a la sociedad burguesa con los valores de la soledad, la intuición irracional, la arbitrariedad, la calavera y el “motilao”. La sociedad burguesa no lo considera su antinomia. Ella tiene razón: su antinomia no es ese hijo descarriado (Cobo Borda, 1980 p. 354).

Contrario a ellos, Héctor Rojas Herazo, por su parte, escribe con ánimos solidarios: “Lo importante de esta juventud es su “asumimiento”, su virilidad para padecer en carne propia un pecado que pertenece a las anteriores generaciones. La labor del Nadaísmo es por eso una labor política. Ellos tienen- con el desplante, la brusquedad verbal, con el impulso de la inteligencia- que despertar esta sociedad empeñada en sus conformismos y su onirismo bursátil. Y eso- transformar al hombre es la labor que están cumpliendo en Colombia los nadaístas. Por eso encarnan el peligro, el frenesí, el desorden, la claridad y la esperanza. (Cobo Borda, 1980 p. 355)”. Estas palabras fueron pronunciadas por Rojas Herazo en una conferencia dictada en Medellín titulada “El Nadaísmo frente a la desesperanza burguesa”.

Paradójicamente, el pueblo colombiano buscaba olvidar el desconsuelo dejado por el Frente Nacional con la fuerza del Nadaísmo. Pero era en el horror donde el Nadaísmo encontraba su razón de ser. Existía entonces la “necesidad de un nihilismo imprudente y airado para exorcizar todos los cadáveres que los rodeaban (Cobo Borda, 1980 p. 357)”, de manera que los nadaístas eran, como los definió el propio Gonzalo Arango y sus secuaces, “el pistolero que no dejaban entrar a los cafés”.

Ahora bien, en un primer capítulo se mencionaba la importancia de Fernando González y su obra cumbre *Viaje a pie*, escrita en 1929 y la trascendencia que tuvo para los planes de Gonzalo Arango. En dicha obra, González narra la Colombia conservadora de Rafael

Núñez y que él veía como El país del diablo. *Viaje a pie* resalta “una existencia aventurera y nietzscheana que con su exaltación del deseo carnal y un pensamiento más vital, removiera la paz de los sepulcros (Cobo Borda, 1980 p. 357)”. Esto hicieron los nadaístas y fue la prohibición de esta obra el impulso último para liberar sus apetitos.

Sin embargo, la escritura de su progenitor de seudónimo “Aliocha” empezó a tener un aire distinto; mostraba ahora una contradictoria alianza entre el misticismo y el realismo y fue Fernando González el mentor de este vínculo, pues en sus últimos años él mismo optó por redactar una prosa esotérica y desquiciada, según Cobo Borda. Por ello, “actuó como mentor y guía de la insurrección nadaísta (Cobo Borda, 1980 p. 358)”, tanto así que, en 1968, Jaime Jaramillo Escobar, conocido como X- 504 se preguntaba si el nadaísmo había sido o no una escuela de místicos, siendo que “el Nadaísmo de Gonzalo Arango abría de diluirse en un vacío misticismo (Cobo Borda, 1980 p. 358)”. Sin duda, un retroceso lamentable.

En 1980, Jotamario Arbeláez escribe refiriéndose a tal cambio que percibió tanto él como buena parte del grupo nadaísta:

Del existencialismo de los sesenta, de la podredumbre interior, del suicidio en potencia, de la vida no vale nada, pase por obra y gracia de la gracia y no de la obra al misticismo sicodélico de los setenta, al esplendor interior, a la exaltación generosa de las potencias de la vida y a la promesa extraterrestre de la salvación (Cobo Borda, 1980 p. 359).

La literatura también sería un medio mediante el cual Arango y sus compañeros nadaístas ejercerían su fuerza, de manera que su escritura pretendía fundar más una poesía de la acción que una propuesta de renovación literaria. Por ello, su primera etapa de incursión

escritural fue fructífera, según escribió Hernando Valencia Goelkel en su columna de *Cromos*, en 1960. “La calidez de los nadaístas reside así, ante todo, en sus pretensiones de buscar para su escándalo un ámbito de resonancia dentro de la literatura; en haber ignorado, con explicable candidez, que al país no se le da nada de sus literatos, que la gran parroquia “intelectual” colombiana viene a ser, en realidad, mucho más pequeña que la más pequeña de las parroquias de Medellín (Cobo Borda, 1980 p. 359)”.

Pero los cuentos que publicó Arango como producto de su actividad no fueron los más alentadores, pues resultaban incómodos por sus sentimentalismos e ingenuidad, o así lo eran para Juan Gustavo Cobo Borda. Para él, muchas de sus prosas eran hiperbólicas, es decir, exageradas, además de cursis y que anulan el ímpetu con el que fueron escritos otros apartes cargados de ira.

Cuando fueron publicados *Los Ratones van al infierno* y *La consagración de la Nada*, en 1964, los críticos no se hicieron esperar. Helena Araujo, escritora y crítica colombiana manifestó en ese entonces: “de angustia existencial el nadaísmo ha pasado a ser doctrina fraterna (Cobo Borda, 1980 p. 360)”. No obstante, conviene destacar que abrir la puerta a una poesía moderna, aunque solo fuera de manera parcial y confusa, fue uno de los grandes méritos del nadaísmo, y permitir el ascenso de la “pequeña burguesía inferior” al campo de las letras fue un logro importante.

A propósito de la poesía moderna, Octavio Paz, en 1974, en *Los hijos del Lemo* escribe:

La historia de la poesía moderna es la historia de las oscilaciones entre dos extremos: la tentación revolucionaria y la tentación religiosa (Cobo Borda, 1980 p. 363).

Desafortunadamente para algunos, o afortunadamente para otros, Gonzalo Arango se precipita en ambas, y debilitaron su impulso. “Toda su anterior virulencia había desaparecido, convertida en trilladas fórmulas de redención. Un sermón atómico, sí, pero perfectamente banal. “Retorno a Cristo” y “Retorno a Bolívar” es el título de sus dos últimas conferencias, conferencias que no alcanzó a pronunciar las cuales cierran su periplo como escritor fijando, en las mismas huellas que había denigrado, su obsesión: quería ser, en realidad, un profeta; un mesías, propalando su verdad”, escribe Cobo Borda severa pero verídicamente.

Así las cosas, Gonzalo Arango, El Profeta de la Nada, ya había muerto en 1963, trece años antes del brutal accidente automovilístico que eliminó su presencia ya fuera irreverente o mística en 1976, al publicar *Tarjeta de Navidad para GOG*, donde acepta que su revolución es ahora interna y silenciosa. Entre fines de 1962 y principios de 1963, algo se había roto dentro del nadaísmo: ahora era distinto.

Esta carta de navidad dirigida al director del suplemento de *El Espectador*, Gonzalo González, exasperó a los nadaístas, especialmente al grupo de Cali que hizo una hoguera con toda su obra. X-504, de nuevo, no dio espera a su respuesta, publicada en el *Magazine Dominical de El Espectador* en 1963:

He leído que ahora te preocupas de que no le pase nada malo a nadie, y que andas muy enredado con la dignidad del hombre. Ahora te tomas en serio, lo siento por el humorismo que desperdicias. Estás irreconocible. De un momento a otro te has puesto a adorar la sociedad. Seguramente esperas que te den algo, pero te equivocas. Si eres un verdadero artista, la sociedad no tiene nada que darte (...) Cuando todos nosotros estemos muertos, los jóvenes serán nadaístas. Gonzalo Arango ha muerto. ¡Viva el nadaísmo! (Cobo Borda, 1980 p. 364).

Esta respuesta Jaime Jaramillo Escobar la tituló *Tarjeta de Luto a Gonzalo Arango*: sin duda, el más pertinente de los títulos.

Años después, en 1966, Hernando Valencia Goelkel escribe en el número 80 de la revista *Eco* lo siguiente:

Uno de los problemas del nadaísmo, y no peculiar a estos autores sino común en casi toda la literatura colombiana, es una apariencia de cobardía- apariencia, pues es en verdad escasez de información- con que nos ensañamos contra adversarios derrotados. Las imprecaciones son tardías; las cóleras, epigonales; las osadías- acaso subjetivamente espléndidas- son en realidad solo pequeños gestos impertinentes (Cobo Borda, 1980 p. 365).

“Aliocha” y el nadaísmo fueron conocidos en suelos internacionales o, por lo menos, en los alrededores de su país Colombia. Así, pues, quien efectuó un análisis exhaustivo de sus primeros años y de sus primeras contiendas fue el novelista venezolano Adriano González León, quien escribe en el último número de la revista *Mito*, dedicado al nadaísmo:

Los nadaístas se abrieron hacia formas más desnudas de vitalidad (...) Su impacto, su fiebre, su turbulenta existencia abrieron una fosa profunda en la literatura tradicional de Colombia. Sus actos descarnados y su agresividad han contribuido como ningún otro movimiento al despliegue polémico y la turbación de un sentido a menudo provinciano en el mundo de las letras y del arte (Cobo Borda, 1980 p. 366).

Cabe concluir que la renovación atmosférica a la que acudió el movimiento literario- social llamado Nadaísmo “consiguió que una literatura más próxima a los torbellinos del inconsciente, más libre en el uso de sus medios expresivos, más fresca en su aproximación al erotismo, más desvergonzada en su vocabulario, más cruda en su aproximación a una realidad grotesca o estúpida, abriera con su ruptura de la lógica (...) una brecha en el

hegemónico espíritu de seriedad de la literatura colombiana, urbanizándola (Cobo Borda, 1980 p. 367)”.

Como dijo en algún momento Jaime Jaramillo Escobar, alias X-504:

A nosotros no tienen que reprocharnos nada, porque no hemos ofrecido cosa alguna distinta a la desesperación y la poesía. Desde el principio avisamos que éramos inútiles, pero que haríamos malabarismos para sobrevivir (Cobo Borda, 1980 p. 367).

Dentro de este marco ha de considerarse también la voz de Eduardo Escobar, cofundador del nadaísmo que compartió innumerables hazañas junto a Gonzalo Arango. Ensayista, crítico de arte, pintor, asceta y el menor del grupo de nadaístas de Medellín. Su mentor, Gonzalo, evadía pasear en público en su compañía, pues temía futuras demandas como consecuencia de corromper a los menores de su patria.

Nadaísmo Crónico y demás epidemias, escrito en 1991 y publicado en Bogotá, recoge algunos escritos de su columna de *El Tiempo*, de los que es posible percibir un carácter autobiográfico: sus experiencias en el nadaísmo no podían excluirse de esta antología que, sin lugar a dudas, adapta un estilo de escritura desvergonzado, con un lenguaje distante a eufemismos que pretenden esconder lo real; un estilo propio de la escuela nadaísta.

En “Fernando González y los nadaístas: carta a Don Guillermo Cano”, uno de los textos referidos en esta recopilación, describe la profunda influencia que ejerció el escritor Fernando González, incluso también en la deserción del proyecto que inició Gonzalo Arango.

Guillermo Cano Isaza, a quien va dirigido, fue un periodista también colombiano que perteneció a la tercera generación de periodistas de los fundadores de *El Espectador*. Se desempeñaba como cronista taurino, deportivo, cultural y político; fue asesinado en Bogotá en 1986.

Para empezar, Eduardo Escobar se refiere al esfuerzo que invertían, en la época nadaísta, en llamar la atención que requería la revolución de aquellos adolescentes errantes, la que, posteriormente, Gonzalo Arango iba a describir como egomaniaca:

A nosotros nos divertían sus aspavientos, en vez de ofendernos. Además, nos eran útiles. Como ellos tenían acceso pacífico a los diarios (nosotros debíamos cometer descabellados desmanes, promover escándalos sacrílegos para ser escuchados), sus pataletas públicas nos ahorran persecuciones, calambres y linchamientos (Escobar, 1991 p. 67).

Los nadaístas o, si no todos, por lo menos el grupo de Medellín, no eran muy bienvenidos por obvias razones. Sin embargo, dice Eduardo Escobar:

Podríamos confesar aquí que nuestra pésima fama de cuya hediondez estuvimos orgullosos, la debemos más al talento para rebuznar de estos olímpicos inútiles que a nuestro geniazo impudicamente confesado (Escobar, 1991 p. 67).

Como ya se ha mencionado, la creación nadaísta pretendía romper el orden imperante, y eso incluía los estándares literarios de la literatura de esos años, los sesenta, y de antes. Como consecuencia, las disputas con escritores de peso pesado en Colombia fueron muy frecuentes. El conflicto permanente con Jorge Zalamea fue referido en varias de las prosas de Gonzalo Arango y ahora, en esta recopilación, también lo comentan:

De las rabietas de su excelencia Jorge Zalamea en cuyos furores nos expulsaba a físicas patadas de sus escalinatas atiborradas de falsos leprosos de retórico; Don Luís López de Meza nos clasificó entre las tribus bastardas de los ortópteros, primero, y después nos

calificó de rinóforos y sicalípticos aunque éramos apenas unos sardinos que pasaban de poetas repelentes y se sentían dioses (Escobar, 1991 p. 68).

Sin duda alguna, Fernando González fue uno de los pocos escritores, si no fue el único, que se atrevió a impulsar el Nadaísmo, aunque al fin solo fuera para su derrota. Escobar refiere aquí el cambio que lo deslumbró en sus compañeros Amílcar Osorio, Gonzalo Arango y Humberto Navarro, quienes visitaron la morada de este maestro. Después de verlos, Escobar dice:

El brujo los deslumbró. Les dijo que desde el comienzo había sabido que los nadaístas eran la escuelita de autenticidad de su sueño de siempre, que nunca se pudo... (Escobar, 1991 p. 68).

Desde entonces, la presencia de Fernando González permanece para los nadaístas como seña en la soledad, “que es lo único que emparenta a los caminantes (Escobar, 1991 p. 69)”.

La obra de González no significó meramente literatura rasa para ellos, para los nadaístas, sino un trascendente testimonio del vivir espiritual, según Eduardo Escobar. Por ello, en este escrito que tiempo atrás fue publicado como una columna en *El Tiempo*, Escobar se encarga- y él mismo lo dice con cierto orgullo- “de recordar en nombre de ambos a este guía espiritual de los colombianos por derecho del amor, al soñador del sueño suramericano y el único escritor mayor de cincuenta años que no tuvo miedo del nadaísmo, porque estaba enamorado del camino del cambio, de la libertad de la inocencia y las semillas (Escobar, 1991 p. 71)”.

Eduardo Escobar, con el tiempo, se convirtió en asceta pretendiendo conseguir la perfección espiritual buscando purificarlo mediante la negación de los placeres materiales. Qué ironía que el nadaísmo pretendía, exactamente, todo lo contrario. Innegable: el estilo

que adoptó Fernando González en sus últimos años, sin duda tuvo mucho que ver con esta filosofía.

Adjunto a este texto aparece “Retrato en el paisaje”, una breve reseña de sucesos históricos determinantes para la evolución mundial mientras en Colombia nace Gonzalo Arango y sucede el Nadaísmo. Véase un esquema de ello:

Gonzalo Arango nació en Andes, Antioquia, cuando el millonario Hugenberg empieza a financiar en Alemania el partido nazi y otros millonarios lo imitan (...) Mientras hace la escuela primaria los franceses toman Málaga, Picasso pinta Guernica (...) Nadie tenía por qué saber que nos encontraríamos con Gonzalo quince años después en una librería de Medellín para fundar el nadaísmo (Escobar, 1991 p. 75).

Más adelante continúa:

Preso Gonzalo, al recobrar la libertad, redacta sus *Memorias de un presidiario nadaísta* y conoce a Fernando González. Es creada la NASA. Fidel Castro entra en la Habana Ydígoras moviliza tropas para prevenir una supuesta invasión castrista (...) Los nadaístas comulgan en Medellín ocasionando un escándalo de proporciones internacionales. Eychman, condenado a muerte en Israel. Desórdenes raciales en Estados Unidos. Asesinado el dictador Trujillo en Centroamérica (...) Gonzalo Arango contratado en la Nueva Prensa. Los nadaístas de Cali incineran su efigie (...) Luther King es encarcelado, Kennedy baleado (Escobar, 1991 p. 76).

Como es evidente, el contraste parece conformar los titulares de cualquier noticiero. Cuando el mundo se movilizaba, Colombia era conmocionada por un grupo de jóvenes pertenecientes a una nueva escuela promovida, creada y enterrada por un tal Gonzalo Arango.

Otro de los ensayos, por llamarlos de alguna manera, que se encuentran reclusos en *Nadaísmo crónico y demás epidemias* es “Nadaístas en los negocios”, sin duda dedicado a

los diversos oficios emprendidos por los nadaístas cuando se enteraron que no serían jóvenes siempre y que de algo debían vivir, no solo de poesía. El séquito de una poesía de la acción, durante sus primeros años en la aventura del nadaísmo, era mantenido por sus padres que no vieron problema en el tecleo nocturno de la máquina de escribir que produciría los más excéntricos manifiestos:

Los nadaístas cargamos con el sambenito de ser unos poetas dudosos que no se bañan ni hacían mayor cosa fuera de vagar, pero nunca oímos tan mal como hubiera correspondido a los pontífices de la literatura de alcantarilla (Escobar, 1991 p. 109).

Y continúa más adelante:

Al principio los nadaístas nos encontramos de tiempo completo y cuerpo entero al ocio creador, hasta que se murieron nuestros padres o dejaron de soportar el nocturno tecleteo bárbaro. Entonces fuimos obligados a alternar el oficio traslúcido de la poesía con otras fatigas polvorientas del género prosaico (Escobar, 1991 p. 110).

Gonzalo Arango, cuenta Eduardo Escobar, contempló un tiempo la idea de fundar una fábrica de hamacas, quién lo diría “de hamacas, para no contradecir sus sinceras diatribas contra el trabajo y sus permanentes alabanzas del ocio libre (Escobar, 1991 p. 110)”. Luego, quiso abrir un laboratorio para hacer una pomada milagrosa. Ni lo uno ni lo otro sería su objetivo real y por ello “debió contentarse con seguir experimentado en la poesía y amasar utopías adoradas (Escobar, 1991 p. 110)”.

Por su parte, X-504 y Amílcar Osorio crean una agencia publicitaria que ingeniaba anuncios sin error alguno de ortografía y que se vendían de palmo a palmo. Sin embargo, dichos anuncios resultaban “sospechosos en el ambiente” dadas las circunstancias de un país analfabeta. “Además, hicimos revistas, de poesía, claro”- escribe Escobar- “cuyos

avisos vendíamos personalmente y quedan como excelsos testimonios de nuestro paso por la imprenta (Escobar, 1991 p. 111)”.

Después de buscar la supervivencia en el orden incompetente que siempre buscaron desacreditar y en la patria que buscaban despertar, “después de quiebras y quebrantos, las utopías de la gloria urbana y el papel redentor de la poesía cambiaron por las del retorno a la naturaleza. Huí al campo. Sé por experiencia que resulta más rentable vender libros de fantasía que sembrar repollos (Escobar, 1991p. 111)”. Parece ser entonces que la idea de fundirse nuevamente con natura y regresar a las estrellas como hijos del cosmos, solo fue rentable para Gonzalo Arango.

Cuando su progenitor decide inmiscuirse de lleno con esta ideología naturalista, decide vender sus libros, su biblioteca personal “en sacrificio de amor (Escobar, 1991 p. 114)”, de manera que ofrece dichas obras a sus amigos más cercanos, entre ellos Eduardo Escobar. Entre su literatura, se encontraban las obras completas de Platón que, en su vocación de comerciante ofreció por ochocientos pesos: “te las vendo por ochocientos pesos”, me decía Gonzalo, “o nada”. Era tanta la aptitud de ambos para los negocios que Eduardo Escobar, quien se encontraba interesado, las obtuvo por mil. “Te doy mil por ellas o no hay negocio (Escobar, 1991 p. 114)”. Sin lugar a duda alguna, la más certera de las negociaciones.

Esto por una parte. Por otra, en “Los nadaístas y la universidad”, un texto más, Escobar da a conocer una serie de sucesos de la experiencia nadaísta determinantes para el furor que causaría en Colombia y, por demás, para los cambios que sucederían dentro del mismo. La Universidad de Antioquia fue primicia en las refriegas, y sus alrededores testigos de sus escupitajos a la sociedad:

Los nadaístas estaríamos vinculados a la Universidad de Antioquia de manera entrañable desde cuando no sabíamos que es preferible ser poeta que doctor (Escobar, 1991 p. 127).

“Y dio la casualidad”, -continúa disertando Eduardo Escobar,- “de que todos los prohombres, por llamarlos de alguna manera, que se ganaron los vituperios de nuestros manifiestos enconados, los blancos desatinados de nuestros primeros escupitajos, eran por regla general ex alumnos de esta institución que por ser venerable en Antioquia despertaba en nosotros negros recelos (Escobar, 1991 p. 127)”.

Vale la pena aclarar que, uno de los blancos de la revolución espiritual que proponía el nadaísmo, era el orbe intelectual colombiano; por ello también el conflicto permanente con varios escritores, dado que muchos de ellos, como dice Escobar, provenían de la Universidad de Antioquia.

Hay más razones, humosas y leves por las cuales la universidad es entrañable para los nadaístas. Venían a fumar marihuana como santos en la plazuela perfumada (...) Después, la militarizaron. Nos fuimos. Nunca del todo (Escobar, 1991 p. 128).

En el mismo escrito, que en algún momento también fue publicado como columna, continúa la prosa de Escobar con su narrativa:

En la misma plazuela de San Ignacio, frente a la universidad, una tarde de 1958, sucedió un acto bárbaro cometido por un grupo de locos, geniales y peligrosos, o así se llamaban, aunque eran unos adolescentes desdichados (...) El acto consistió en convertir en humo sus bibliotecas personales en honor a la literatura colombiana. LA POESÍA COLOMBIANA HA MUERTO. Rezaba el cartel funerario de irritación (...) El bautismo de fuego de una nueva era, mereció ser reseñado en los diarios y vociferado en los noticieros del mediodía. Dijeron que al parecer los nadaístas insurgentes estaban capitaneados por un ex estudiante de leyes de la Universidad de Antioquia (Escobar, 1991 p. 128).

A partir de entonces, con el descrito acontecimiento llevado a cabo en una parroquia, “comenzaba en Colombia el siglo XX, y a derrumbarse un país de bobas confianzas”. Así, pues, el mañana, por lo menos el de los nadaístas, “se presentaba emboscado de expectativas. Sembrado de dudas e imperios de azar y libertad”, manifiesta Eduardo Escobar, ex nadaísta.

El primer milagro del nadaísmo en los albores de la nueva oscuridad consistió en hacer fuego en un mar de babas y lágrimas (Escobar, 1991 p. 131).

Se ha mencionado el carácter tanto de los manifiestos como de los integrantes nadaístas, así como el ímpetu que demuestran en los mismos y, por supuesto, también en los escándalos de los que fueron protagonistas que eran aún más exorbitantes debido a la pasividad de la población que traería como consecuencia miedos infundados por moralismos obsoletos transcurridos en un país en el que no sucedía nada.

Los manifiestos daban todos en el mismo BASTA, basta de asnal retórica de baratillo, de miel de falsa pedrería literaria. Basta de vanidades, prohibición, embrutecido deber (...) Basta de temor beato, de despreciar la vida, vivan el amor libre, el verso libre, la libre asociación, existir es un mambo, queremos el infierno de las incertidumbres (Escobar, 1991 p. 131).

“Más bien quiere la voluntad querer la nada, que no querer nada”, continúa narrando Eduardo Escobar su quehacer nadaísta en la década del sesenta. “El florecimiento brujo de la nueva conciencia no fue comprendido por quienes disfrutaban el yugo, confundieron la saludable rebelión con una amarga inspiración diabólica cuya estrategia trazaban en el infierno (Escobar, 1991 p.132)”.

Es pertinente mencionar que, en aquellos años el país, las ciudades donde se desarrollaría la escuela del nadaísmo, se alarmaba con nimiedades, y ello lo reconocerían varios años

después. Jotamario Arbeláez y el mismo Eduardo Escobar, pensaron alguna vez en retomar el nadaísmo pero ya no sería posible después del M-19, después de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia, del ELN, después de Carlos Lether y Pablo Escobar. La ingenuidad de la que se valían había desaparecido si no en su totalidad, sí en su gran mayoría. Los terroristas ya no volverían a ser jamás los nadaístas. Los delincuentes eran ahora guerrilleros y narcotraficantes.

Pero volvamos a los años sesenta. El nadaísmo está en furor en Medellín y necesita adeptos para extender su campo de acción. Así que Gonzalo Arango y Amílcar U. inician su labor de giras por el país diciendo conferencias como invitación a unirse a la causa creadora. No obstante, eran expulsados de algunas ciudades, como fue el caso de Manizales, una de las principales ciudades del eje cafetero, donde fueron identificados como sujetos indeseables y desterrados por decreto. Sin embargo, al partir, “dejaban células vivas de descomposición con la misión sagrada de corromper a los puros y despertar a los idiotas, sublevar a los sumisos, encender a los tibios y desprestigiar el orden”, manifiesta Eduardo Escobar.

Como consecuencia de aquellas conferencias, el nadaísmo fue abriendo camino, claro, de donde no eran expulsados, y tras un escándalo de grandes proporciones, Gonzalo Arango y el Nadaísmo llegan a Cali, donde se conforma el grupo más estable y con más adeptos después del de Antioquia. Aunque la filosofía era la misma, pues la escuela nadaísta debía ser una sola, entre un grupo y otro existían ciertas diferencias que, en últimas, no significaron ningún impedimento:

El nadaísmo de la escuela montañera de Medellín carga una tinta de oscuridad trágica. Los nadaístas de Cali cultivan el humor con esmero, el circo, la movilidad de los bailarines. Los

de Medellín, neblinosos, corrosivos, los de Cali lúdicos, frívolos, budismo y budín (Escobar, 1991 p. 134).

Las giras que emprendieron Arango y Amílcar U. para promover su ideología terminan en Bogotá, la capital. Allí, Gonzalo Arango empieza a dar un cambio impulsado por los aires de grandeza concentrados en la capital citadina. Publica en los suplementos literarios “petardos líricos”- recuerda Eduardo Escobar- “hechizos contra la blancura adocenada de la buena conciencia nacional. Sus amigos lo tomamos como una traición. Pensamos que sus textos de alardes hacían de cortina de humo mientras se prostituía con la gloria burguesa en brazos de la prensa bogotana (Escobar, 1991 p. 135)”.

Como es sabido, Gonzalo Arango y los nadaístas provocaron pasmo en Antioquia y fuera de ella. No obstante, el de mayores proporciones fue llevado a cabo en la Basílica Metropolitana de Medellín, y no fue Gonzalo Arango el único afectado, pues tuvo que huir o sería castigado a muerte por la multitud enardecida, sino que uno de los entes más afectados, fue el compañero, por supuesto nadaísta, Darío Lemos quien fue flagelado por enfrentarse a los administradores de la basílica: “Puede decirse que el acontecimiento señaló también el fin del ciclo del terror poético nadaísta. Sin pasado ni proyecto. Nuestra postura anárquica, atrabiliaria, armó un ruido enorme, un escándalo demoledor. Y recibimos en premio el silencio para salvarnos de la acción”, recuerda Eduardo Escobar.

En ese momento, nadie se imaginaría el giro que iba a dar el Nadaísmo gracias a Gonzalo Arango. El acto sacrílego de aquella tarde determinaría lo que sería dicho movimiento a partir de entonces. Días después lo descubrirían. Escobar cuenta cómo:

Muchos días después de aquella tarde cuando salió corriendo del paraninfo de la Universidad de Antioquia, Gonzalo Arango habría de regresar, pero no como terrorista, sino

con un rollo de palabras en el fondo de la mochila de un guerrero indio, embrujado por la compasión universal (Escobar, 1991 p. 142).

Pero, definitivamente, “el día de arriar ilusiones y religarse con el mundo”-continúa recordando Escobar en “Los Nadaístas y la universidad”- “cuando apareció *Providencia*, de Gonzalo Arango (...) El profeta de la revolución determinaba dar un giro de horizonte para propalar la tranquila evolución de lo divino en la conciencia. El Nadaísmo terminaba (Escobar, 1991 p. 143)”.

Después de dar a conocer su cambio de parecer, Gonzalo Arango piensa, y se lo manifiesta a Eduardo Escobar, que “después de diez años, no tener en que caer muertos, es la única victoria posible. Convertir la derrota en victoria es el oficio del poeta (Escobar, 1991 p. 145)”. Innegable: la resignación de su patria adormecida ahora es la filosofía de quien antes era considerado un terrorista de la poesía. Sin lugar a dudas, una enérgica transformación.

Escobar concluye aclarando que “no existe la literatura nadaísta, sino una ventana inobjetable, un olor de gato, padecimiento sin sufrimiento, un secreto ilegible, un testimonio, la señalización de un proceso purificador. Amámos la literatura leprosa de los perdidos, la prosa gangrenada de los condenados, las historias de peregrinos y ramerías, no el rococó comprensible de lo rotulado (Escobar, 1991 p. 145)”.

Estas digresiones conducen ahora a “El Nadaísmo, festín de desilusiones”, uno de los artículos autobiográficos recopilado en *Nadaísmo crónico y demás epidemias*. Aquí, Eduardo Escobar recuerda algunas de las hazañas más representativas del nadaísmo que

crearon fama delincuencial y ociosa, además de anécdotas con y sobre Gonzalo Arango que poseen un carácter inédito.

Parece que fue ayer cuando haciéndose los tocados aparecieron los escabrosos nadaístas agitando nuestras pequeñas ciudades arruinadas (...) Vivían, del aire de eternidad de la poesía, de los admiradores de sus versos y de las mujeres, según confesaban, resudaban un pesimismo, el de aquellos que no tienen que perder y que debe alimentar porque no murieron de hambre (Escobar, 1991 p. 159).

Cuando surge el nadaísmo, allá en una de las ciudades más tradicionales y, por lo tanto, más puritanas de Colombia, “circulaban proclamas mimeografiadas, contra el matrimonio, el trabajo y los valores consagrados”- escribe Escobar- “predicaban la iniquidad, declarando haber sido enviados para desacreditar el orden en textos destemplados de una belleza áspera y mordiente. El país era conmovedor. Se dejó conmover (Escobar, 1991 p. 159)”.

Como se ha dicho, desde que inició el movimiento éste carga con una reputación que para nada mortificaba a estos nadaístas que poseían la el vigor de la juventud. Al contrario, alimentaron su fama porque los llenaba de orgullo aún más que sus propios versos. Por ende, “el tufo atrajo, además, una fama perenne de adoradores descarriados”- recuerda nuestro corresponsal- “de iconoclastas miopes que no sabían dónde golpeaban, pirómanos desapasionados, suicidas de tiempo completo, señoritas sicóticas de riguroso negro, mocosos echados de casa, expulsados de los tres partidos tradicionales, desadaptados de varias dependencias, simoníacos de diversas ceremonias, pero, sobre todo, qué fuerza de espíritu (...) la vida nunca cerraba para ellos (Escobar, 1991 p. 160)”.

Verdad o no, lo cierto es que quienes no tenían voz porque eran tachados por la sociedad límpida colombiana, en el nadaísmo fueron escuchados y juntos alzaron la voz ante la moral y el orden.

El más viejo no alcanzaba los treinta años. El menor contaba con escasos quince. Si no transformaron el mundo, armaron unas fiestas espantosas (Escobar, 1991 p. 160).

Así, pues, la desesperación alcanza el caudal existencialista. Y es que, a fin de cuentas, “los nadaístas tenían derecho a sentirse un poco el germen oculto de la fermentación universal, aunque hubiera sido en la puritana Medellín (Escobar, 1991 p. 161)”. Uno de los ideales de la especie humana es sentirse útil. ¿Por qué habrían de ser los nadaístas la excepción a ese anhelo?

Ahora bien, la aparición de *Providencia* fue la carta de apertura al drástico cambio de Gonzalo Arango, la puerta a la traición al nadaísmo y a quienes entregaron los años dorados de su juventud a tal idealismo. Los ideales de El profeta se habían transformado y *Providencia* sería la encargada de darlos a conocer al mundo de seguidores que, a partir de allí, serían adeptos desdichados justo como cuando encontraron El Nadaísmo. Eduardo Escobar da a conocer su experiencia:

Cuando estaba por aparecer “Providencia”, Gonzalo Arango parecía ufano de su libro que desvanecería las fronteras en humo, según esperaba (...) Los niños caminantes de las flores poseerán el reino de los cielos en una carne y una tierra. Sin ambiciones. Parecía obvio como el aire. El mundo entero hervía en auroras de buena voluntad y de generosidad humana (Escobar, 1991 p. 161).

Lo que Arango no sabía era que las fronteras sí se desvanecerían pero porque El Nadaísmo ya no existiría más. No habiendo quién contradiga y cuestione los valores tradicionales de la sociedad, ahora esta sería una sola.

“Para Gonzalo, Sin embargo”- continúa Escobar- “fue como si las ilusiones no se estuvieran pudriendo. Vio mi cara larga y me dijo, “Es ahora cuando empezamos la revolución (...) Ahora la guerra será de paz, en el campo del espíritu, con batallas de actos de amor”. A esa hora pasaron por la ventana los gallinazos hacia los mataderos de la última esperanza. Gonzalo no creyó que fueran gallinazos sino aliados (Escobar, 1991 p. 162)”.

La perspectiva de Gonzalo Arango ya no parecía del plano terrenal que tanto se ufanó de disfrutar. Ahora él existía únicamente en el mundo de los espíritus, donde todo es energía y fluidez, cayendo en los idealismos intransigentes que tanto aborrecía de la metafísica.

“La confianza de Gonzalo era invencible”- cuenta Eduardo Escobar- “Un día tomó la decisión de marcharse a Villa de Leyva, a orar junto a los monasterios y sembrar cebollas para sentirse útil. Se mató en el camino (Escobar, 1991p. 163)”. Ahora, “Gonzalo está muerto como detestaba (Escobar, 1991 p. 164)”.

Finalmente, el nadaísmo muere no solo porque su progenitor cambia sus horizontes, sino porque él mismo yace bajo tierra acompañado del amor que tanto idolatró en sus últimos días, como si supiera que iba a partir de este mundo y que debía redimir todas sus flagelaciones a este universo.

Los nadaístas que sobreviven a su profeta “a punta de tenacidad”- escribe Escobar- “escriben en *El Tiempo*. Van a decir que El Nadaísmo se acabó por fin (Escobar, 1991 p. 164)”.

Sin duda, las perspectivas sobre el Nadaísmo y Gonzalo Arango pueden ser muy variadas. Lo cierto es que, indudablemente, jugaron un papel determinante en lo que sería la nueva poesía colombiana a partir de sus intromisiones.

Samuel Jaramillo, un economista y urbanista colombiano que desde muy joven se destacó como poeta siendo ganador de varios premios nacionales, escribió *Cinco tendencias en la poesía post-nadaísta en Colombia*, publicado también en el número triple de la revista *ECO-especial 20 años, 1960-1980* donde escribió Juan Gustavo Cobo Borda. En él destaca, como su nombre lo dice, las tendencias en la escritura poética que surgieron inmediatamente el nadaísmo abandona el escenario y en las que, sin lugar a dudas, aportó de manera sin igual.

Teniendo en cuenta la historia tradicional de Colombia, la poesía es una de las manifestaciones culturales que cuenta con una tradición de cierto modo coherente. Sin embargo, se encuentra que esa especificidad repercute, en ocasiones, en un tipo de aislamiento que hace de la poesía colombiana algo rígido ante innovaciones externas que desembocan en situaciones de anacronismo; y es allí donde entra con más fuerza la desintegración que promulgaba el Nadaísmo.

Si bien creemos que esta visión de la organicidad de la poesía colombiana hasta la aparición del Nadaísmo no suscita demasiadas resistencias, estamos concientes de que existe un consenso general en el sentido de que la escena a partir de este momento, con el choque eléctrico que significó la rebelión nadaísta (...) es de desconcierto y desintegración, y que los poetas jóvenes se encuentran por primera vez sin referencias, explorando por derroteros desarticulados y aislados unos de otros (Jaramillo, 1980 p. 373).

Esta percepción para algunos puede ser falsa, o se encuentran en desacuerdo con ella, como es el caso del mismo Samuel Jaramillo. Lo que aquí se afirma es que “a partir del Nadaísmo, la poesía colombiana sigue desarrollándose con su consistencia habitual, aunque con sus contradicciones inevitables, introduciendo al nadaísmo como una de sus referencias (Jaramillo, 1980 p. 373)”. Esta perspectiva es indispensable para comprender, si se quiere,

la poesía posterior a este movimiento. Así, pues, la poesía que se construye en Colombia en los últimos años comprende una “multiplicidad de distintas corrientes que coexisten (Jaramillo, 1980 p. 373)”; y una de ellas, la última desde Luis Vidales, es el Nadaísmo.

A partir del postulado que afirma el carácter integrado que va a adquirir la poesía colombiana que va a tomar elementos de aquí y allá, se lanza otra hipótesis que postula Jaramillo y que tiene como eje principal la influencia que ejerció el Nadaísmo sobre los poetas que los siguen cronológicamente. Por supuesto, este planteamiento puede resultar contradictorio para muchos que sintieron la propuesta nadaísta como algo estéril. Desafortunadamente esta idea van a compartirla no pocos de los poetas colombianos más recientes. Así las cosas, la influencia del Nadaísmo sobre las generaciones subsiguientes se presenta prácticamente nula.

No obstante, “nuestro planteamiento se enrumba más bien en el sentido de considerar que el proyecto nadaísta significó una propuesta de tal envergadura para la poesía colombiana” –afirma Samuel Jaramillo- “que los poetas que los suceden cronológicamente no pueden evitar definirse en pro o en contra de una serie de sus postulados centrales (Jaramillo, 1980 p. 374)”. Precisamente de allí, de un sí o un no al Nadaísmo, es que se desencadenan una serie de corrientes que van a formar conjuntos ya sea de aceptaciones o desacuerdos con la propuesta nadaísta y que van a consolidarse como corrientes poéticas propiamente dichas en cuanto desaparezca Gonzalo Arango y su creación de vanguardia.

Para Jaramillo, lo más visible del movimiento en cuestión, fue la ambigüedad con la que abarcaban varios planos. El primero de ellos: el de su definición, puesto que se manifestaban mediante la poesía y, sin embargo, trascendían los límites de un movimiento

meramente poético movilizándose en distintos campos de la expresión artística y literaria. Se presentaba como una rebeldía que quería ser total proponiendo no solo una nueva manera de expresarse sino una forma distinta de sentir y de percibir lo cotidiano y la realidad misma.

Nos recuerdan a movimientos de vanguardia bastante lejanos en el tiempo (...) pero debemos recordar que tiene elementos muy similares a un fenómeno social plenamente contemporáneo y de alcance mundial, como es la rebeldía juvenil que irrumpe con espectacularidad a partir de los años cincuenta en los países capitalistas occidentales, con distintas modalidades sucesivas, en muchas de las cuales, para ser justos, el Nadaísmo colombiano es una manifestación temprana (Jaramillo, 1980 p. 374-375).

Y es que Colombia, en los años cincuenta, no era un país cubierto por el capitalismo de las grandes potencias mundiales de occidente y, por lo tanto, la revolución que emprendieron aún no era tan necesaria, por ello fue temprana para algunos. Para otros, constituyó una vanguardia, sí, pero tardía, puesto que cuando aquí apenas surgían sus manifiestos y sus revoltosas apariciones, en países más desarrollados donde surgieron mayor cantidad de movimientos vanguardistas, ya todas esas manifestaciones habían sido sepultadas. No obstante debe reconocerse que el tradicionalismo, la guerra y la sociedad puritana contribuyeron a dicho atraso que hasta hoy se hace evidente.

Otro ámbito en el que el grupo nadaísta demostró grandes ambigüedades, fue en su perplejidad política. Y es que Gonzalo Arango denigraba de la burocracia pero sus discursos y sus intenciones pertenecían en gran parte a la política.

Ante la ausencia de un proyecto político coherente con sus opciones los condujo a una apoliticidad insostenible que finalmente desembocó en situaciones absurdas: Gonzalo Arango, el papa negro de la rebeldía nadaísta elevando al Presidente de la República

a la categoría de “poeta de la acción” y otros espectáculos igualmente lamentables (Jaramillo, 1980 p. 376-377).

Actos como este, de tal envergadura como alguna vez fue su rebelión, garantizaron el fin del nadaísmo tal vez no como ideología, pero sí como movimiento.

La poesía con su enorme potencialidad de concentración expresiva, se les ofrecía como el medio de privilegiada eficacia para canalizar su mensaje desafiante y perturbador. Y fue allí donde los nadaístas brillaron con más fulgor, y con una voz más propia (Jaramillo, 1980 p. 377).

Cabe mencionar que si los nadaístas buscaban la discrepancia a nivel general, debían también serlo en cuanto a las formas poéticas que se ejercían por tradición nacional. Y, con lo que respecta al contexto colombiano, desempeñaron un encargo de renovación y de modernización en la poesía, exhibe Samuel Jaramillo. Esta noción, como muchas otras, suele ponerse en duda debido a que llega a afirmarse que los nadaístas carecían de originalidad al exhibir como hallazgos propios elementos que en lo internacional habían ya envejecido o extinguido.

Al respecto, Jaramillo alega que los nadaístas “no demostraron una particular agudeza de percepción para captar los elementos novedosos que desarrollaban por esa época los mejores poetas de la generación inmediatamente anterior (...) Pero a pesar de ello fueron renovadores, y la poesía colombiana no sería la misma después de ellos (Jaramillo, 1980 p. 377)”.

Indiscutiblemente, los profetas de la nueva oscuridad, haciendo uso del plagio o no, sonaban como los poetas malditos de la Europa occidental, y ello era asombroso en Colombia.

Para el urbanista y poeta Samuel Jaramillo, la propuesta más seductora de los nadaístas fue el nuevo lugar que pretendían asignarle a la poesía cuya función principal sería hacer de muralla protectora entre el escritor, es decir, el poeta y su degradada realidad, para lo que regresaron la poesía a la vida desencadenando una crítica devastadora, aunque desordenada, de todo el instrumental y referencias que serían prestigiosas para una larga tradición. “Nada nuevo, se dirá. Pero sí lo es. Sí lo es en la poesía colombiana, que en lo que iba corrido del siglo no había tenido la experiencia purificadora de una vanguardia, si se exceptúa corrosiva, pero solitaria, la de Luis Vidales treinta años atrás (Jaramillo, 1980 p. 378)”.

Claro está que exageraron, aclara Jaramillo, puesto que la medida y la reflexión no eran sus virtudes más elocuentes. Debido a su desprecio por la forma o factura del poema, permitieron contrabandos de la más baja clase que nada tenían que ver con la poesía y su función catárquica, además de convertirse en una permanente amenaza para los poetas más valiosos del grupo como X-504, Roberto Escobar, Jotamario y Mario Rivero otorgando su poesía de la misma vacuidad.

Este temprano marchitarse y su carácter repentino se vieron acentuados por una circunstancia particular del contenido de la propuesta nadaísta: su particularidad de dirigirse en forma exclusiva a la juventud, y casi que podría decirse, a la adolescencia; esta circunstancia hacia el Nadaísmo especialmente vulnerable a la madurez de sus integrantes más destacados, que encontraban insoportable e incongruente (...) el continuar con discursos similares en una edad diferente, cuando todas las apuestas habían sido hechas a la primera juventud (Jaramillo, 1980 p. 381).

Ahora bien, durante la época del fulgor nadaísta, coexistían algunos otros poetas contemporáneos en edad que de una manera más aislada quizá, y silenciosa, también hacían poesía, claro, muy diferente. Pero no fue hasta que el Nadaísmo abandonó los escenarios de

la escritura en la década del 70 que todos estos paradigmas poéticos iniciaron su proceso de consolidación para mostrarse claramente.

La “Generación sin nombre” fue el primer núcleo de poetas que salió a la luz del panorama poético colombiano después de los nadaístas, y con un propósito ya trazado de diferenciación a ellos: su adhesión consistía en sentirse poetas y diferentes a los nadaístas. Así, pues, constituyen una reacción vigorosa a la propuesta inmediatamente anterior de manera que practican un tipo de poesía que se opone a los más importantes postulados del Nadaísmo, punto por punto.

Uno de los aspectos más valiosos de la “*Generación sin nombre*” es la crítica implícita a la visión apocalíptica que tienen los nadaístas con respecto a la tradición global de la poesía colombiana, e inclusive de la poesía universal. Con un talante radicalmente opuesto al diletantismo nadaísta y su crítica tremendista, y en muchos aspectos superficial, estos nuevos poetas se esforzarán de una manera sistemática y concienzuda de recuperar para sí mismos los aportes de poetas precedentes (Jaramillo, 1980 p. 383).

Pero existe una diferencia aún más aguda que define el talante de esta generación, y se encuentra justo en el papel que va a desempeñar para ellos la poesía. A diferencia del Nadaísmo, este es un movimiento exclusivamente poético y los retos que va a plantearse intentarán resolverlos en el terreno estricto de la poesía. Ni política ni revolución ni escándalo social: su única arma sería la poesía.

En este punto es loable mencionar que no es el objetivo exacto de este capítulo explicar de manera exhaustiva cada una de las corrientes poéticas que subsiguieron al Nadaísmo y sus propuestas en la poesía. No obstante es importante mencionar las cinco tendencias en la poesía post-nadaísta que dieron origen al ensayo que se ha venido tratando.

En primera instancia, y después de la “Generación sin nombre”, se encuentra la “Antipoesía”, que dio a luz escritores como María Mercedes Carranza, Fernando Garavito, Darío Jaramillo Agudelo y el propio Juan Gustavo Cobo Borda. El objetivo de esta tendencia post-nadaísta es realizar una crítica desde una perspectiva política propiamente dicha, definida, a diferencia de la actitud nadaísta que trasciende lo meramente poético.

“La poesía política”, otra tendencia, no va a reducirse a una propuesta ideológica general sino que van a estar alienados de manera explícita a diferentes corrientes de lo que se conoce como Izquierda en Colombia y van a escribir bajo estas premisas.

Por otra parte, se encuentra la “Poesía de la “imagen”, que va a manifestar una preocupación por la situación histórica de su generación y, por ende, la fragmentación y el desgarramiento van a ser inherentes en su escritura poética.

La última de estas tendencias se ha nombrado “La poesía narrativa”, que corta de manera rotunda la relación problemática que ha tenido de antemano el poeta con su entorno para encaminarla por la vía de una actitud más vitalista. Así, pues, el poeta se decide a instalarse en su realidad sin temor a ella y reconstruir sus fragmentaciones alrededor del eje de su propia experiencia. De allí las múltiples posibilidades que conciernen a lo narrativo.

A diferencia del Nadaísmo, los poetas siguientes no van a definirse en una de estas u otras tendencias poéticas, sino que van a constituir, efectivamente, una convivencia entre todas ellas.

Para condensar lo dicho, es fundamental contar con la perspectiva que pudo haber tenido un ensayista de renombre como Hernando Valencia Goelkel sobre el Nadaísmo. Valencia Goelkel fallece en 2004 después de haberse constituido como crítico literario, ensayista y

traductor, además de haber sido miembro del Consejo de Redacción del Boletín Cultural y Bibliográfico desde 1984 y fundador de la reconocida revista *Mito*.

“Tríptico negligente” es publicado en el número 80 de diciembre de 1966 de la revista *Eco*, escrito al que también hace referencia Juan Gustavo Cobo Borda en su ensayo “El Nadaísmo”. Aquí, Valencia Goelkel da a entender, de la manera más elocuente, que el único propósito del Nadaísmo, de su carrera y de los premios que fundarían con posteridad era dar a conocer novelistas, escritores de la nueva generación desconocidos hasta ese momento. Esa sería la justificación más grande de ese movimiento.

La idea de despertar la juventud a los albores de la escritura literaria, de la novela principalmente, podría resultar interesante, más no deslumbrante ni satisfactoria a fin de cuentas. Pero, bien o mal, representan la obra de escritores de los que no se tendrán en cuenta ni la trayectoria que podrían tener en un futuro ni mucho menos la magnitud de sus ambiciones literatas.

“Tríptico negligente” se refiere, de manera general, al Nadaísmo en sí mismo, a sus propósitos, a su estilo y, específicamente, al concurso nadaísta de novela que premió tres autores para él no muy pertinentes: *El terremoto* de Germán Pinzón, *La pequeña hermana* de Pablus Gallinazo y *Los días más felices del año* de Humberto Navarro.

Germán Pinzón era un periodista y escritor fallecido en 2010 en la ciudad de Bogotá. Incursionó como reportero y cronista en medios tan reconocidos como *El Espectador*, *Semana*, *Cromos*, *La Nueva Prensa*, entre otros y obtuvo el Premio Nadaísta de novela de vanguardia en los años setenta.

El terremoto es un estudio sobre la vulgaridad donde el personaje, dotado de un antiheroísmo, encarna todos los atributos de la vida vulgar, siendo para Valencia Goelkel una obra hablantina que oscila entre la sobriedad de Pinzón y lo abstracto de los sucesos narrados.

El defecto de la novela reside en que Pinzón ha acumulado en su personaje todas las notas convencionales que definen la insignificancia y la opacidad, y en no pocas ocasiones aquél parece ser un doble de Rodríguez de Fray Lejón; pero Rodríguez es una creación humorística que vive espléndidamente en la crónica, y los pormenores del Rodríguez de Pinzón resultan en últimas, pese a lo breve del libro, abrumadores: la sucesión de rasgos definitorios (...) termina por parecer excesivamente tópica, y Jorge, su mujer, su criada, sus hijos y su casa desaparecen en medio de la repetición de circunstancias triviales, sin que en conjunto el libro consiga transmitir una descripción válida de esa renovada exaltación inútil que constituye lo trivial de la vida (V. Goelkel, 1966 p. 214-215).

Pinzón escribe “angustia metafísica” y, entre otras cosas, lo imperdonable según Goelkel es que haya utilizado ese término para mostrar la angustia de esa trivialidad existencial, pues si en algo no estaba de acuerdo Gonzalo Arango y, por ende, el Nadaísmo, era en ese término y sus idealismos trascendentes en los que iba a caer años después. A esto se suma que el clímax del libro, el terremoto “es un error”, dice Valencia Goelkel, “no de concepción sino de técnica; dentro de una obra que, ciertamente, tiene una voluntad de organización, de estructura, ese final, que constituye un hallazgo imaginativo, no cumple la función que debiera desempeñar: el cataclismo natural y moral (...) asume una innecesaria solemnidad, que sintetiza también la vacilación del libro, oscilante entre la sátira seria (su mejor aspecto) y una especie de indignación ontológica que, por sincera que sea, suena siempre con un tañido espurio y fatigado (V. Goelkel, 1966 p. 215)”.

Ahora bien, la segunda obra de ese tríptico negligente es *La pequeña hermana*. Gonzalo Navas Cadena, su autor, cuyo nombre artístico es Pablus Gallinazo, es un cantautor, escritor y poeta adepto de la escuela nadaísta que estudió derecho igual que Gonzalo Arango; luego estudió teatro.

Ciertamente, el punto de vista de Goelkel hacia él y, más que nada, hacia ésta obra, es severo, con toda la vehemencia que lo caracteriza. Véase lo que dice al respecto:

Gonzalo Arango es nadaísta. No contento con arrasar la literatura pretende también el menoscabo de la marihuana. Además del éxtasis que le produjo al gurú de la secta, ¿cuáles son los otros méritos de “La pequeña hermana”, de Pablus Gallinazo, el libro que compartió el primer premio con el de Germán Pinzón? (V. Goelkel, 1966 p. 215).

Para Goelkel, claramente, esos méritos no son muchos, los considera ajenos a la literatura y, sin embargo, son reales. El primero de ellos es la candidez, es decir, la sencillez e ingenuidad con la que escribe. “El sólo hecho de imitar a Camus en “La caída” tiene ya algo de enternecedor; el lector dotado de un mínimo de simpatía imaginativa podrá también participar (...) del delictuoso escalofrío del autor en su querrela con ese ser al que denomina dios (V. Goelkel, 1966 p. 215-216)”. Ese conflicto con la deidad es propio de los principios nadaístas, y Goelkel va a cuestionarlo por el carácter endeble y evidente de dicha disyuntiva.

“la pequeña hermana” es una apología muy romántica del crimen imaginario: asesinato, incesto, blasfemia, relatados por el feliz criminal a un escribiente de paciencia infinita. Es, claro, mera superficie, para escarnecer al lector burgués; en el fondo se trata de un argumento y de una querrela teológicos; son los agravios de Gallinazo contra dios, en los cuales cuenta con el apoyo de Nich (V. Goelkel, 1966 p. 216).

Friedrich Nietzsche, como se ha venido demostrando a lo largo de este trabajo investigativo, es una influencia determinante, junto a otras más, para el Nadaísmo. Gonzalo Arango lo plasma en sus escritos muestra de la ideología nietzscheana, y Pablus Gallinazo, uno de sus adeptos, no sería la excepción a la muerte de Dios para la resurrección del hombre.

“Uno de los problemas del nadaísmo, y no peculiar a estos autores sino común a casi toda la literatura colombiana”-continúa Valencia Goelkel desde su óptica- “es una apariencia de cobardía-apariencia, pues es en verdad escasez de información- con que nos ensañamos contra adversarios derrotados (...) Así parece, por ejemplo, que ya ha concluido (...) el combate entre los nadaístas y la burguesía; mas sólo ahora empieza a verse que confundían a la burguesía con la clase media (V. Goelkel, 1966 p. 216)”.

No obstante, y pese al incalificable humor de Gallinazo para escribir, Valencia Goelkel admite observar levedad en su estilo, y es ese “chisporroteo” como lo llama él mismo, lo que hace que su obra sea legible. Esa legibilidad no va a encontrarla Goelkel en *Los días más felices del año* escrita por Humberto Navarro, obra con la que se da cierre al tríptico negligente.

Humberto Navarro nace en Medellín en 1931 convirtiéndose en contemporáneo de Gonzalo Arango y constituyéndose, igual que él, como escritor nadaísta, cofundador del movimiento y uno de los más reconocidos del grupo bajo el alias de “Cachifo”. Navarro, años después del *Primer Manifiesto Nadaísta*, va a publicar una novela que encerraría la vivencia con la nada bajo el título de *El amor en grupo, la crónica y veraz anécdota del Nadaísmo*.

Pero volvamos a *Los días más felices del año*, también ganadora del Premio Nadaísta de novela que, para Goelkel, no es sino una muestra de la carencia de maestría por parte de Humberto Navarro para evitar que su obra y el tono de la misma sean monótonos igual que muchos.

“Los días más felices del año” produce la impresión de que no solo su autor tuviera más lecturas que los otros dos premiados, sino también que su asunto fuera más grave y más entrañable; esa verdad punzante que asoma de vez en cuando desaparece entre la molicie, entre la flácida confusión del relato (V. Goelkel, 1966 p. 217).

Esto por una parte. Por otra, tal parece que un crítico como Goelkel no puede estar de acuerdo con academismos que evidencian una y otra vez la situación decadente de la novela colombiana. Evidentemente, la función de premios que impulsan a la juventud a incursionar en la literatura es una función más indispensable que nunca. Sin embargo, el error yace en querer encontrar escritores, novelistas nuevos cada seis meses. “El concurso nadaísta de novela es, hasta cierto punto, una rehabilitación de los vituperados Premios Esso; la tontería del academismo no es mucho peor que este academismo de la tontería. Ambos certámenes demuestran que la situación de la novela colombiana no es brillante (...) la situación de la novela no es brillante en parte alguna. De ahí se desprende, no que concursos de ese tipo sean innecesarios, sino que, al revés, su función, a corto o largo plazo, es indispensable como nunca (V. Goelkel, 1966 p. 217).

Ciertamente, Valencia Goelkel no desdeña de los certámenes que invitan a tomar la carrera literaria con profesionalismo. Su crítica va concisa a la función para él errónea del Premio Nadaísta de novela de vanguardia que promete novelistas que rescatarían la crisis literaria en Colombia, publicando una obra maestra dos veces al año, pero que no se interesaba por las aspiraciones del escritor hasta entonces descubierto. Cándido e ingenuo, como el grupo

nadaísta, como su literatura, se presentaba su premio de novela de vanguardia. Indiscutiblemente, la virtud más prominente, si no la única para Hernando Valencia Goelkel del Nadaísmo, fue su función de trampolín para la juventud de la década del sesenta y su incursionamiento en la escritura novelesca. Aunque esa función no fue del todo bien desempeñada, los escritores consagrados fueron reales y sus obras reconocidas como tal.

los diversos premios-cuanto más, mejor- representan una suscitación al profesionalismo del escritor, a la composición de la obra metódica y más o menos lúcida. Si sirven para ello, su función no sería nada desdeñable (V. Goelkel, 1966 p. 217).

Pasemos ahora a Jotamario Arbeláez, cuyo nombre original es José Mario Arbeláez Ramos. Nace en Cali, en 1940 convirtiéndose a sus escasos quince años en miembro fundador del Nadaísmo de esa ciudad llevando a cabo innumerables aventuras y desventuras siempre de la mano de El Profeta.

Nada es para siempre., Antimemorias de un nadaísta es una muestra de ellas que, escrita en 2002, cuarenta y cuatro años después del movimiento, recuerda sus avatares reviviendo así los años sesenta, a Gonzalo Arango, a todos sus compañeros nadaístas y al Nadaísmo mismo.

Y es que en *Nada es para siempre* Arbeláez hace un recuento minucioso de lo que fue la escuela nadaísta en aquellos y de lo que fue su propia existencia, guiada por el amor a la carne, a las mujeres y a la marihuana; y, aunque muerto Gonzalo, ningún nadaísta asumió el nombre de El nuevo profeta, el Nadaísmo queda inmune en la irreverencia y el humor negro que van a percatarse en Jotamario y en esta obra.

- Mamá, ¿qué has hecho para yo nacer?
- Nada, hijo mío, tu eres un fruto del azar.
- ¿Por qué no has hecho de tu pobre hijo un monje pasionario o un cacharrero edificante?
- Hijo, se nace poeta como se nace con ombligo.
- Yo no soy un poeta, yo soy el profeta de la oscuridad nueva (Arbeláez, 2002 p. 21).

“Así hablaba Gonzalo Arango, nuestro Zarathustra de Andes, Antioquia” recuerda Jotamario Arbeláez en una evocación preliminar, “a quien un día un periquito le sopló la brillante idea de fundar el movimiento nadaísta (1958), acaso el más estrepitoso e inútil sobre la empobrecida tierra y frente a la ensombrecida mente humana (Arbeláez, 2002 p. 21)”.

Los primeros trece años, es decir, de 1958 a 1971, Gonzalo Arango los dedicó en fortalecer y en dar a conocer al mundo la destrucción a la que era convocado mediante los manifiestos. No obstante, nunca contaron con el hecho, y ni el mismo Arango debió imaginarlo, que al cumplir cuarenta años, iba a encontrarse con Dios bajo el sol de Providencia. Antes que fuera alcanzado por la muerte, publicó un libro con el mismo nombre –*Providencia*- que, según pronosticaba, sería el eslabón perdido que, a su aparición “haría que las fronteras se disolvieran, los presidentes de las naciones se convirtieran en hippies (...) y la tierra se convirtiera en un jardín florido (Arbeláez, 2002 p. 24-25)”. No estaría tan orgulloso ahora ese mismo Gonzalo al ver que las fronteras se han afianzado y que no sólo constituyen muros que separan el final de un país y el inicio de otro, que los presidentes, esos que serían hippies, ahora se han empeñado en multar los alucinógenos y en enviar amenazas nucleares, y que la tierra ahora es un jardín florido de miseria porque naciones enteras han olvidado a qué sabe una sola gota de agua. Tal vez, en su encanto por la fe, estaría esperando la llegada de la Trinidad para solucionar lo que su libro no pudo.

En una ocasión, reunidos todos los nadaístas después de una de sus intervenciones nocturnas, una de las asistentes, burguesa por demás, invita a los nuevos profetas a terminar la velada en su casa donde tendría también su aventura sexual con Gonzalo Arango. La mujer estaba comprometida y, al llegar su hombre, propina una mirada inquisitoria al grupo de nadaístas propia de la milicia, pues el tipo era capitán. Ante dicha señal, Arango se atreve a aclarar:

Nosotros no venimos a robarle la chequera al capitalista, ni vamos a asaltar a medianoche su despensa, que los burgueses revienten tranquilos en medio de la abundancia, pero eso sí, venimos a interrumpirles el sueño y a despertar en sus alcobas inquietantes y terribles gérmenes de zozobra (Arbeláez, 2002 p. 117).

Ante tal atrevimiento, el hombre lo que hace es estrechar la mano del rebelde. Innegable: una irreverencia admirable.

Recordemos, por otro lado, que el Nadaísmo ha encarnado varias filosofías que han ejercido influencia sobre su misma ideología. Una de ellas ha sido Friedrich Nietzsche, quien ejerció su vitalismo y la muerte de Dios sobre el Ángel subterráneo quien las convertiría en principios de su escuela. Como es de suponerse, Nietzsche no sólo sobreviviría en el corazón de Gonzalo Arango sino también en el de sus adeptos. Arbeláez da testimonio de ello:

debo también a Vargas Vila que me haya enseñado a abominar del amor y a abstenerme del matrimonio, predicar el recurso del suicidio y alterar la sintaxis, y Nietzsche me ha distinguido como animal interesante pues aventajo a las demás bestias predatoras en que tengo la facultad de pecar, aunque dios haya muerto y ya todo esté permitido, me ha puesto sobre la frente la ceniza del Superhombre y me ha acabado de ensoberbecer entregándome su látigo para cuando salga en plan de mujeres (Arbeláez, 2002 p. 123-124).

Y es que una de las disyuntivas de Arbeláez fue la existencia de Dios y, al encontrar el Nadaísmo, se refugió en él otorgándole levedad a dicha duda tal como lo hizo Arango, que encontró en la Nada el sustituto de lo divino.

En esa disputa se encontraba Jotamario antes de llegar el Nadaísmo a Cali, su ciudad natal, y en ese vaivén de preguntas sin respuesta escucha por la radio “que un grupo de jóvenes de Medellín –que fuman pipa en las heladerías, leen a Sartre, se dejan crecer la chivera (...)– ha fundado un movimiento que pretende acabar con todo, desde el planeta y la palabra que lo nombra hasta los sistemas y las leyes que lo sustentan, es el nadaísmo, (...) la verdad desvestida, la negación, declaran que el trabajo es atentatorio contra la dignidad de la poesía (Arbeláez, 2002 p. 130)”.

Dicha conferencia se llevaría a cabo en un café burgués de la ciudad de Cali donde, por razones desconocidas, cerraron con un gran candado las puertas al Nadaísmo, lo que no fue impedimento para El Profeta de la oscuridad nueva que sin titubeos empezó su intervención sin más techo que el firmamento:

He venido a cambiar misterio por aguardiente, poemas libres por amor libre, aventuras maravillosas por cigarrillos extranjeros, he venido, en fin, para nada, o para cambiar la razón de mi vida por cualquier locura (Arbeláez, 2002 p. 131).

Esas fueron las primeras palabras de Arango, del Nadaísmo en Cali, en cuya reunión se encontraban expectantes los poetas más reconocidos del movimiento que, para entonces, sólo eran jovencillos: Jaime Jaramillo Escobar, que luego sería X-504; Fanny Buitrago, quien apenas era una niña genio de trenzas y dientes prominentes y a quien, años después, sorprenderían a media noche en poses sexuales con Gonzalo Arango; Darío Lemos y Dukardo Hinestrosa, quien invertiría los ahorros de su vida en conseguir una tumba al lado

de su amor eterno, Marilyn Monroe, o eso decía por entonces. A partir de aquella manifestación, a la que envían un tanque militar para frenar la furia de la rebeldía, nace el Nadaísmo en Cali y Jotamario Arbeláez era el encargado de hacerle frente sin importar que los psiquiatras quisieran adjudicarle luego el premio Freud de complejos sexuales ni que el poeta, para el mundo mercantil y utilitario, encarnara la figura del afeminado.

Inician originando diversas revistas de literatura, una de ellas fue *El ojo pop*; Eduardo Escobar viaja a Pereira y allí se las ingenia para imprimir *La viga en el ojo*, otra revista de vanguardia. Pero necesitaban algo de mayor reconocimiento, e impulsados por los festivales de arte que organizaba Fanny Mikey, inauguran su propio Festival de vanguardia, eso sí, con bombos y platillos: muestras audiovisuales, presentaciones en vivo y, por supuesto, galas de poesía nadaísta conformaban dicho festival, además de contar con asistentes de la más alta clase. Irónico pero cierto.

Gonzalo Arango inicia las giras por el país junto con Amílkar U, desde Manizales, de donde fueron expulsados por decreto, hasta Pueblo Rico, Zarzal y Buenaventura, llegando hasta Pereira donde son recibidos por César Gaviria Trujillo, que por entonces aún no era presidente sino uno de tantos. Tal vez, si una ciudad no tuviese rivalidades con la otra, Pereira también hubiese sido testigo de la partida del Nadaísmo.

El movimiento adquiriría autoridad y la escuela más adeptos. Las giras ejercían su efecto y se expandían como el aire. “Por todas partes nos ofrecen marihuana y fumamos la marihuana que nos ofrecen en todas partes, los políticos se nos acercan para escuchar la ardiente palabra por nuestras bocas de profetas bocones pero solo reciben bocanadas de humo,

nuestras carcajadas son legendarias, empezando por la del monje que es estentórea y contagiosa, siguiendo con la de Gonzalo que es recia y amotinada, la de Amílkar que parece que le saliera de los ovarios y la mía que es burletera y cantarina (Arbeláez, 2002 p. 145)”. Sin lugar a dudas, el auge nadaísta, el reinado de la Nada apenas comenzaba.

Siendo poetas tan reconocidos y atrevidos, una mujer nunca le hizo falta a sus manos; siempre había una dama esperando por un nadaísta irreverente. Sin embargo, habrá contado Gonzalo Arango con tan mala suerte que, al enamorarse y dar rienda suelta al instinto inconsciente, embaraza a la mujer que ahora no quiere no verle. No obstante, un compañero como Jotamario Arbeláez, ya era conocedor de experiencia tan recurrente y sabía dónde podría librarse Gonzalo de un hecho tan impertinente. Y, mientras la chica rubia se recuperaba de la intervención en su vientre, Arango escribe al reverso de una cajetilla de cigarrillos: “estás dormida a dos metros de mi, en lugar de escribir me pongo a mirarte, ¡no hay nada que decir!”. Con esta frase, el Zarathustra de Andes va a iniciar su cuento *Muerte, no seas mujer*, uno de los más reconocidos.

Conmovido por la misma convalecencia de su amada, Gonzalo Arango confiesa sus experiencias a Jotamario: su enemigo permanente siempre fue la muerte:

Comienza a contarme de sus experiencias con la muerte desde sus tiempos de renacuajo, de que lleva la muerte en el alma y que por eso siempre pone una flor sobre su solapa, que su lucha, más que contra las irregularidades del sistema solar es contra las acechanzas de la muerte que no perdona, que piensa que el nadaísmo nos ha de salvar de la muerte porque nunca puede morir quien existe desde la nada, y que por eso dar vida a nuevas nadas es retrasar la bienaventuranza en el vacío (Arbeláez, 2002 p. 148).

Superado el percance de la paternidad, la travesía nadaísta continúa. Ahora el movimiento también cuenta con programa radial: *La voz del nadaísmo*. La idea fue de Juan Guillermo Ríos, un periodista antioqueño ícono de las noticias en el país, cuenta Jotamario Arbeláez en *Nada es para siempre*:

En radio 15 Juan Guillermo Ríos nos permitió adelantar “La voz del nadaísmo”, un programa para insomnes y sonámbulos, que hacíamos a tres voces, con todo el ácido que nos quedaba en la madre antes de que llegara el hippismo (Arbeláez, 2002 p. 161).

Durante la proeza del Nadaísmo, las hazañas de José Mario Arbeláez fueron, de compartir aunque no quisiera, su novia con Pablus Gallinazo –que llegaría después, mediante el Festival de vanguardia-, hasta el exceso de marihuana, alcohol y LSD. Y, como consecuencia de sus dotes de poeta y como fundador del nadaísmo en Cali, “me convierten en s.j catedrático de nadaísmo en el postgrado de literatura, los críticos del nadaísmo y de la iglesia, trinan de la indignación por la prensa capitalina, pues cuándo se iba a pensar que un nadaísta que nunca pisó una universidad sino para tirarles las piedras de su sarcasmo fuera a ser encumbrado de catedrático (Arbeláez, 2002 p. 187)”.

Y es que, el Nadaísmo, el movimiento que inventó El Profeta para dar rienda suelta a la desesperación, tuvo un gran abordaje a lo largo de todo el país. Sus postulados, su poesía, su escándalo social intervino la época más crítica del siglo XX, y logró establecerse como ente determinante en la historia de la poesía y la literatura colombiana, porque después de ellos la escritura no sería la misma; Colombia reconocería una poesía sin absolutos en la que se palpa la ruda realidad, y a más de cuarenta años, mientras Arbeláez empieza a redactar sus antimemorias, “el congreso de Colombia decreta la ley de honores a Gonzalo

Arango con la correspondiente fundación de la casa del nadaísmo en su homenaje, para lo cual Fernando Botero firma la autorización de utilizar el retrato que le hizo al profeta para el cuento *Medellín a solas contigo* (Arbeláez, 2002 p. 188)”.

Uno de los hechos más enigmáticos que se narran en *Nada es para siempre* es el caso de Juan Carlos Vélez, un joven de andes, Antioquia fanático de Gonzalo Arango, casualmente idéntico en lo físico a él y que dice ser la encarnación del mismo: El Profeta ahora vive en él. Arbeláez desconocía tanto al muchacho como a su teoría, pero lo descubre husmeando en la microcomputadora cuando halla una página en la que se narran los últimos minutos de “Aliocha”, contados por él mismo después de su muerte. Arbeláez queda estupefacto:

pero acabo de descubrir, escrutando la palabra “nadaísmo” en la microcomputadora, una página que me crispa, pues es la narración de los últimos minutos de Gonzalo Arango *par lui même* , suministrada por Juan Carlos Vélez, quien siente que Gonzalo ha encarnado en él (...) no sé de dónde salió el tal texto, el caso es que puedo certificar el aliento inconfundible del profeta, y su terminología incomparable, y el humor de la construcción aún estando en él ya definitivamente deconstruido (Arbeláez, 2002 p. 192).

Veamos, por consiguiente, lo que dice el mencionado hallazgo con el ánimo de identificar allí la presencia de El Profeta de la nueva oscuridad:

Fue extraño. En ese momento todo estaba bien, ya había cuadrado casi todos mis asuntos con el mundo y con los hombres. Vivía mi época llamada mística y todo lo veía de una manera fácil, casi ignorando el dolor del mundo, quedaba ya poca rebeldía. El viaje había sido tranquilo, hablaba con mis acompañantes en el vehículo y nada parecía extraño. Cuando le pedí a mi amiga que nos cambiáramos de asiento no alcancé a notar nada fuera de lo normal. Entre el sueño y la realidad vi cosas: algo de mi vida pasada, el paisaje que corría vertiginosamente ante mis adormecidos ojos. Alguien me tendía una mano. Aunque parecía ofrecerme seguridad, me atemorizaba tomarla (...) De pronto abrí los ojos, sentí que caía bruscamente y vi el carro que se nos vino encima. Sentí el golpe en mi nuca, duro,

brutal, me recorrió como un corrientazo todo el cuerpo. Luego un dolor seco, insoportable, en la cabeza. Comencé a escuchar voces, eran confusas (...) todos decían “ está muerto” (...) un frío extraño, seco, fue invadiendo mi cuerpo (...) algo extraño ocurría: mi cuerpo estaba tirado en la parte trasera del vehículo, rodeado de mantas, sangre y personas ansiosas (...) comencé a alejarme de él, lo veía quedar abajo (...) Me quedé mirando mi cuerpo, tratando de sentirlo, de hacerme consciente del dolor o del frío, de cualquier sensación. De repente algo se rompió, bruscamente. Un chasquido sordo borró de mis sentidos cualquier otro ruido (...) El tiempo desapareció. Todo era oscuro (...) Una luz se fue haciendo, no sé de dónde pero iba llenándolo todo. De repente, nada. Quedé solo en medio de la nada, no sabía, no sentía, no veía nada (...) Por fin me enfrentaba a la nada, absoluta, total, inconmesurable, indefinible. Por fin tenía ante mi la posibilidad de la negación total (Arbeláez, 2002 p. 193).

Haya sido Gonzalo Arango o no, eso ya no lo sabremos. Pero es cierto: el existencialismo, el estilo, el léxico, son propios de lo que el mismo Arango mostraba en otros escritos, y aquí puede observarse. No obstante, el enigma de ese último instante solo será reconocible cuando seamos nosotros quienes veamos el puente entre la vida y la Nada.

Esto por un lado, por otro está la disyuntiva entre Arbeláez y la religión que, de cierto modo, fue la responsable de lanzarlo a los brazos del Nadaísmo. Sin embargo, no deja de ser lamentable el hecho que, el ser humano, el hombre, deba andar en la constante búsqueda de algo o alguien sobre el cual depositar su fe a manera de soporte para su existencia. Por esa necesidad, El Profeta crea el movimiento y se rinde ante la mujer, ahora su divinidad. Pero, por esa misma exigencia, Arango regresa a Dios y abandona la desesperación del hombre, porque nada es para siempre, ni siquiera el Nadaísmo.

Jotamario Arbeláez se sumerge en la lectura de Nietzsche y Vargas Vila, y mientras lee al maestro Fernando González en “Mi Simón Bolívar”, encuentra la respuesta:

Al hombre no se le puede quitar la religión (idea de perfeccionamiento); el hombre es artificial, un ser relativo. De ahí viene la tragedia de Nietzsche, el ateo, el solitario más solo. Comenzó a perder al amigo, al perder a su dios, que era Wagner. “¿Por qué soy todo luz?”. Lo que sucede es que la religión va ascendiendo con los creyentes. Quitadme mi religión y tendréis al animal inmundo en toda su desnudez (Arbeláez, 2002 p. 209).

En efecto, el Nadaísmo y Gonzalo Arango no habían llegado a Cali, pero cuando lo hicieron, Arbeláez de inmediato abandonó el taco de billar y acudió a la conferencia, fue pronunciada en la calle a consecuencia de la clausura, por esa noche, del café donde pondría pie El Profeta de la oscuridad nueva.

Respecto a los valores consagrados que había que respetar, no figuraban sino el maestro León de Greiff y El tuerto López en la poesía, y en el pensamiento íngrimo el maestro Fernando González, dijo El profeta (...) Fernando González es el maestro que esperaba Latinoamérica, el único pensador que trasciende las roñosas fronteras de la inmanencia. Lleva 30 años predicando en el desierto y es nuestro deber traerlo de nuevo a la luz. Así hablaba Gonzalo Arango, y era en el año 1959 (Arbeláez, 2002 p. 210).

Pues bien, ya se ha hablado de Fernando González, el maestro de Gonzalo Arango y, de alguna manera, quien impulsa el surgimiento del nadaísmo; el filósofo de envigado, el Brujo de Otraparte como se conocía en el movimiento. “Es el mejor, o por lo menos el único. Otros trataron de mantener el maestrazgo entre la juventud, pero se perdieron en su propio parloteo, como el loro de Zalamea (Arbeláez, 2002 p. 213)”.

Por añadidura, la disputa entre los nadaístas y el escritor también colombiano Jorge

Zalamea, “Burundún” como lo llamaba Arango, no tenía cese. Zalamea no perdía oportunidad de enviar sus críticas, pues su problema era directo con los nadaístas, y una entrevista con Germán Espinosa, un novelista, cuentista, poeta y ensayista colombiano, para la revista *Letras nacionales*, no sería la excepción a esa intención:

Deseo aprovechar la oportunidad para denunciar ante la juventud colombiana el hecho de que el individuo Gonzalo Arango (...) no es otra cosa que un indecente soplón de los servicios de inteligencia norteamericanos. La “filantropía moderna”, puede apuntarse en este caso un triunfo; pero un triunfo mezquino si se piensa en la reciente subdesarrollada literatura de *Los ratones van al cielo* y de tantas otras necedades y nimiedades con las cuales el nuevo oficiante del DAS ha pretendido aprovecharse de las acciones (...) de Fernando González, ese inefable escritor que, para admiración de los semiletrados, logró gran fama en Colombia mezclando las zonzas recomendaciones de Orison Sweet Marden a las implacablemente escritas fantasías filosóficas y humanísticas de Federico Nietzsche (Arbeláez, 2002 p. 214).

Conste, pues, que la calumnia de los espías no es la primera vez que se utiliza. En el auge del Hippismo, en los años sesenta, Charles Manson, famoso criminal y músico estadounidense conocido por liderar una secta de seguidores nombrada “La familia Manson”, también fue acusado por ese entonces de ser espía y conspirar contra la sociedad, tal como acusaba Zalamea a Gonzalo Arango. Parece ser que, de cualquier manera, debe acallarse la voz del cambio y del rebelde que pretende arrebatarse la sociedad de la resignación inclemente.

Pero, en tanto Jorge Zalamea afinaba sus sátiras tirando al blanco de “Aliocha”, El Profeta, haciendo uso de su diplomacia directa, enviaba su respuesta que, siempre o casi siempre, superaba en años luz a las de escritor tan exigente; “El profeta se le vino con una andanada

de la peor entraña del Zarathustra de la montaña (Arbeláez, 2002 p. 214)”, recuerda Jotamario Arbeláez. Veamos cuál fue esa respuesta:

Usted se eclipsa, Señor Z, ante los pequeños soles de nuestra generación, que nunca se acercaron a usted en busca de luz. Porque usted, el astro sesentón de la Viejas Artes, sólo irradia petulancia, egomanía, avaricia, fatuidad y soberbia. Usted, toda su vida, irradió sombras en torno a la juventud: la sombra de su narcisismo enfermizo y de su falsa grandeza. No le debemos nada, Señor Burundanga. Nuestra indiferencia por usted y su calcomanía literaria estilo Saint-John Perse es tan grande, como es su desprecio por nosotros, que desde siempre nos negamos a engordar el insaciable páncreas de su vanidad (...) Porque a usted, Señor Burundún, se lo comerán los gusanos por el cerebro, ese órgano por el que usted es más hediondo (Arbeláez, 2002 p. 214-215).

Indudablemente, la perspicacia de un espíritu despierto como el de este profeta, no podía quedarse corto al momento de demostrar su alma poética.

Después de todo esto, de muerto Gonzalo Arango y también el Nadaísmo, Pedro Alcántara, artista plástico y pintor que llegó a la secta poco tiempo después de fundada, lleva el movimiento a los aposentos del arte. Todos recuerdan al Nadaísmo guiados por la pintura de piruetas sexuales y tinta china. Jaime Rendón inauguraba su obra en un museo opuesto en Bogotá, Picasso se presentaba en Nueva York y Salvador Dalí en París; el arte universal abría sus puertas y recibía de nuevo a la Nada. Recordémoslo en palabras del propio Arbeláez en “Un nadaísta en el museo”:

Por un golpe de suerte y otros golpes de tecla, cuando ya todo el mundo lo hacía muerto y sepultado, descendiendo a los profundos infiernos y sentado a la diestra del Siniestro, el nadaísmo resucita de entre los muertos y se instala en los cielos propicios de la gloria entre los vivientes. Nuestros antiguos enemigos nos besan la mano, los desdeñosos editores aceitan las máquinas para publicar nuestras obras en español, encabezamos todo género de antologías (...) y, como si nuestro ego megalómano fuera insaciable (...) hemos entrado,

con paso firme y decidido, dejando nuestras huellas en el cemento fresco del andén, al templo de las musas, al Museo de Arte Moderno de Bogotá (Arbeláez, 2002 p. 222-223).

Por esos años, Fanny Mikey celebraba en Cali los Festivales Nacionales de arte donde coincidían los mayores representantes del arte nacional y mundial e, impulsados por ello, el Nadaísmo inaugura su primer Festival de Vanguardia; de allí se va a desprender el premio Nadaísta de novela de vanguardia que va a premiar luego a Pablus Gallinazo, a Germán Pinzón y a Humberto Navarro. Como consecuencia de dichas premiaciones y, por el solo hecho de catalogarse como nadaísta, vendrían los ataques de Marta Traba a “los ineptos y adocenados escritores nadaístas (Arbeláez, 2002 p. 228)” por derrotarla en el certamen de novela y, por supuesto, también los polémicos comentarios de Jorge Zalamea que, en su último intento, no tuvo reparos en acusar a Gonzalo Arango de ser agente de la CIA. Innegable: un temporal de lucha para el Nadaísmo. No obstante, nada es para siempre.

Sí, hace 25 años, el cuarto de hora más largo del siglo para ser exactos, que Gonzalo Arango retiró el revólver que apuntaba a su sien derecha, sacó su pluma fuente y comenzó a redactar el “Primer Manifiesto Nadaísta”. Este documento, que lo salvó del suicidio, le sirvió además para crear una secta de iluminados que se alumbraban con velas como los santos, de los cuales sobrevivimos como reyes san Eduardo Escobar, san Elmo Valencia, san X-504 Jaramillo, san Amílkar Osorio (...) san Pablus Gallinazo, san Cachifo, san Jan Arb, san Barquillo, san Armando Romero y san Jotamario Nacienceno, entre otros muchos beatos (Arbeláez, 2002 p. 230).

Ahora es oportuno hacer memoria del escándalo protagonizado por el grupo en uno de los parques más representativos de Cali, ciudad natal de X-504, Jotamario Arbeláez y otros compañeros seguidores del nadaísmo, el parque de la María donde se encuentra un monumento a la reconocida y romántica obra de Jorge Isaacs.

Y es que, al atacar la literatura tradicional sumergida en la ingenuidad del siglo XIX, debían ser desproporcionadas de todo ingenio también sus obras más representativas, y *María*, de Jorge Isaacs, representó de manera desacertada la literatura colombiana que, después de siglos, seguía considerándose idílica, costumbrista e, incluso, onírica; ciertamente, fueron esos los primeros pasos de la literatura en Colombia y, gracias a esa obra, se reconoció que sí podía hacerse literatura en esta zona de Latinoamérica. Sin embargo, el país cambiaba, surgían otras miradas y, por ende, la escritura no podía continuar siendo la misma y los nadaístas lo sabían. A partir de allí, el conflicto con la efigie de *María* y de Isaacs fue tan permanente como el de Gonzalo Arango y Jorge Zalamea. Enfrentarse a esa omnipotencia nunca fue sencillo:

Tendría 16 años cuando el profesor Varela, que era hinchado mío, me detuvo en uno de los corredores del Santa Librada College, en Cali, y me dijo que me tenía un regalo. Sacó de una bolsa y me alargó una edición de *María* (...) “Profesor, no me regale guevonadas- le dije- , ¿no ve que he decidido ser un escritor de vanguardia? Más bien présteme todo lo que tenga de Nietzsche (...)”. El profesor Varela enrojeció de pies a cabeza, un ribete de espuma afloró a su boca (...) “Arbeláez, en algún momento creí en usted. Tuve la sospecha de haberle inculcado una chispa de sensibilidad. Pero por la forma como se ha referido a la obra sublime de Isaacs, deduzco que usted siempre será un pelmazo. Estoy seguro de que, con todas sus ínfulas modernistas, nunca escribirá una línea que la supere (Arbeláez, 2002 p. 248).

Con certeza, estudiantes del tipo de Arbeláez son los que se quisiera tener hoy en día en las aulas de clase, que clamen por Nietzsche y que se noten ávidos de conocimiento. Pero no lo eran en ese entonces. La negación de su tradición era negar de su esencia, de su patria, y el profesor Varela era representante del temor que infundía lo nuevo, lo distinto.

A esto se enfrentaba el Nadaísmo, y como muestra de su decisión, anuncian la detonación

de explosivos si no se cambia el monumento de Isaacs por la sensual figura de Brigitte Bardot. Como era de esperarse, el día siguiente dio a conocer comentarios al respecto. Jotamario Arbeláez recuerda el más singular de todos ellos:

En el comentario de *El Tiempo* del día siguiente, lo único que se nos criticaba era nuestro mal gusto, pues según el editorialista (...), el busto por el que deberíamos haber exigido recambio era el de Marilyn Monroe (Arbeláez, 2002 p. 249).

Gonzalo Arango, poco tiempo después, al no ver resultado a la petición del monumento, dotado de un humor tan negro como el ave del paisaje romántico, se idea una exposición en el mismo parque. Arbeláez, el corresponsal de memorias nadaístas recuerda aquel evento:

Dos años después, Gonzalo Arango tuvo la peregrina idea de convocar, durante uno de esos festivales de arte que se inventaba Fanny Mikey, la Exposición Nacional del Libro Inútil, en el parque de la María. Ser enemigos de esa obra nos daba buenos dividendos. Nos permitía elaborar bromas apaches a la virginidad, a la castidad, a la enfermedad, al romanticismo y al pájaro negro dentro del paisaje bucólico. Todos los poetas de la parroquia y de la nación- que era lo mismo- fungían de defensores a muerte de la historia de Jorge Isaacs. La juventud en cambio comenzaba a deshipotecarse de semejante influencia (Arbeláez, 2002 p. 249).

Por supuesto que la reacción a semejante evento se dio a conocer rápidamente. Los escritores de peso pesado en Colombia y con una trayectoria respetable se manifestaron enviando comentarios desafiándose unos a otros. Eduardo Carranza, uno de los diplomáticos más sobresalientes en Colombia, no dudó en dar a conocer su punto de vista al respecto. Arbeláez lo recuerda:

El contragolpe no se hizo esperar- hace hoy 30 años- (...) Aunque poco dado al panfleto, Eduardo Carranza se dejó venir con una catilinaria (...) “¡Ah!, yo desafío a los escritores

nadaístas, y les doy 30 años de plazo a partir de hoy, a que escriban una obra mejor que *María*, o si no que callen para siempre (Arbeláez, 2002 p. 250).

En efecto, no escribieron una obra mejor que la de Isaacs, reconoce Arbeláez años después, sin embargo él mismo, ya más adulto y, quizás, con arrepentimiento, quiso redimir los comentarios que pudieron haber referido a la obra de Jorge Isaacs. Este fue su comentario:

Prefiero guardarme para intervenir en el inminente Festival Internacional de Arte de Cali, dedicado al romanticismo (...) donde espero justificar la mala atmósfera que durante la vida hemos hecho al libro, diciendo que en nuestra ardiente juventud millenaria considerábamos que no valía la pena ningún libro que se pudiera leer con las manos quietas (Arbeláez, 2002 p. 253).

La pandilla que encarnaba el primer nadaísmo, su etapa más eufórica, plasmaba en los muros de la ciudad graffitis que proclamaban su verdad. Cuando accedieron a aceptar a Jotamario Arbeláez en su escuela, la manera de iniciarlo fue probando su habilidad para el oficio del pincel en los muros.

La obsesión por la máquina de escribir también es de recordarse, pues su pasión por la escritura y, por demás, por la poesía fue superior a la imposibilidad de adquirir una. Elmo Valencia, el famoso “Monje”, Jaime Jaramillo, Amílkar U, Eduardo Escobar, todos haciendo lo posible por tener entre sus manos la herramienta que le daría presencia a sus ideas; hoy los recuerda con nostalgia al recordar tantos esfuerzos dedicados al despiste de la rutina de la que va cargada toda forma de existencia. No obstante, las dos muertes de El Ángel subterráneo, es decir, la muerte de su espíritu rebelde y la muerte física, significaron un giro imposible de evadir que, aunque no entierra por siempre el movimiento, sí lo lleva a una depresión que lo desvirtúa.

Sin embargo, algunos se han ido, principalmente mis profetas, ya no tan tiernos ni atorrantes, los que pusieron una vez en mis manos la brocha y un galón de pintura y me declararon apto para el graffiti. Veintinueve años han corrido bajo los puentes desde que fundamos el nadaísmo. Hace 11 años murió Gonzalo, hace dos se hundió Amílkar entre sus aguas, la Semana Santa pasada estiró Dariolemos la pata que le faltaba estirar. Y los que no hemos desaparecido estamos evaporándonos. Eso pienso esta media noche, mientras entra por mi ventana la conspiración de los grillos y hundo con parsimonia las teclas de la máquina de escribir de El Profeta Arango, que heredé por haber escrito con buena letra y óptima ortografía la palabra “nadaísmo” en los muros (Arbeláez, 2002 p. 264-265).

El nadaísmo también cumplía una labor política, y mientras Jotamario Arbeláez apoyaba al general Rojas Pinilla, Gonzalo Arango era nombrado magistrado de su gobierno. Así las cosas, Arbeláez intuye un resultado fraudulento en las elecciones donde es derrotado Rojas, y junto a Elmo Valencia “El Monje loco” inicia la escritura de *El libro rojo de rojas*, una biografía del general que rastrea el mencionado fraude. El libro nunca es publicado, dado que el editor escapa con los originales del escrito. Arbeláez no duda en dar a conocer su perspectiva:

En los años de nuestro siglo que ya se acaba, sólo el general Rojas y el nadaísmo han merecido una reivindicación tan soberbia, obligando a los detractores a tragarse la mierda que les untaron (Arbeláez, 2002 p. 291).

Y es que, cuando muere Gonzalo, muchas cosas salen a la luz y Eduardo Escobar tiene mucho que ver en ello en compañía de su obra *Correspondencia violada*:

Veintiún años después de muerto, ahora aparecen documentos que nos muestran a un Gonzalo Arango en plena cocina de sus negaciones futuras, pero cristiano primitivo de la cabeza a los pies durante su estación por la vida, incluida su etapa del nadaísmo, en que se proclamó tocayo del Anticristo. En tal caso su última interjección, cuando lo embistió el bólido de transporte intermunicipal que le rompió el cráneo, no habría sido “¡Mierda!”, como lo sostiene su biógrafo nadaísta, sino “¡Dios mío!”(Arbeláez, 2002 p. 296).

Gonzalo Arango, como buen aficionado a la escritura, era obsesionado por redactar cartas: a su familia en Antioquia, a su madre, a sus hermanas, a sus amigos, a él mismo.

Desde muy joven sintió la necesidad de cambiar el mundo y la literatura sería su mejor herramienta. Así que un día decidió aislarse en la finca de su padre, en Andes, y empezó a escribir su primera novela a la que llamó *Después del hombre*: “yo no espero que el recibimiento a mi obra sea apoteósico, pero sí hará meditar y tentar al arrepentimiento... Soy una voz revelada que grita el desastre y tiene nostalgia del amor. Mi voz no es más que esto: una súplica para que regrese el amor a la tierra”. Efectivamente, su obra fue abrazada por el fracaso y ni siquiera quiso ser publicada; la hipótesis sobre que los originales se encuentran en poder de Juan Carlos Vélez, el mismo que asegura la encarnación de Arango en su cuerpo antioqueño, aún permanece intacta.

“Aliocha”, en 1971 quiso frenar la rebeldía que se había esparcido por la juventud. Pero ello ya no le fue posible porque el Nadaísmo, en sus años de impertinencia había logrado consolidarse con fortaleza:

A los 13 años de ininterrumpida beligerancia, en 1971, ante influencias espirituales cruzadas, y aparentemente arrepentido de haber conducido a toda una generación por el desfiladero, El profeta pretendió desmontar su invento, pero ya el nadaísmo era una institución sin retorno para sus seguidores más fieles. En vísperas de cumplirse los 40 años de la cofradía, sus integrantes continúan agitando sus consignas disociadoras del *Statu quo* y fundadoras de una belleza insumisa, con Gonzalo Arango como bandera sin palo (Arbeláez, 2002 p. 299).

Pero volvamos a *Correspondencia violada*, de Eduardo Escobar. Al ser Gonzalo Arango tan devoto a la escritura de cartas, Escobar se dedica a recolectar todas las enviadas a sus

amigos, de las que suman millares de páginas y de las que extrae ideas para algunos de sus cuentos y artículos. “Las cartas que contiene este libro, preciosas en todo sentido, nos esclarecen las motivaciones, las estrategias de lucha, los logros y los fracasos de Gonzalo, al relatar a sus padres y sus hermanos, con autenticidad y sinceridad increíbles, los avatares de su vida y de su obra”, cuenta Jotamario Arbeláez. Sin embargo, al leer tal correspondencia, es cuando se descubre lo que ya nunca podría aclararse: ¿habrá engañado Gonzalo Arango verdaderamente al nadaísmo, a sus adeptos y a él mismo, o engañaba él a su familia por respeto a sus ideales y conservar intacto su cariño?

Quando Andrés Naclares me hizo llegar la primicia de estos documentos, los di a conocer en la cátedra de nadaísmo que adelanto en el postgrado de literatura en la Universidad Javeriana. Lo que de allí se desprendía, no sin escándalo, era que Gonzalo Arango no había vuelto a Cristo en los últimos días de su vida, sino que nunca había salido de él. Se aventuró la hipótesis de que había propiciado una crisis de valores, y aun de la iglesia, para continuar imponiendo con más fuerza la presencia del Salvador y de las potencias del alma. Aunque algunos de los alumnos creyentes registraban complacidos esta sorpresa, para mayor gloria de Dios, otros, que habían entrado para beber en la irreverencia, se sentían confundidos por este ángel con piel de diablo (Arbeláez, 2002 p. 300).

Aturdido por este hallazgo, Arbeláez se comunica con uno de sus compañeros, Jaime Jaramillo Escobar, para darle la buena nueva. Esto fue lo que dijo:

Le comenté por teléfono a Jaime Jaramillo Escobar que Gonzalo Arango nos había engañado a todos con su credo de incrédulo, porque entre nosotros le rompía las rodillas a Cristo con un martillo y con su hermana volvía muy piadoso a ponerlo intacto en su pedestal (Arbeláez, 2002 p. 300).

Haya sido así o no, lo cierto es que su “inventico” se inmortalizó al punto que, hoy en día, se celebran en Medellín, Bogotá, Pereira, Pueblo Rico y otras ciudades, incluyendo Pasto, Buenos Aires y Nepal, encuentros dedicados al Nadaísmo a los que asisten algunos

sobrevivientes de esta élite, como es el caso de Dukardo Hinestrosa y Amílcar Osorio; esto sucede a sesenta años de haberse consolidado. ¿Qué más podría ser la inmortalidad?

Había venido a suplicar para que regresara el amor a la tierra. Y a 21 años de su muerte- y a 40 de su “inventico”- mantiene vivo en el hogar el amor de los suyos, el de sus devotos amigos, conquistando como una victoria contra el olvido, el del mundo que terminará por cambiar gracias a su literatura y el de la juventud que cada día lo descubre como camino (Arbeláez, 2002 p. 302).

Para compendiar lo dicho y, para concluir de paso, se recurre ahora a Armando Romero y su obra *Las palabras están en situación*, un estudio de la poesía colombiana de 1940 a 1960 escrito en 1985.

Armando Romero nace en Cali en 1944. Va a constituirse como poeta del Nadaísmo, narrador, ensayista, traductor y profesor universitario que perteneció al movimiento durante su juventud y que, con base en su experiencia escribe este estudio dedicado a la poesía colombiana desde José Asunción Silva hasta el Nadaísmo.

Las palabras están en situación inicia su recorrido desde que la poesía en Colombia da muestras de vanguardia en los escritos de Silva y sus aires modernos. Sin embargo, es de fundamental importancia reconocer que el estado político y todo lo que de ello se desprende- violencia, inconformismo, conflictos- tuvo mucho que ver en el atraso del que, incluso hasta hoy, no ha podido desprenderse.

El hecho de dar comienzo a nuestro trabajo en las últimas décadas del siglo pasado se debe a que consideramos que los orígenes de la moderna poesía colombiana están en José Asunción Silva y el modernismo, así como la cristalización de lo que responde a un

concepto político, social y económico inicial en la Colombia de hoy (Arbeláez, 2002 p. 16).

Y es que Silva mostraba en su poesía un afán de renovación y fue el primero en reconocer que el poeta debía asumir una actitud de reflexión frente a la vida y ante a su propia poesía de manera que surgiera una relación proporcional entre ambas. “La poesía vino a ser, entonces, tema del poema: génesis de la modernidad”, escribe armando Romero.

es sólo a finales del siglo XIX cuando el país comienza a librarse, a nivel de la cultura, de la presencia dominante española, proceso largo y difícil que va hasta casi la mitad del siglo XX (Romero, 1985 p. 16).

Téngase en cuenta, de antemano, que no fue sino hasta cuando surge el Nadaísmo que esta influencia desaparece completamente.

Colombia ha sido víctima de múltiples guerras civiles causadas por la eterna disputa entre partidos políticos tradicionales: liberal y conservador que, como resultado, provocan una desproporción con respecto a otros países de Latinoamérica. El inconformismo de los liberales y la búsqueda de poder de los conservadores provocan no sólo periodos de violencia y retraso cultural sino una literatura atada a costumbres españolas, ingenua y con una retórica obsoleta. No es sino hasta mediados del siglo XX que se empieza a reconocer algo distinto en el panorama, primero con Luis Vidales en los años treinta, luego con el grupo “Mito” en los años cincuenta. Tristemente, estas influencias no van a trascender más allá de su generación o de su respectivo partido político.

El periodo más fuerte de “La violencia” cubrirá los años desde 1948 hasta 1961, coincidiendo exactamente con los periodos de actividad de “Los cuadernícolas” y del grupo “Mito” (Romero, 1985 p. 17).

La violencia estalla en Colombia con más fuerza en 1948, en cuanto sucede el hecho fatídico del asesinato del líder liberal Jorge Eliecer Gaitán. El pueblo colombiano, sobre todo en la capital, es incontrolable y los conservadores sacarán partido de ello organizando grupos que asesinan liberales; en tanto el conflicto continúa el atraso se hace más evidente. Esa es la razón, escribe Armando Romero, por la que tal vez no hubo vanguardia en Colombia: la dualidad entre ambos partidos políticos siempre lo impidieron, dado que cualquier intento de renovación en la literatura y en la poesía era siempre impregnado de muerte y del conservadurismo por el que cruzaba el país en ese entonces.

Silva inaugura para la poesía colombiana la presencia totalizadora del poeta, del horrible trabajador, como quería Rimbaud. Profundamente colombiano, como lo ha demostrado lúcidamente el poeta Fernando Charry Lara, vive de lleno en el cuadro magnífico y sombrío de la realidad nacional (Romero, 1985 p. 22).

Ciertamente, también por ese panorama nacional fueron surgiendo grupos literarios que eran conscientes del atraso y de la mimesis continua que se venía haciendo en la poesía: siempre poetizando el mundo con la misma retórica romántica. Como consecuencia de esa concientización aparecieron grupos como la “Generación del Centenario”, “La gruta simbólica”, los “Piedra y cielo”, los llamados “Cuadernícolas” o “Generacioncita” y el grupo cuyo nombre correspondía a la revista: “Mito”. No obstante, los piedracielistas fueron prácticamente incapaces de desligarse del estilo romántico y conservador que venía desde la generación del centenario- cuyo ente primordial era Guillermo Valencia- y, a su

vez, “Los cuadernícolas” e incluso “Mito” no pudieron abandonar por completo las premisas líricas y rítmicas de “Piedra y cielo”.

Es, pues, la dirección romántica liberal la que perdura a través de Silva en la poesía colombiana: esa necesaria actitud de constante desacralización, de ruptura y búsquedas que se intensificará en las generaciones sucesivas, a partir del post-modernismo (Romero, 1985 p. 23-24).

El juego que emprendía Asunción Silva era el de personificar su yo en una poesía que transmutaba entre la quietud y el movimiento, y es en su novela *De sobremesa* que “va a plantear claramente la presencia del personaje que busca ver, que trasiega por el mundo en un afán desmedido por encontrar su propia forma. José Fernández es el simple nombre del personaje de la novela, y que bien puede ser el que refleja o se refleja en el autor. Silva hace de él otro yo que poco a poco se hunde en el vacío, en la nada. La poesía colombiana, guardando las distancias y las épocas, ha seguido este camino de la mano de León De Greiff (...) o de Álvaro Mutis (Romero, 1985p. 25)”. Por consiguiente, guardando las distancias como afirma Romero, esta tendencia de sumergirse en la nada llega hasta el Nadaísmo, en los años sesenta, donde sólo se aceptaba, de los valores tradicionales colombianos, la presencia de Luis Carlos López y Leo le Gris.

Por otro lado, se presentaba Julio Flórez como heredero del romanticismo de Rafael Pombo, asumiendo una actitud de poeta derrotado, inadaptado e inculto acompañado siempre de una ironía mordaz y popular propia del poeta social. Flórez va a representar en Colombia la vertiente “popular” que va a tomar la poesía. Armando Romero lo explica de esta manera:

Flórez había leído a Silva y tenía de éste el inconformismo, la rebeldía contra lo instituido como norma y patrón, y la presencia constante de la muerte. Y aunque será rechazado completamente por la generación posterior a “piedra y cielo”, su importancia está precisamente en esta actitud popular y romántica que lo emparenta con otros poetas como Porfirio Barba-Jacob y más tarde con ciertos tonos del Nadaísmo, movimiento de la década del 60 en el que encontramos amalgamados en un subfondo a Silva y a Flórez: la cultura, el escepticismo (...) (Romero, 1985 p. 30).

Así, pues, el Nadaísmo no va a beber únicamente de movimientos vanguardistas extranjeros como el surrealismo, ultraísmo, “Generación Beat”, sino que va a tener también como base - tal como lo afirma Romero- a José Asunción Silva y Julio Flórez.

Mientras en Colombia sucede todo este cambio de pensamientos y culturas literarias, buscando el avance en la historia de la poesía, en el exterior explotaba la Segunda Guerra Mundial que también llegaba a territorio colombiano en cuestiones económicas y de infraestructuras; el periodo llamado “La violencia” surgido después de la muerte de Gaitán y que fue uno de los más críticos en la vida nacional, sumergía a la población en la miseria y, en más violencia: el atraso continuaba.

Luis Carlos López surge en medio de este ambiente pretendiendo, con su poesía, desacralizar la misma, arrebatársela de la cursilería mediante juegos y travesuras emprendidas en el escrito poético. Así que “con Luis C. López- amargo y lúcido- en Colombia, Manuel Bandeira en el Brasil y César Vallejo en el Perú, la historia pulverizada, multiplicidad de lo humano en trance de expresión, hace su entrada al poema”, escribe Armando Romero.

Sin embargo, “el Tuerto López” como también era conocido, se percibió menos amenazante en su estilo poético para el conservadurismo colombiano debido a que intentó mantener las formas poéticas que la *intelligentsia* nacional consideraba pertinentes, o así lo piensa Armando Romero, pero siempre con el pretexto de burlar la ingenuidad provinciana colombiana:

la poesía del Tuerto López no avanza un centímetro de donde la dejó la aclamación general. Su éxito siempre estuvo asegurado, tal vez porque concedió a sus contemporáneos el conservadurismo de las formas poéticas, lo cual lo hizo menos amenazante y le atrajo simpatía popular (...) Mantiene su tono jovial, irónico y un tanto escéptico, paseando con ojo alerta a ese personaje interno de la poesía colombiana, que ahora viene a reírse de la estupidez provinciana nacional (Romero, 1985 p. 35).

Esto sucede a principios del siglo XX, pero a mediados del mismo siglo, en 1915, aparece en Medellín la revista *Panidas* avalada por León De Greiff. Todos sus integrantes, o la mayoría de ellos, van a ser poetas, escritores y pintores jóvenes estudiantes, como en el Nadaísmo, de la Universidad de Antioquia; entre ellos figuran “Ricardo Rendón, quien sería un destacado artista y activista político más tarde; Fernando González, el filósofo de la desacralización y padre espiritual del Nadaísmo; Rafael Jaramillo Arango; Pepe Mejía; José M. Mora; el propio De Greiff y otros más hasta trece (Romero, 1985 p. 37)”. Indudablemente, la presencia de su maestro Fernando González en un grupo fundado por Leo le Gris, será una razón más para que el Nadaísmo conserve sus más altos valores y postulados poéticos.

Esto por una parte, por otra, empiezan a darse origen otra cantidad de grupos con preocupaciones diferentes y, por lo tanto, con manifestaciones distintas. Sin embargo, en su intento de ruptura siempre recaían en fidelidades hacia la religión y el partidismo político; y

era allí donde la literatura y la poesía, caían por el peso de un lirismo obsoleto y una musicalidad típica de una rima ya arcaica.

Observemos ahora el comentario de Armando Romero refiriéndose a “Piedra y cielo”:

Obedecían indudablemente a las consignas de fidelidad a la religión, la patria y el partidismo político. Y literariamente fueron un dique de contención para la aparición de las vanguardias. Dique tan poderoso que retardó la subversión poética, a nivel de grupo, hasta la aparición del Nadaísmo en 1958 (Romero, 1985 p. 48).

Queda claro entonces que el Nadaísmo fue la llegada de la vanguardia a Colombia, independientemente de lo tardía que pudiera percibirse; un momento para el que el país llevaba más de treinta años esperando.

Después de los piedracielistas, aparece en 1939 una generación de nuevos poetas que publicarán cuadernos de poemas; es por ello que van a conocerse como “Los cuadernícolas”. Sin embargo, esta “Generacioncita”, como también fue reconocida, no perdura por mucho, pues sus integrantes van a fundirse con el grupo inmediatamente posterior: el grupo “Mito”. Esta generación, va a tener mucho de “Piedra y cielo”; por ello no trasciende, puesto que dan más de lo mismo.

Comienza a surgir en 1939 una nueva generación de poetas que integrarán lo que más tarde se ha denominado como grupo de “Cántico” o “Los cuadernícolas”. La verdad es que hasta la aparición del grupo “Nadaísta” en 1958, no se podrá hablar de una agrupación de escritores y poetas que tenga identificaciones similares a partir de manifiestos o actividades públicas conjuntas (Romero, 1985 p. 53).

De cualquier manera, la estrategia utilizada por el Nadaísmo no pudo haber sido otra. Su carácter popular ganó adeptos en todo el territorio. En un país asediado por la violencia y el conflicto partidista, la manera de incitar a un cambio real era el escándalo público.

Ahora bien, en la búsqueda constante que emprendía cada poeta y escritor colombiano, surge la poesía de Álvaro Mutis como un oasis en medio de la retórica conservadora. A diferencia de José Asunción Silva, el desesperanzado por excelencia cuya propia destrucción se da en sus poemas sobre la muerte, Mutis, a pesar que mantiene presente el deceso de la vida en sus escritos, mantiene un aire de vitalidad, pues aunque la muerte se mantiene, la vida se afirma ante ella con fortaleza. Es por ello que armando Romero afirma:

Mutis ha logrado cancelar la deuda que la poesía había contraído con Silva, y desde la desolación de sus trópicos, enriquecer la nueva poesía colombiana. Los poetas del Nadaísmo y los de la generación que surge en la década del 70 así lo demostrarán con su obra (Romero, 1985 p. 98).

En este mismo capítulo, se habla de Samuel Jaramillo y su ensayo “Cinco tendencias en la poesía post-nadaísta en Colombia”. Ese escrito y la afirmación de Romero corroboran que la influencia de la que no podrían desligarse las generaciones posteriores sería la del Nadaísmo.

Cabe mencionar el centralismo al que también era sometido Colombia, pues lo que no sucediera en Bogotá, la capital, no era digno de nombrar; los grupos que surgieron a lo largo de la historia nacional nunca eran de la provincia, de lo contrario no hubieran conocido el auge del reconocimiento. Al ser personalidades de rangos políticos, su actividad era emprendida en ciudad capital y, aunque “Mito” siempre afirmó respetar las

diferentes perspectivas políticas que pudieran tener los poetas, ensayistas, críticos y escritores que conformaban su grupo intelectual, ese centralismo no se apartó de ellos. Al respecto, escribe Romero en *Las palabras están en situación*:

Es importante señalar que a más de representar a un amplio sector de la *intelligentsia* colombiana joven, “Mito” es la continuación del centralismo cultural que era tradición de siglos en la República. Sólo el Nadaísmo, producto de la provincia, romperá con este estado de cosas en la década del 60, rescatando tardíamente la vanguardia que, al surgimiento del “Mito”, grupo post-vanguardista por excelencia, se había quedado entreverada en los pies de la literatura colombiana (Romero, 1985 p. 109).

La situación nacional seguía el camino de la complejidad que representa toda su historia; Gaitán asesinado y Rojas Pinilla convertido en dictador para lograr el control de su patria. Las batallas de su régimen inician en los campos y, como consecuencia, los campesinos tienen que huir abandonando su tierra, su casa, su historia; la represión continúa, esta vez, con forma de explotación salarial. No obstante, esta necesidad migratoria es la responsable de la aparición de la inteligencia provinciana fuera de la provincia. El país ahora sabe que las fronteras pueden ser transgredidas. Veámoslo en palabras del propio Armando Romero:

Los campesinos desplazados servían asimismo como carne para las fábricas que ya empezaban a montarse en las ciudades en gran escala, dando comienzo al estallido de una industria que basaría su auge en la explotación y la represión continua de una población hambrienta y miserable. Y es en este paso, a nuestro juicio, donde a costa del sacrificio de todos los valores más profundos del pueblo colombiano, se produce el cambio que marcaría el comienzo de la Colombia actual, y por lo tanto, el caldo de cultivo de la rebeldía de “Mito” y de la explosión vanguardista del Nadaísmo (Romero, 1985 p. 118).

La generación de “Los cuadernícolos” puede confundirse con la de “Mito” dado que, al disolverse la primera, algunos de sus miembros van a dar origen a la segunda. Pero su

intención última va a ser diferente: *Mito*, en su primer número redactado por Gaitán Durán y Valencia Goelkel va a dejar claras sus metas:

Las palabras están en situación. Sería vano exigirles una posición unívoca, ideal. Nos interesa apenas que sean honestas con el medio en donde vegetan penosamente o se expanden, triunfales. Nos interesa que sean responsables. Pero de por sí esta lealtad fundamental implica un más vasto horizonte: el reino de los significados morales. Para aceptarlas en su ambigüedad, necesitamos que las palabras *sean* (...) Sólo después de limpiarlas, de devolverles con el análisis su dimensión histórica auténtica y de ratificar con un proceso de síntesis el enriquecimiento que les confieren las circunstancias de época, podríamos entrar a considerar problemas mayores como son los de sus relaciones con la moral y la libertad. Sería entonces el instante de recuperar los valores y separarlos de las apariencias (Romero, 1985 p. 120).

Es por ello que “sólo “Mito”, que saltará de esta situación de atraso a la post-vanguardia, afirmará lo encontrado en todo el esfuerzo vanguardista del siglo XX. Y es así, viendo las cosas desde esta perspectiva, que podemos comprender el por qué de la aparición en la década del 60, luego de “Mito”, del grupo Nadaísta, que postulará una vanguardia con treinta años de retraso, pero que será la ruptura definitiva con todas las tradiciones intelectuales colombianas (Romero, 1985 p. 180)”.

En definitiva, el retraso reflejado mediante la falta de postulados nuevos en la lírica y el estilo poético al que se enfrenta Colombia a finales del siglo XIX hasta mediados del XX, es el reflejo de la convulsión a nivel nacional y mundial- con la Segunda Guerra-. Cada grupo concibió las formas más adecuadas para su época que, al llegar el modernismo, fueron cada vez más obsoletas.

Y es allí donde se encuentra una de las funciones que cumplió el Nadaísmo, con ayuda del ímpetu espiritual que envolvía a Gonzalo Arango. Algunos de los intentos anteriores- la vitalidad de Álvaro Mutis, el humor de Luis Carlos López, el personaje que se pierde en la nada del que escribía Asunción Silva, entre otros como Julio Flórez y León De Greiff- han quedado condensados en los valores más representativos del Nadaísmo, que con los escándalos propiciados fueron quedado perpetuados. Los nadaístas finalmente, habían logrado la apertura de las vanguardias que desde Silva, en el siglo XIX, se venía buscando en Colombia. Tardía o no, el vanguardismo se abre paso en ésta, una de las provincias de Latinoamérica.

Desde Silva hasta el Nadaísmo, Colombia anduvo de adelante hacia atrás, respondiendo a la profunda identidad conservadora de la *intelligentsia* nacional (Romero, 1985 p. 180).

Con todo lo que se lleva dicho hasta aquí, ha quedado clara la función que desempeñó uno de los movimientos más estruendosos de la historia literaria y poética colombiana: su influencia, principios, escándalos; aventuras sexuales, festivales de vanguardia, marihuana, LSD; giras por Colombia, enamoramiento, locura por la máquina de escribir; persecuciones, fiesta, Premio Nadaísta de novela, todas hazañas propias del Nadaísmo y de Nietzsche, cuya malvada intención fue arrebatarle a los colombianos cualquier ápice de obediencia que no permitiera el disfrute de los placeres puestos sólo al alcance de los vivos, de quienes soportan su existencia.

Sin embargo, es necesario materializar lo que se ha venido descubriendo, y es por ello que, a continuación, se traerán a colación poemas de estética nadaísta, no sólo del gurú del

movimiento, Gonzalo Arango, sino de sus adeptos y amigos más reconocidos: Jaime Jaramillo Escobar (X-504), Jotamario Arbeláez, Amílcar Osorio, Darío Lemos, Elmo Valencia (EL Monje loco), Humberto Navarro (Cachifo), Jan Arb (hermano de Jotamario), Eduardo Zalamea y Armando Romero, quien escribe la antología *El nadaísmo colombiano o la búsqueda de una vanguardia perdida*, de la que se toma referencia. Estos autores van a ser los más representativos de esta escuela, los que más han incursionado en el movimiento y es por ello que reúnen su propuesta renovadora.

Con el ánimo de reconocer lo que identifica al Nadaísmo, se van a tomar algunos poemas de los escritores ya mencionados que van a constituir una breve antología que permita condensar el movimiento, por lo que los poemas seleccionados sugieren temas sexuales, circunstancias colombianas, sátiras a los dioses, ideas sobre el suicidio, cultura y desesperación, revolución, angustia, una lírica y un lenguaje diferentes, todo lo que ha manifestado el Nadaísmo a lo largo de su trayectoria; bajo este criterio fue elegida esta antología.

En definitiva, el espíritu del Nadaísmo es un espíritu atrevido, sensible a la historia de su país, a la muerte y a lo que implica tener que existir. La irreverencia que caracterizó al movimiento se percibe en el lenguaje de su poesía, en su tono, estilo y en lo que va a tratar el poema como tópico propio.

El amor al cuerpo que implica el contacto con otro cuerpo, herejías contra la santidad y la existencia de Dios, siendo los nadaístas santos verídicos. La máquina de escribir también va a ser centro de su poesía convirtiéndose en la herramienta que permite palpar pensamientos en poema.

El inconformismo político, como preocupación en los grupos de intelectuales y literatos va a estar presente con la ironía correspondiente, y la necesidad de hacer del mundo una poesía hace que el interés por la vida incremente. La camisa roja, tan mal vista en la patria conservadora, van a convertirla en bandera de una literatura diferente.

El cansancio que puede producir la rutina de vivir, el desasosiego de una ciudad incambiable; sarcasmo, ironías a Dios, al gobierno y a la vida, a la resignación del pueblo, a la cultura; llamados al amor, al disfrute de amar, todo ello da vida a la poesía nadaísta.

Fantasías sacrílegas, sexo con mujeres vírgenes, la risa como principio, dualidad entre amor a la vida y hastío, respirar naturaleza: el regreso del hombre a la tierra; existencialismo, revolución, abandono al ser antiguo, la angustia incierta del poeta y los fantasmas no sólo suyos sino de la humanidad entera: todo esto es el Nadaísmo.

Las necesidades históricas de la poesía y la literatura en Colombia fueron, a fin de cuentas, necesarias para el surgimiento de grupos intelectuales que intentarían cambiar el panorama de la escritura literaria y poética desde finales del siglo XIX; sin el reconocimiento de tales carencias, la preocupación por la innovación no hubiese sido posible y los nadaístas no hubiesen sido visibles.

El Nadaísmo surge como aire fresco para que el colombiano respire y se dé cuenta que existe. La inmortalidad es posible para el que disfruta y ríe sin fuerza que debilite, y la redención para el hombre sólo será alcanzada a proporción de la pasión con la que vive. Quizás, ese fue el legado más poderoso de Gonzalo Arango y el Nadaísmo.

Hoy en día, a sesenta años de fundado el movimiento, se celebran encuentros para conmemorar a Gonzalo Arango y a su “inventico”, pasando por Pereira, Nepal y Belén de

Umbría, hasta Medellín, Pasto, México y Argentina. Las páginas web de El Profeta permanecen al día y la estética nadaísta no puede evadirse al tratar la literatura y el arte poético en Colombia, la presencia de una vanguardia que va a concebir la poesía como un puente que reconcilia al ser y a la Nada. Es allí cuando puede pensarse que el Nadaísmo ha logrado ser inmortal.

CAPÍTULO IV:
UNA BREVE ANTOLOGÍA NADAÍSTA

*Si me llego a morir –aunque la muerte no
existe- no dejes que me entierren con los
muertos.*

-Gonzalo Arango-

GONZALO ARANGO:

EL SERMÓN ATÓMICO

Un poeta nadaísta, ni amargo ni alegre, sin fe pero sin desesperación, definió el mundo con una frase feliz. Dijo que: “el mundo es verde, y sin embargo no hay esperanzas”. Y es verdad. ¿Qué necesidad hay de esperanzas si estamos vivos? Vivir es en sí el acto más esperanzado del mundo. Sólo en la muerte no existe la esperanza.

El Nadaísmo es la apoteosis del milagro de vivir. Es una liberación y al mismo tiempo una afiliación a la vida, partiendo de la muerte del Viejo Ser del hombre, todo esto realizado en una Revolución Reconstructiva en sí misma, y en sus relaciones con el mundo.

Crecer bajo el sol

bendecir este mundo
vivir en la plenitud de la conciencia
colmar los apetitos del deseo
realizar los impulsos vitales de nuestro ser
rebelarnos contra los dogmas opresores de la razón
negar la moral ascética que predica la resignación
romper las cadenas que nos esclavizan a la tiranía del maquinismo
renunciar a los falsos dioses del Paraíso para salvar nuestra vida
salvarla afirmando nuestra rebelión, reivindicando en la protesta los
prestigios de la Gloriosa Aventura Humana.

Por eso somos profetas y religiosos, depositarios de un nuevo fervor cósmico,
portadores de fulgurantes verdades para dar el salto a la salvación. La
pasión de nuestro pensamiento gira en una órbita de santidad.

La revolución que predicamos es humilde y orgullosa: no pretendemos
conquistar el mundo, sino conquistarnos a nosotros mismos mediante un alto
sentido espiritual, un sentido que unifique nuestro ser terreno y eterno.

Predicamos la conquista absoluta de la vida. Predicamos la conquista
absoluta del pan sin excluir el paraíso. Predicamos una Revolución espiritual
en la que el valor más sagrado del hombre lo constituya la
dignidad de su cuerpo. Sólo así, bajo el peso de la soledad de la cruz,
se podrá marchar a la redención del hombre y del mundo.

Predica como verdad universal la verdad de tu vida
no sigas banderas de partidos idiotas
no rijas tu vida por credos que te fabrican unos canallas que no creen

en nada.

no te rindas a las leyes de hierro de una moral que sólo quiere encadenar
tus impulsos
no ingreses al orden de esta sociedad fabricada por fariseos y mercenarios
no ofrezcas tu cuerpo sagrado para que te entierren en las bóvedas
confortables del conformismo y la resignación.

¡Sublévate!

¡Estalla la bomba de tu ternura aterradora!

¡Sacude tu humanidad humillada, pues hay un dios oprimido dentro
de ti! Libera tu dios. Despierta a tu dios para que sueñe.
Préstale tu voz para que cante. Tus poderes son infinitos.
Libera tu energía y conquista la Tierra.

No reconozcas el poder de los poderosos. Ellos sólo cuentan con las armas.
Pero hay en ti un poder indestructible. Te pueden acribillar a balazos, aprisionar,
degradar, pero serás invencible si no te rindes a su mentira.

No te humilles. No te dejes abofetear por segunda vez. Escupe la cara del
verdugo. Muérete de risa antes de que esta Civilización criminal te decapite.
Que tu última palabra en la horca no sea para pedir perdón, sino para cantar
o maldecir.

No creas en la dulce mansedumbre del Cristo. Los verdugos son insaciables
Y crueles. Por eso abusan de nuestra paciencia y nuestra fe.

¡Contesta con bofetadas a las bofetadas!

¡A la muerte con la muerte!

Convierte el Terror, si es necesario, en una ética de salvación.

No conquistaste tu Reino con oraciones, sino con violencia. Pues con la violencia los Césares nos han subyugado. Y Césares son hoy todos los que dominan el mundo con Razones Atómicas, con Razones imperiales. Sus tronos están levantados sobre tumbas, tanques, oro, brutalidad, y un poder infinito de destrucción. Y también sobre el miedo y la miseria de los pueblos.

Ellos son poderosos porque nos han robado nuestra fuerza. Con nuestra fuerza los hemos empujado al trono. Pero nos han traicionado. Nos han capado la dignidad y el coraje.

No te hagas trampas, ni juegues más a la inocencia. Cada pelo de tu ser es responsable del destino del mundo. Tus actos son soberanos y tienen el poder infinito de elegir el mundo que sueñas, en el que anhelas vivir. Sólo de ti depende vivir en una tumba o en un templo, digno o envilecido. En tus manos está elegir tu destino y el de tu patria.

No seas canalla eligiendo para tu patria a los canallas. No te entierres eligiendo para ti un mundo donde sobrevivir significa renunciar a vivir. Tu libertad puede ser sagrada o maldita si ella exalta la vida o la deshonra.

No olvides que la vida es un milagro, que tu vida es lo único nuevo y absoluto que existe bajo el sol, y que sólo eres inmortal en la medida en que estás vivo. Y que sólo estás vivo si eres consciente, si eres libre, si das a la tierra que te legaron un sentido maravilloso, y a tus actos un valor sagrado: honrar al hombre como si fuera un dios.

Porque tú eres el Mundo, y debes estar orgulloso de que cada acto tuyo sea responsable de la tierra y el cielo. Tú no tienes jefes. Tú no tienes más jefes que tu conciencia, que tu responsabilidad absoluta. Acepta por jefe,

nada más, aquel que encarne la revolución espiritual de que te hablo. A ese síguelo como a ti mismo, pues hablará con tu voz, decidirá con tu voluntad, elegirá con tu libertad. Ése tomará el poder para ser la conciencia de la vida, identificar tu Ser con el del Universo, y dar una oportunidad a las posibilidades infinitas del hombre.

No te dejes urbanizar la conciencia. No olvides que eres un milagro con pantalones. Mas nunca es tarde, ni todo será consumado, si comprendes una cosa: que posees el secreto de la Naturaleza, que estás vivo, y eres el hijo predilecto de las estrellas.

Tu vida es bella, tu vida es santa, y la salvación está en el mundo. Yo te amo desde el fondo de mi desesperación, pero también sería capaz de odiarte si eres la amenaza y la negación de la vida. Por eso te recuerdo la única verdad que merece ser recordada, y es ésta: Hoy o mañana vas a morir, solo y sin esperanzas como se mueren los vivos. Pero sé de una cosa que derrota a la muerte, y esa cosa es tu propia vida.

Entonces, no te queda sino un camino, y es éste: entrégate a *vivir mortalmente*, en cuerpo y alma. Sólo eso te salvará. A esa pasión de vivir y de morir yo la llamo inmortalidad.

Ya sabes cuál es el destino de tu ser divino: serás un dios cuando seas verdaderamente un hombre. Cuando resucites del foso pútrido de resignaciones y cobardías que es tu vida, en la que ese hombre posible que eres, yace cautivo.

En ese instante la revolución del hombre dejará de ser histórica para volverse historia sagrada. ¡No lo olvides, y asciende! ¡Nosotros somos hijos del sol! (Arango, 1974p. 42-45).

LOS NADAÍSTAS

Los Nadaístas invadieron la ciudad como una peste:
de los bares saxofónicos al silencio de los libros
de los estadios olímpicos a los profilácticos
de las soledades al ruido dorado de las muchedumbres
de sur a norte
al encenderse de rosa el día
hasta el advenimiento de los neones
y más tarde la consumación de los carbones nocturnos
hasta la bilis del abba.

Va solo hacia ninguna parte
porque no hay sitio para él en el mundo
no está triste por eso
le gusta vivir porque es tonto estar muerto
o no haber nacido

Es un nadaísta porque no puede ser otra cosa
Está marcado por el dolor de esta pregunta
que sale de su boca como un vómito tibio
de color malva y emocionante pureza:
“¿Por qué hay cosas y no más bien Nada?”

Este signo de interrogación lo distingue
de otras verdades y de otros seres.

Él es él como una ola es una ola
lleva encima su color que lo define revolucionario
como es propia la liquidez del agua
del hombre ser mortal
del viento ser errante
del gusano arrastrarse a su agujero
de la noche ser oscura como un pensamiento
sin porvenir.

Ha teñido su camisa de revolución
en los resplandores de los incendios
en el asesinato de la belleza
en el suicidio eléctrico del pensamiento
en las violaciones de las vírgenes
o simplemente en el barrio pobre de los tintoreros

Lleva su Camisa Roja como un honor
como un cielo lleva su estrella
como un semáforo produce su luz intermitente
de catástrofe
como una envoltura de “pall-mall”
perfumando su pecho de adolescente.

El Nadaísta es joven y resplandece de soledad
es un eclipse bajo los neones pálidos
y los alambres del telégrafo

es, en el estruendo de la ciudad
y entre sus rascacielos,
el asombro de una flor teñida de púrpura
en los desechos de la locura

Tiene el peligro de los labios rojos y los polvorines
mira los objetos con ojos tristes de aniversario
es el terror de los retóricos
y los fabricantes de moral
es sensitivo como un gonococo esquizofrénico
inteligente como un tratado de magia negra
ruidoso como una carambola a las 2 de la mañana
amotinado como un olor de alcantarilla
frívolo como un cumpleaños
es un monje sibarita que camina sin temblor
a su condenación eterna sobre zapatos de gamuza.

Sufre el vértigo de los sacudimientos
electrónicos del jazz
y las velocidades a contra-reloj
corazón de rayo de voltio que estalla
en el parabrisas de un Volkswagen
deseando la mujer de tu prójimo.

Se aburre mortalmente pero existe.

No se suicida porque ama furiosamente fornicar
jugar billar-pool en las noches inagotables
brindar ron en honor a su existencia
estirarse en los prados bajo las lunas metálicas
no pensar
no cansarse
no morir de felicidad
ni de aburrimiento.

Es espléndido como una estrella muerta
que gira con radar en los vagos cielos vacíos.

No es nada pero es un Nadaísta

¡Y está salvado! (Arango, 1974 p.77-79).

JAIME JARAMILLO ESCOBAR (x-504):

EL CUERPO

“¡Qué farsa!”

J.P. Sartre

He aquí, de esto se habla.

El cuerpo nos goza y lo sufrimos.

Lujo de la naturaleza, pagamos por él nuestra alma.

Esclavo de los dioses, el hombre es un ser aterrado,

Y solo en el usufructo de su cuerpo deposita su aspiranza.

Su cabeza añadida luce su conversación como un pavo real,
y sentado en un tapete de luna su lengua salta delante de sí como
una serpiente encantada.

Orgullo del alma, el cuerpo es regocijo y alimento,
y baila ante los dioses como el árbol frente a la tormenta.

El cuerpo toca otro cuerpo y no percibe sino otredad.

“Rosa”, decimos, y la rosa en un mito del alma, porque la carne
del cuerpo no se reconoce sino a sí misma.

El cuerpo, Devorador, todo hecho para devorar,
el alma de este cuerpo no puede ser sino también devoradora.

Somos como un surtidor, con nuestros brazos que se agitan y
nuestra boca llena de agua.

Tenemos lo que tiene la nube, he aquí esta adivinanza, por eso la
Tierra nos absorbe.

Rebelión de la materia, el cuerpo se avolcana, se incendia,
imponer hermosura,

y no queremos ser solo cuerpo;

pero yo aconsejo: hazte amigo del sepulturero. (Romero, 1988 p. 123).

JOTAMARIO ARBELÁEZ:

ZEN Y SANTIDAD

(Fragmento)

La santidad de nuestros nombres

No es santidad de calendario

Somos santos no porque practiquemos el bien

Sino porque tan-bién practicamos el mal

El problema de la existencia de Dios

Es problema de Dios

No nuestro, que existimos

He aquí estos pobres santos que escriben sus sandeces

En sanitarios y sanatorios del Estado

Si pecamos

No somos nosotros quienes pecamos

Sino la sociedad por obligarnos a pecar

Soy un santo moderno porque no me santiguo

Con la puntualidad de un franciscano

Hacemos el amor todos los santos

Días

Santos fuertes como Sansón
Santos como Domingo orando toda la semana
Pronto habrá santos enlatados

Nuestra oración es la blasfemia
Es el beso en los labios
Nuestra oración es el silencio

Los nadaístas somos los verdaderos santos
Y sanseacabó (Romero, 1988 p. 169).

TRANSMIGRACIÓN

Cuando la vida humana
desaparezca del planeta

Y yo resida en una piedra
y tú en los nervios de una hoja

recordarás que te lo dije
cuando jugábamos al cuerpo

Déjame amarte que más tarde
tiempo tendremos para el resto.

EDUARDO ESCOBAR:

QUIÉN EMPIEZA

Quién empieza un poema a las doce de la noche
quién anota lo que no quiere recordar
quién empieza a escribir por la fecha
quién ha cumplido veintitrés años de edad
y dos de matrimonio
y uno trabajando
a quién le duelen los riñones
quién escribe un poema en la máquina de escribir ruidante
con tanta dificultad
fumante
con pera honga del lado del corazón
-y de la que quiso hacer poema-
Quién escribe y es tan torpe?
El peor defecto es tener máquina de escribir.
El poeta es oscuro como el caramelo
Es el que hace
el peor cuarto de la casa
Con los pies inservibles y las dos manos que no pueden
Abrir la puerta.
EL poeta no puede abandonar el peor cuarto de la casa
se resiste a creer que rueda tan defectuosamente
la palabra.

Pero siempre vuelve a intentarlo.

Y el peor defecto es tener máquina de escribir (Romero, 1988 p. 182).

CUANDO HAY UNA CANTINA

Cuando hay una cantina por cada 300 habitantes

el púlpito predica continencia

Y cuando hay una escuela por cada 4.000 habitantes

se habla de salvar la Cultura (con mayúscula)

Y cuando hay un médico por cada 12.000 enfermos

el ministro de salud es condecorado

Y cuando de 6 que buscan trabajo uno lo encuentra nunca

se habla de la patria

Y cuando para cada turista tenemos 10 putas venerológicas

el congreso de mujeres

debate el divorcio

y el presidente grita en el balcón VIVA COLOMBIA

(como si estuviera loco) (Romero, 1988p. 182).

HACER POEMAS

Hacer poemas es el oficio interminable

Desde que fue posible encontrar siempre

Otros rostros sobre estas mesas

Y siempre otra ciudad donde el alma no es alma
Y vienen los enfermeros a besarnos el cadáver
Que suba al cielo amortajado
No pondré fin a los poemas
mientras crucen los decapitados
los continentes
haciéndose la guerra
y pidiendo paz - como en las redes peces locos
Estas piedras esperan una ciudad para vivir
Yo reinventaré sus cosas y los vientos (Romero, 1988 p. 183).

AMÍLCAR OSORIO:

BLUSA ROJA

Soy un blusa-roja y qué.
Le importa a la gente que yo sea la clase de blusa roja que me da la
gana?
nuestra blusa roja ha manchado la piel de luz
un sapo frenó un carrito frente a la heladería
y pidió un saxofón a vapor y una “pelpa”
pagó
no lo volvimos a ver más
hemos olvidado la sangre coagulada en nuestros sanitarios

todo el incendio pálido del espacio se nos ha olvidado
hemos padecido enfermedades oscuras
enfermedades curadas con soluciones de torio y einstenio
somos unos terribles bichos ambulantes
en medio de giros satélicos y estallidos galácticos
que se precipitan en vértigo girante
hacia la pasión oscurecida de las noches
el alcohol la yerba maldecida todas las yerbas malditas
nos han salvado
nos han condenado
gangrenados gritos desde los dormitorios
quejidos desde las letrinas amarillentas
alaridos en el momento del orgasmo
somos santos un poco extraños
que por boca de hombres profetizan
la oscuridad nueva
caminan de azotea en azotea vomitando
todo el cansancio de su espasmódica maravilla
la divina providencia se lanza desde un octavo piso
el cigarrillo estalla en nuestros labios como una granada
de mano lanzada en la última batalla de la guerra estival
la “vareta” nos ha enloquecido en las avenidas
los árboles han sido más profundos
la luz del último modelo se ha convertido
en un caldo que desayuna en los cerebros
nos acostamos sobre la nada

y nuestra camisa roja convierte a la nada en frambuesa
la blusa roja nos da el vigor brutal
para las noches en las que hay que repartir la fuerza
hemos violado vírgenes en el pozo tibio
de nuestros vómitos amarillecidos en los amaneceres
cuando la luz del tiempo se mancha de violetas fugaces
y de ocres intensos que no dejan mirar la cara
de ángeles montados en los techos
para vigilar el tráfico nocturno de las almas
nos hemos acostado con niños y ancianas
para multiplicar los 7 pecados capitales
lo nuestro es pecaminoso y sucio
estalla la furia en las catedrales
la mirada es nuestro gran pecado
nuestra mirada de aluminio templada en azufre
nuestro caminar es otro pecado
gastamos la vida en los hornos crematorios
de la felicidad
estamos sucios de esputos rojos
lanzados por nuestras mismas bocas
la blusa roja es nuestro pañuelo para ocasiones portuarias
los ejércitos se quedan boquiabiertos
al vernos pasar sobre grillos electrizados
bajo paraguas cargados de altas y bajas pasiones

jazz

jazz

y una botella de ron para esta muchacha
la camisa roja es la madre de todos los vicios
abrid la boca de vuestros chancros
que os vamos a vaciar uranio derretido
la blusa roja es nuestro paracaídas incendiado
bailar, beber, fumar, estupefacerse, sudar...
contravía: sabías que la blusa roja es nuestro común acuerdo?
La blusa roja es nuestra blenorragia
que los santos bajen de todos los cielos y nos ayuden a rezar!
Soy nadaísta y con un martillo
voy a quebrar todos los colores para que no quede sino el rojo
como testigo incorruptible de la sal con que nos han ahorcado
las marejadas (Romero, 1988 p. 189-190).

DARÍO LEMOS:

LOS DIOSES PODRIDOS

Esta ciudad no tiene importancia.
Lluvia, sol, otra vez lluvia, sol.
No soporto más esta porquería.
Todo se gasta en cuatro años por la misma calle,
Siempre se deja algo en todas partes:
un brazo en una esquina,
centímetros de suela en las aceras

Todo... todo... a cambio de nada,

un vacío terrible...

No tengo siquiera deseos de morir.

Además, las ciudades son iguales,

Apestan, nausean, revientan...

Yo sugiero para mi gravedad el mar.

Sí, es lo último.

Te gusta el mar?

Estar tendido en la playa mirando

en el cielo nubecillas de felpa

huyendo como liebres al oeste...

Mirar el brillo de los negros,

la boca como brea,

y un miembro pequeño gastado por la sal.

Redes grasientas secando sus costillas

entre dos palmeras viejas.

Cajas traídas en barcos esperando

sobre el muelle polvoriento.

Mujeres de cuerpo duro

quemadas por el sol que las define.

Cangrejos oscuros y ciegos

montando en tranvía.

Turistas "lolitas" olvidadas en shorts

con sus nalguitas sobre la montura

de una bicicleta

amarillo el short y trece años (Romero, 1988 p. 213).

POEMA DE MI IDIOTEZ

Estoy desesperado porque no llueve,
porque Dios se olvidó que Darío calla si no llueve.
Estoy marihuano;
siento en el estómago alacranes y fósforos de guerra
espero suicidarme cuando acabe el cigarrillo.
Ahí va...
Voy llegando a cualquier cafisio último.
Las glándulas arreglan sus ropas para el viaje.
Voy a vivir al otro lado.
También hay cine
y la cerveza es sangre de las vírgenes.
Dios necesita un compañero loco
que le ayude a ponerse sus manoplas
y lo lleve cuando ebrio a su buharda.
Me voy en el bus del infierno.
No quiero morir sin comer mandarina
con yodo y con alambre,
sin comerme un búho asado al calor de unos brazos.
No me gusta el frente de las casas.
No me importan sus avisos de neón ni sus maridos.
Hablo con mi boca.
Fumo con mis ojos.
No quiero ver mujeres con los brazos lelos.

Cuando muera

el cigarrillo estará fumado,

esfumado.

Me duelen los kilómetros que anduve cuando viejo.

La barba está amarilla.

La luna es una aguja.

Descubrí la América.

Mi cerebro está lleno de humo y de cemento.

Estás espléndido hoy, Darío Lemos,

el mundo se mira en tu rostro de habichuela

y los helados de nevera se aman en el frío.

El cigarrillo se acabó

Y yo me suicido.

Adiós maga.

Adiós muerte.

Me suicidé hace un momento

y ahora vivo conmigo y con Darío (Romero, 1988 p. 214-215).

ELMO VALENCIA “MONJE LOCO”:

POEMA CERO

Cultura es el serrucho que nos sirve para fabricar nuestra cama.

Es el horno donde la harina se convierte en pan.

Es el zapato que ajusta.

Es el televisor.

Es la rueda que quiere llegar a alguna parte.

Es el vino en la boca.

Es el hilo en la rueca.

El sueño en la almohada.

El amor en el vientre.

Es esta cosa que nos puede volver paranoicos o santos.

Cultura no es un bien metafísico, sino un hecho simple que huele a
sudor de bueyes, que es tan nuestro como la dimensión de
nuestro cuerpo o el dulce quejido de los huesos cuando la
muerte nos acecha.

Pero el mundo contemporáneo es un mundo imbécil y fanático.

Porque... de qué, me sirve poder fabricar mi camastro si alguien
no me deja dormir en él?

De qué me sirve poder meter la harina en el horno si alguien me
quita el pan de la boca?

De qué me sirve que el zapato me ajuste, si no puedo cambiarlo
por otro?

Y el televisor, para ver a Mickey Mouse? O tal vez para amargarme
el coito que tengo preparado?

Y de qué me sirve la rueca, si otro se ha apoderado de ella?

Y el vino si me lo han envenenado?

Y el hilo o la manta o los tejidos si éstos son fabricados por esclavos?

Y el sueño, si los aullidos de los mutilados en las guerras no nos
dejan dormir?

Y en el amor si ya nadie quiere amar, si todos tenemos miedo, si existe la fatiga, si el ruido de las bombas interrumpe nuestro primer beso, si todos quedamos metidos en una pocilga, en una cloaca, si todavía se oyen los gritos de las sirenas y de los heridos y el chirriar de las ambulancias.

Cómo podemos amar de esta manera, si nada nos pertenece, si todo es alquilado y nosotros también somos alquilados, si en la oficina tenemos que marcar tarjeta, si el corazón lo tenemos casi seco, si no somos nosotros mismos si somos otros.

Cómo podemos amar de esta manera si ya los Senos no quieren dar leche y la mecánica ha desalojado las caricias. Si hasta los besos se han industrializado y la publicidad ha hecho pornográfica la bella visión de Venus y Afrodita?

Cómo podemos amar si los vientres se han revelado a tener hijos por el temor morboso de que una pequeña arruga acabe con la posibilidad de cometer un adulterio?

Cómo podemos amar si hasta los hijos ya no quieren nacer por el temor a ser llevados entre la fusilería a las zonas de combate y ser aniquilados como perros en los campos de concentración, entre alambradas en medio de himnos fúnebres que traen un olor a carne asada?

Cómo podemos amar si la radioactividad ha hinchado nuestras
bocas, si nosotros mismos nos miramos con recelo, si nos gusta
el engaño, la mentira y a plena luz ejecutamos el odio? (Romero, 1988 p. 233-
234).

PAÍS DE LAS NEBLINAS

Concierto de Rock en el Vaticano
Extraña mujer ha llegado a mi vida.
Tiene la nariz de Atenea esculpida por Fidias.
La mirada de Greta Garbo
buscando amor en el blanco telón de un cinematógrafo
y canta con la sensualidad de Madonna.
Me dice: Espérame ya regreso,
debo dar un concierto de rock en el Vaticano.
Es verdad. Veo el concierto por televisión
Las once mil vírgenes gritan histéricas
desgarrando sus vestiduras
Esta extraña mujer se pasea por todas las habitaciones, desnuda.
Fuma marihuana, desnuda
Baila sobre mi libro preferido “Histoire d’O”, desnuda.
Cansada la acuesto
y tengo que besarle las nalgas para que se quede dormida.
Ella, en cambio, no besa, muerde.

Mi cuerpo está lleno de cicatrices.
Cuando me desea, no dice: “Ven, péntrate”.
Comienza a rugir como una leona en celo.
Antes de que saque las garras y me devore
me le monto encima.
Y así nos quedamos meses enteros haciendo el amor
Hasta que el papa la manda a llamar
Para que dé otro concierto de rock en el Vaticano.

HUMBERTO NAVARRO “CACHIFO”:

MONOLITO

Porque alguna vez fui el más poderoso de los mortales.
Poseo el duro frío de la piedra ceremonial.
Cae sobre mis existencias colmándolas de sentido.
Llevé una canasta de flores a un elefante.
Soy como la piedra.
Le arranqué los ojos a un mendigo porque era domingo
y me aburría.
Me contaminé de tuberculosis para infectar los almacenes
de antigüedades.
Me vestí de rojo para bailar un vals con un aborto.
Establecí cámaras de torturas para los idiotas y las estrellas
Fomenté el lesbianismo y me deleité luego

separando las amigas con infantiles maquinaciones.
Hice arrestar a los santos de mi época
y me hice preparar extraños platos con sus esqueléticos
sexos de ascetas.
Hice copular al hijo con el padre
y luego ordené que los acuchillasen bárbaramente.
Convertí todos los colores en dorado para ver
asqueados a los mercachifles.
Inauguré los mercados donde Dios era vendido a los Poderosos
a la manera de una prostituta enferma.
Injerté serpientes vivas en las fungosas lenguas
de los soplones.
Me aburrí de nuevo y lloré enloquecido
por un extraño misticismo
Vomitó de asco en los vientres de las parturientas.
Fui el promotor del incesto y de la calumnia
y por eso me aclamaron el salvador del espíritu del hombre.
Me convertí a poco en el estilista de las contradicciones
y del absurdo
Fundé academias de ritos equívocos.
Devalué la moneda para destilar mi ocio en la sangre chirle
de los infelices.
Reí mucho... tanto, que reventaron mis poderosos maseteros.
De nuevo fui santo...
Estuve 30 años viviendo sobre una columna trunca.

Reincidente infinito del hastío

envidié las piedras impasibles

A punto de convertirme en un soberbio bloque de obsidiana.

Los aztecas fabricaron conmigo puñales

para sus más íntimos sacrificios! (Romero, 1988 p. 261-262).

JAN ARB:

PRENDAS NEGRAS

antes de darme la mano me enamoré de ella, me acuerdo,
estaba cargado de legumbres frescas cuando la conocí,
su cuerpo.

es la hora en que el cielo salado se come su huevo.
pero, ¿quién puso a tibir el huevo y quién le echó
sal al cielo?

Desiertos con movimiento de olas, o dunas ocultas,
desiertos ocultos tras pequeñas prendas, extranjeras,
movimiento de lengua de reptil o batracio, maremoto,
prendas negras.

las palmas de mis manos sobre sus nalgas de paloma,
las palmas de sus manos contra mis espaldas, apretadas,
mis manos sobre su cuerpo o su cuerpo en mis manos.

entra, sale y no dice nada,
hay quien dice que canta,
los males espanta, más, más.

los pájaros en verano cantan toda la noche,
y para un pájaro en verano no hay invierno que valga.

a la luna, dejó de latir el perro con el corazón,
cuando por el horizonte el futbolista había lanzado
su bola (Romero, 1988 p. 271).

EDUARDO ZALAMEA:

REVOLUCIÓN EN LA MIRADA

El mundo impotente está lleno de gritos
El mundo impotente es un aviso luminoso
Sepámoslo porque la próxima revolución deberá venir
silenciosamente

No más lenguaje histórico
La complicidad con el pasado será reducida a cero
En silencio la gran marcha será hecha
Primero abandonaremos nuestro ser antiguo
Cuando el sol se levante un cierto día
Tendremos cuerpos diferentes
Nuestros ojos estarán situados en la cima de cada
instante

En fin, haremos ciudades según la arquitectura de los

mares

Revolución en la mirada

El universo girando distintamente

En un eje espontáneo

La moral será hecha un movimiento

Y será una danza

Los asesinos con sus cuchillos de división

Caaerán en largos

La sangre ya no nos dará más miedo

El conflicto cesará

La naturaleza ofreciéndonos su secreto de circulación (Romero, 1988 p. 290-291).

ARMANDO ROMERO:

EL ÁRBOL DIGITAL

Era un hombre al que le habían enterrado su mano derecha

Pasaba sus días metido en una pieza vacía

Donde se sentaba

Los pies contra el ángulo superior de la ventana

Y su mano izquierda sosteniendo un ojo de buey

Por el cual los rinocerontes

Ensartaban su cuerno
Y hacían brillar su corteza metálica

Le había dado por ser poeta
Y se pasaba todo el tiempo hablando de la guerra
De tal manera
Que había descuidado su mano derecha
Esta creció lenta y furiosamente
Y sin que él se diera cuenta
Atravesó el mundo de lado a lado

Cuando los niños de la parte norte de Sumatra
Vieron aparecer un árbol sin hojas y sin frutos
Corrieron espantados a llamar a sus padres
Estos vinieron con sus gruesas espadas
Y cortaron el árbol de raíz
Un líquido blanco lechoso salió de la corteza tronchada

Desde ese entonces
El hombre como un poeta
Siente un dolor terrible
Agudo
En un sitio del cuerpo que no puede determinar (Romero, 1988 p. 302).

MIS FANTASMAS

Iba a hablar de mis
fantasmas...
pero
¿cómo puedo
hablar de mis
fantasmas
si no los
he visto todavía?
Se enreda la sombra
por la trepadora de
mi boca
y me quedo largo tiempo
asomado al infinito
como el perro al cuadro
vacío de la ventana
y sé
que pilas de
fantasmas
podrán brotar de
un momento a otro
como manantial
a su arroyo
y que
a pesar de todo

yo que canto
no podré hablar de mis
fantasmas
sin haberlos visto
todavía (Romero, 1988 p. 306).

DUKARDO HINESTROSA:

AUTOS DE MI INCIERTA INCERTIDUMBRE

Todo se me va... Todo se me fuga...

todo se me pierde
irremediabilmente de las manos;
hasta la amante furtiva
de formas de guitarra, sabe
esquivar mis lances amorosos.

Y las cosas como aquellas
en las que he dilapidado
mucho tiempo buscándolas,
aparecen cuando no las necesito.

Todo se me va... todo se me pierde,
todo se me fuga inexplicablemente...

Por ejemplo...
el tiempo cuando estoy de afán,
mi soledad entre el tumulto,

mi silencio entre los gritos.

Todo se me va... todo se me fuga

todo se me pierde inexorablemente...

Y hasta mi muerte,

cuando más yo la procuro

vaga extraviada entre los vivos.

BIBLIOGRAFÍA

Arbeláez, Jotamario (2002). *Nada es para siempre*. Bogotá, Colombia: ed. Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, S.A.

Nietzsche, Friedrich (1982). *Así habló Zarathustra*. Bogotá, Colombia: ed. La oveja negra Ltda.

Arango, Gonzalo (1974). *Obra negra*. Buenos Aires, Argentina: ediciones Carlos Lohlé.

Romero, Armando (1985). *Las palabras están en situación*. Bogotá, Colombia: Procultura S.A.

Romero, Armando (1988). *El Nadaísmo colombiano*. Bogotá, Colombia: Tercer mundo editores.

Escobar, Eduardo (1991). *Nadaísmo crónico y demás epidemias*. Bogotá, Colombia: Arango Editores.

Cobo Borda, J.G (1980). *El Nadaísmo, 1958-1963. ECO, triple 1960-1980*, pp 348- pp 370.

Jaramillo, Samuel (1980). *Cinco tendencias en la poesía post-nadaísta en Colombia. ECO, triple 1960-1980*, pp 371- pp 393.

Valencia Goelkel, Hernando (1966). *Tríptico negligente. ECO*, 80, pp 214- pp 217.

Roldán Alzate, Oscar (2016). *DAD DAA DA DADA DA DAAAA... hasta llegar a 100*.

Recuperado de

<http://aprendeenlinea.udea.edu.co/revistas/index.php/almamater/article/view/26929/207802>
58

Quintero Moreno, Raúl (2015). *Nadaísmo, vanguardia y utopía. Una aproximación al pensamiento de Gonzalo Arango*. Recuperado de

<http://repository.udistrital.edu.co/bitstream/11349/2224/1/QuinteroMorenoRa%C3%BA12015.pdf>

Ramírez Tobón, John Alejandro (2014). *De algunas influencias alemanas en Colombia y su exhortación actual al psicólogo*. Recuperado de

<http://revistas.ucc.edu.co/index.php/pe/article/download/893806/>

Arteaga Montes, Giovanni Paolo (2013). *Sociología de la literatura: sucesos políticos, sociales y movimientos literarios que influenciaron en la vida y la obra de Gonzalo Arango, fundador del Nadaísmo en Colombia*. Recuperado de <http://sired.udenar.edu.co/2906/1/89710.pdf>

Canal trece (2015). *El Espejo revelador. El Nadaísmo*. Bogotá, Colombia.